CDI
COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Antropología Social

Los zoques del volcán



Laureano Reyes Gómez

Antropología Social

Los zoques del volcán



Laureano Reyes Gómez



CDI

COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

http://www.gob.mx/cdi

A Susana Villasana Benítez
Xukx, colibrí mixe-zoque

Sa'sabü, suñipü Pyonba pabiñomo

Tsameyomo' sügdsüjkpabü' kyi'xka' ku'yomo.
Tsameyomo' yajk sü'nbabü'ijs te' tsu' y yajk tsu'ajpabü' te' jama.
Tumü' une', tumü pabiñomo, tumü yomo', tumü chu'we'.

Tsameyomo', yajk tu' byabü'ijs te' matsa' y yajk ja'pübyabü'ijs te' müü'.
Tsameyomo', ijtubü ükubü' y tü yajk jamemitabü'ijs te'tijuribü tiyü dü jambü'ubü'am.

Pyonba pabiñomo hermosa, excelsa, Señora del Volcán

Señora que celebra sus enojos con fiestas,
señora de noches multicolores y días oscuros.
Niña, joven, señora y anciana de belleza temida.

Señora que apaga las estrellas y enciende los rayos,
que duerme despierta, que recuerda el olvido.
(Traducción de Domingo Gómez Domínguez,
variante de Chapultenango.)

CDI
306
A57
N.94

Reyes Gómez, Laureano
Los zoques del volcán [texto] / Laureano Reyes Gómez. – México : CDI, 2007.
181 p. : fots. – (Antropología social ; 94)
Incluye anexo fotográfico
Incluye bibliografía
ISBN 978-970-753-129-1

1. VOLCÁN CHICHONAL – ERUPCIONES 2. ZOQUES (DE CHIAPAS) – MIGRACIÓN INTERNA 3. ZOQUES (DE CHIAPAS) – VIDA SOCIAL Y COSTUMBRES 4. DESPLAZAMIENTO Y REACOMODO DE COMUNIDADES I. t. II. Ser.

Catalogación en la fuente: GYVA

Primera edición, 2007
D.R. © 2007 Laureano Reyes Gómez
D.R. © 2007 Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas
Av. México Coyoacán 343, Col. Xoco, Del. Benito Juárez, C.P. 03330, México, D.F.

Diseño de la colección: Juan Manuel Estrello
Diseño de portada: Francisco Zamorátegui
Fotografía de la portada: Caminando en el mar de la soledad, volcán Chichonal, abril de 1982. Fotógrafo: Antonio Alcocer.

Edición electrónica, 2017.
Departamento de Medios Digitales: Norberto Zamora Pérez.

ISBN 978-970-753-129-1 / Los zoques del volcán
ISBN 978-970-753-133-8 / Serie Antropología Social

http://www.gob.mx/cdi

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Agradecimientos 9
Prólogo 13
Introducción 17
Los zoques del volcán 23
Introducción 23
El contexto 24
El proceso migratorio forzoso 30
Perfil epidemiológico 44
La vida cotidiana 61
Pronósticos de la erupción 81
Los sueños 82
San Marcos y sus espadas flamígeras 83
San Miguelito y la caja parlante 84
El éxodo. Testimonios 91
"Mi salida de Carmen Tonapac". Félix Gómez Arias 92
La historia del volcán Chichonal. Alfonso Esteban Álvarez 99
Testimonio de un sobreviviente de la erupción del volcán Chichonal. José Rueda Sánchez 105
Memorias de un sobreviviente. César Silva Hernández 117
Experiencia de apoyo a damnificados por el volcán Chichonal. Antonio Alcocer 136
El reacomodo 143
Nace un nuevo pueblo 147
Palabras finales 151
Bibliografía 155
Anexo fotográfico 159

Agradecimientos

Quiero hacer explícito mi agradecimiento por su incondicional apoyo a varias personas e instituciones que han hecho posible este estudio. Con el riesgo de omitir involuntariamente algunos actores, refiero a los siguientes:

Durante el trabajo de campo conté siempre con el apoyo de mis informantes Amado Hernández Cruz, de Francisco León; Isabelino Gómez Pérez, de San Antonio Nanchital, Chapultenango; Eusebio Mateo Altunar, de Nuevo Vicente Guerrero, Tecpatán; Félix, Gabriel y Rufino Gómez Arias, de viejo Carmen Tonapac, Chapultenango; Camilo, Jesús Leonardo y Adelfo Díaz Castro y la señora Rosa Martínez, de Guadalupe Victoria, Chapultenango; Erasto Mondragón González, Nicolás Cordero y Miguel Gómez, de Chapultenango, y Feliciano Estrada Bautista, de Ejido Pixoyal, Campeche. Un agradecimiento muy especial a Domingo Gómez Domínguez, zoque de Chapultenango, quien me ayudó a traducir al español narrativa hecha en lengua *o´de*.

Varios fueron mis informantes "clave", pero no puedo dejar de mencionar, entre otros, al señor José Rueda Sánchez, vecino de Nuevo Vicente Guerrero, Acala, y al señor Esteban Álvarez, de Nuevo Francisco León, Ocosingo.

Agradezco infinitamente a los zoques que con su paciencia, amistad, cariño y confianza siempre me brindaron apoyo en mi trabajo de campo. Varias veces tomaron de su escasa alacena algún alimento para compartirlo conmigo. Así, degustamos posol, *nukú* (hormiga chicatana) y frutos de la región. Les estaré eternamente agradecido por su hospitalidad.

No puedo dejar de mencionar a los médicos Rafael Alarcón, Antonio Alcocer, Rodolfo Posada y César Silva, no sólo por haber vivido la experiencia del Chichonal, sino además por facilitarme cantidad de material escrito y fotográfico del evento explosivo. Ellos, entre otro grupo de voluntarios, brindaron ayuda primaria a los damnificados durante la crisis del Chichón, más allá del compromiso institucional y aun poniendo en riesgo sus vidas. Los zoques les estarán eternamente agradecidos por la ayuda prestada. Por un tiempo se les reportó como "desaparecidos", pero tuvieron la fortuna de sobrevivir para compartirnos su experiencia y poner en práctica sus ideales de lucha al lado de los más necesitados. Muchas gracias por ese gesto valiente y heroico.

Los señores Eneas Cancino (1985-1987), Enrique Teomitzi (1991-1993) y Enrique Teomitzi hijo (1999-2005) me acompañaron varias veces al complejo volcánico y a otros asentamientos zoques, dentro y fuera del área cultural de la etnia en estudio; su apoyo logístico fue invaluable. María Elena Fernández-Galán Rodríguez y Delmi Marcela Pinto, documentalista y técnica académica del Instituto de Estudios Indígenas de la UNACH, me hicieron llegar cuanto material bibliográfico y hemerográfico tenían a su alcance. César A. Trejo Gómez, administrador del IEI-UNACH me apoyó en el aspecto administrativo. Con Lourdes Poo Ramírez, directora del Centro Coordinador de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) y a su personal, con sede en Ixtacomitán, intercambiamos material y compartimos experiencias sobre la crisis del Chichón al celebrarse el Primer Encuentro de Migrantes Zoques del Volcán Chichonal, los días 4 y 5 de noviembre de 2005, en Chapultenango. Antonio Gómez Hernández, por su parte, me apoyó con material fotográfico en el trabajo de campo en la zona núcleo del complejo volcánico. De igual

manera deseo expresar mi eterno agradecimiento a Benjamín Ayuuk, por haberme acompañado a las entrañas mismas del volcán Chichón; indudablemente fue una experiencia sin par visitar la morada de la hermosa señora *Pyogba Chu´we*.

Susana Villasana, eterna compañera de campo, me ayudó a aplicar entrevistas en varios pueblos de la zona norte y de la Selva Lacandona. Su apoyo constante ha sido fundamental en la realización de este trabajo. Asimismo, deseo externar mi gratitud a *Tsuj Madsa'* y a *Tsamaxán*, por compartir experiencias de campo. Estoy en deuda con ellos.

Un agradecimiento muy especial a la Universidad Intercultural de Chiapas, en particular a Andrés Fábregas Puig, su rector, por leer y prologar el libro. Sus comentarios, siempre críticos, orientaron el trabajo.

Finalmente, me brindaron apoyo secretarial Verónica León T., Graciela Ventura F. y Elvira Ortega H., quienes se encargaron de transcribir algunas entrevistas y dieron cuerpo al texto. Muchas gracias por su apoyo. Estoy en deuda con todos los que en este trabajo participaron.

PRÓLOGO

Son las nueve de la noche del día 28 de marzo de 1982. El volcán Chichón desata su furia en el municipio de Francisco León, Chiapas, tierra zoque. Más de 20 mil personas fueron afectadas por esta erupción que los zoques habían previsto a través de sus sueños. La erupción puso frente a frente a dos mundos culturales: el de los zoques y el de los *caxlanes* (mestizos). En este accionar de uno frente al otro, ambos mundos se revelaron poniendo al descubierto sus estructuras sociales y culturales, además de la soberbia *caxlana*. Hacía falta un análisis de ese momento y de sus secuelas. El antropólogo mixe-zoque Laureano Reyes Gómez lo logra en este espléndido texto, titulado *Los zoques del volcán*.

El dramático desconocimiento que de las culturas indígenas y de las geografías regionales ostentan los medios masivos de comunicación, particularmente los que tienen su sede en el Distrito Federal, se desplegó durante aquellos terribles días de marzo y abril de 1982. Las primeras noticias no atinaban a ubicar en dónde estaba el volcán Chichón y menos a informar quiénes eran los zoques. A un locutor televisivo, muy influyente en aquellos años, se le ocurrió que *Chichón* era una "mala palabra", con un sonido que hería la susceptibilidad de los televidentes, por lo que decidió cambiar

el nombre del volcán a *Chichonal*. Con ello, pensó, "suavizaba" el incómodo apelativo. Por supuesto, no sabía que chichón en Chiapas no significaba "seno grande", sino un "chipote", es decir, una contusión en la cabeza. Tampoco sabía del uso del plural en el castellano hablado en Chiapas. En efecto, *chichonal* significa para los chiapanecos "abundancia de chichones". Por supuesto, no hubo información alguna acerca de los zoques, de sus advertencias sobre la erupción, de su ancestral sabiduría que, por encima de los vulcanólogos, previó las furias del Chichón.

El autor, además de ser un mixe-zoque, es el primer antropólogo mexicano que obtuvo un doctorado en ciencias sociales escribiendo sobre los zoques de Chiapas. Susana Villasana es la segunda. Ambos presentaron y discutieron sus tesis muy lejos de Chiapas: en la ciudad de Tijuana, en El Colegio de la Frontera Norte. Con ello quiero decir que Laureano Reyes es un estudioso del mundo zoque con una sólida experiencia, además de poseer la virtud de hablar el zoque. Sus trabajos de antropología médica entre los zoques son importantes por su originalidad y profundidad. El manejo de un idioma de extrema complejidad, como es el zoque, le permite al autor escudriñar a una de las culturas originarias de Chiapas y elaborar un texto de alta calidad, como el que el lector tiene ante sí.

El libro *Los zoques del volcán* es resultado de un minucioso trabajo de campo, de largas conversaciones con los protagonistas, de una estancia prolongada entre quienes se pretende comprender. El resultado es un libro de excelente factura, a través del cual habla no sólo el antropólogo, sino los propios zoques del volcán. He aquí el relato de una tragedia que puso al descubierto la grandeza de una cultura.

La complejidad del pensamiento de los zoques, particularmente su visión del mundo y el lugar en éste de su cultura, es analizada con conocimiento y con reconocimiento hacia los creadores de un pueblo campesino que es parte del origen civilizatorio de estas tierras. La identificación con la naturaleza es evidente para los zoques. Por eso, existe un concepto difícil de captar en el pensamiento occidental: *Tsu´an*, un tiempo entre tiempos simultáneo a un lugar que trasciende la vida cotidiana.

En estas páginas el lector aprenderá quien es la *Pyogba Chu´we*, la "Señora que arde", la señora que "recuerda el olvido", como dicen —magistralmente— los versos de delicada construcción citados al inicio del texto. Muchos aspectos más de la cultura zoque quedan aquí expuestos a la reflexión, gracias al trabajo antropológico de Laureano Reyes.

La erupción del volcán Chichón provocó la salida de los zoques de sus territorios. La selva fue uno de sus destinos. El libro, con testimonios directos, recupera la memoria de aquel éxodo. Muchos murieron a causa de la furia del Chichón, tratando de salvar a sus santos, a sus símbolos identitarios, o resistiéndose a perder las tierras de los ancestros. Todo ello se relata en este texto que literalmente envuelve al lector y lo introduce de lleno en los sucesos.

Entretejido con los relatos, uno puede percatarse de la insensibilidad del poder ante la tragedia. Como el propio gobernador lo expresaba en aquel momento, sólo se les ocurrió hablar frivolidades. Además, se desechó el conocimiento que los propios zoques poseen de su entorno, de la naturaleza y del propio volcán Chichón. No podían —supusieron— los zoques saber más que los vulcanólogos y los asesores. Campesinos cultivadores del maíz, esa terca planta que se niega a abandonarnos, no estaban en capacidad de decidir ante la eminencia de la explosión, pensaron los que siempre tienen la verdad. Pero los zoques insistieron en que la *Pyogba Chu´we* estaba activa, y lo demostraría inundando de fuego el mundo. Así fue. Los zoques sabían lo que afirmaban.

Entraron en contraste las frivolidades con la complejidad del mundo cultural de los zoques. Éstos fueron abandonados a su suerte. Los relatos que Laureano Reyes transcribe son elocuentes. Igualmente, la información consignada ilustra hasta qué extremos es capaz de llegar la insensibilidad de los funcionarios públicos, que así denotaron su total lejanía con un mundo que es parte de México.

La relevancia del episodio del Chichón para la creación de conocimiento antropológico está demostrada con creces en el libro. He aquí una cultura milenaria revelando sus aspectos más complejos al relatar qué fue y por qué la erupción del volcán. El texto habrá

de leerse con la atención exigida por su propia complejidad. La riqueza de los testimonios es manifiesta. Encierran la hora dramática en que una cultura se enfrenta a sí misma y se pone a prueba. La geografía mítica se entrelaza con los lugares terrenales para darle un sentido al tiempo que, finalmente, sólo los zoques mismos percibieron a cabalidad.

Debe hacerse notar la pulcritud en el trabajo de campo y la excelente etnografía; el libro permite al lector captar los contextos de los relatos e introducirse en ellos. No es un aspecto menor. Sólo quien escribe desde una perspectiva solidaria con la cultura analizada, lo logra. Laureano Reyes lo hizo, y nos ofrece un texto de magnífica factura, que constituye un aporte a la antropología de México.

Andrés Fábregas Puig, San Cristóbal de Las Casas,
Chiapas, 29 de mayo de 2006.

Introducción

Este trabajo nació como un proyecto alterno a raíz de una investigación que sobre antropología médica llevé a cabo principalmente en la región zoque del noroeste del estado, allá por 1985. Después, entre 1990 y 1992, desarrollé el estudio *Antropología de un volcán*, que fue sustentado como tesis de grado en 1995. La erupción del volcán Chichonal estaba fresca en la mente de los zoques, y durante el trabajo de campo de sendas investigaciones invariablemente surgían temas relacionados a los eventos explosivos del Chichón, sucedidos entre marzo y abril de 1982. Así, me dediqué colateralmente a recopilar testimonios de los sobrevivientes del volcán, y escuché horas y más horas del dramatismo sufrido por los zoques con la crisis telúrica que cambió sus vidas y constituyó un parteaguas en la historia del grupo.

Sin embargo, en mayo de 1991, cuando visitaba comunidades zoques reubicadas por la erupción en la Selva Lacandona, llegué a la comunidad de Nuevo Francisco León (antes llamado Nuevo Vicente Guerrero), Ocosingo, donde me informaron que un grupo de jóvenes campesinos había solicitado ampliación de terrenos para formar dos nuevos asentamientos zoques (en 1986)[1] en la zona de Marqués

[1] Véase López García, 1990: 37.

de Comillas, llamados "La Nueva Unión", anexos 1 y 2, respectivamente. Me dirigí al Anexo 1. Grande fue mi sorpresa al llegar a la aldea porque de inmediato me reconocieron como el "maestro Lauro". Ignoraba entonces que el "maestro Lauro" en realidad —mi realidad— había muerto en el "viejo" Francisco León (específicamente en la Ribera Candelaria) cuando fue sorprendido por la erupción, como muchos otros vecinos; pereció bajo toneladas de roca y ceniza candentes. Entonces el entrevistado era yo para que explicara cómo había vuelto a la vida terrena. Dejaremos de momento al maestro Lauro y lo retomaremos más adelante buscando comprender bien a bien la pregunta. Para entender los cuestionamientos a que fui sometido fue preciso indagar, primero, la compleja concepción zoque de cómo se concibe la vida después de la vida; de la visión que tienen del Inframundo.

En forma resumida, puedo decir que existen cuatro espacios donde se desarrollan la vida terrena y las del Inframundo. A saber, está en función del ciclo solar diurno y nocturno, algo parecido a las edades del sol. La primera fase se desarrolla desde la gestación del nuevo sol hasta su ocultamiento; este ciclo rige la vida terrena, aquella que se realiza sobre la faz de la tierra.

El segundo ciclo solar es, justamente, la fase de ocultamiento parcial del sol, identificado como el momento mismo en que inicia su recorrido nocturno, cuando entra al Inframundo. Esta fase corresponde al mundo de *Tsu´an*, el lugar del "encanto" (en el sentido estricto del término, donde la vida se embelesa, se goza en forma plena; el paraíso), sitio al cual van a vivir los invitados por los dueños de los cerros. Se entiende literalmente por *Tsu´an* "antes de la media noche". Están atrasados 12 horas respecto al horario terreno. Es decir, cuando en la vida terrena es de día, en *Tsu´an* es de noche, y viceversa. En *Tsu´an* los días y las noches son eternos. Es el mundo del "encanto".

Físicamente es posible ingresar al territorio de *Tsu´an*; se hace a través de cuevas y lugares encantados, que en lengua zoque son conocidos como *Jubö* (literalmente, "el que retiene", "el que atrapa"). *Tsu´an* es un mundo subterráneo que se comunica a través de túneles

y desde el cual se puede viajar a lugares lejanos. Siempre hay fiesta. Se cree que el cráter del volcán Chichonal está conectado en forma subterránea con otros volcanes, además de estar considerado como una entrada al Inframundo.

En la visión zoque los cerros tienen dueño, y pueden ser cerros "macho" o cerros "hembra", según el caso. El cerro *Tsitsungotsöjk* es hembra, toda vez que lo habita la mismísima *Pyogba Chu´we*, la Señora del Volcán. Ella es especialmente famosa por sus reuniones escandalosas, y gusta tener de invitados a jóvenes solteros, mozuelos, para desposarlos.

La firme creencia en *Tsu´an* se establece porque en la entrada de las cuevas se asegura que puede escucharse el bullicio de un mundo interno. Más adelante se ilumina el camino con velas y se escucha el canto de los gallos, la celebración de misas, las risas de los niños, el ladrido de los perros, el repiqueteo de campanas, etcétera, y se evidencia toda la vida comunitaria subterránea. Asimismo, la creencia está alimentada por historias fantásticas de gente que, se dice, se reincorporó a la vida terrena después de haber estado cautiva por algún "encanto" y ahora goza de inmensas riquezas.

Si se ingresa al mundo de *Tsu´an* a través de las cuevas es posible también su regreso por pasadizos secretos a la vida terrena, siempre y cuando no se taponen las entradas. Aunque la empresa es compleja, puede lograrse a través de sortilegios; uno de ellos es que los familiares del mundo exterior celebren ceremonias muy elaboradas donde intercambien víctimas alternas, por ejemplo, sacrificando aves y presentándoles ofrendas al dueño o dueña del cerro. Al lograr salir del mundo del "encanto", los individuos recordarán sus últimas actividades como si hubieran sucedido el día de ayer. El tiempo no habrá pasado para ellos.

Existe otra forma de abandonar *Tsu´an*. Esto ocurre cuando en el mundo exterior ya se han olvidado del sujeto "encantado". Es decir, el individuo vive en *Tsu´an* en tanto es recordado en la vida terrena; una vez que ha sido olvidado de la memoria comunitaria, de la misma manera el individuo sufre un "desencanto". Así, *Tsu´an* se va desocupando y preparando las condiciones para un nuevo invite,

una nueva fiesta. El individuo que abandona *Tsu´an* por "desencanto" pasa, entonces, a habitar el tercer mundo: *I´ps töjk*.

I´ps töjk, literalmente "veinte casas", término que debe entenderse como "laberinto", es el Inframundo que los zoques ubican en un sitio subterráneo, al poniente del globo terráqueo. Corresponde a la segunda edad del sol, tras su recorrido nocturno, una vez que ha penetrado sexualmente a la Tierra, al ocultarse en su marcha hacia la fecundación y el nacimiento de un nuevo sol, de un nuevo día.

En *I´ps töjk* van a vivir aquellas personas que murieron de muerte natural. Es el sitio donde se juzga el comportamiento de la vida terrena a través de un Gran Tribunal compuesto por 13 jueces, de los cuales seis querrán hundir al juzgado, y seis más buscarán las atenuantes que permitan equilibrar la culpabilidad o inocencia del indiciado. Sin embargo, el treceavo elemento tendrá la delicada tarea de emitir el veredicto final tras estudiar el caso y de considerar la opinión del público que asiste a dicho acto. El público lo integran los que antes habitaban el mundo exterior, es decir, la vida terrena, y está constituido en asamblea comunitaria; emite su opinión para hundir o salvar al sujeto en juicio.

En *I´ps töjk* son juzgados todos y cada uno de los actos en la vida terrena, y de acuerdo al veredicto del Gran Tribunal, se cumplirán castigos o premios. Por ejemplo, aquellos que trataron mal a los animales de carga harán el trabajo que obligaban hacer, y los que tuvieron una vida ejemplar gozarán de la felicidad eterna. En *I´ps töjk*, además, como premio al buen comportamiento en la vida terrena se puede llegar a ser autoridad del lugar; en cambio, los que se portaron mal recibirán merecidos castigos. Los papeles muchas veces se invertirán. Si en la vida terrena fueron castigados siendo inocentes, ahora serán celadores, y los malos funcionarios, encerrados en cárceles de paredes de oro.

El mundo de*I´ps töjk* está lleno de túneles, que son los caminos que comunican con otros pueblos subterráneos; sin embargo, no existe salida al mundo exterior, toda vez, entre otras cosas, que la tumba fue sellada, taponada. Los del mundo exterior pueden, eventualmente, visitar *I´ps töjk*, pero sólo a través del sueño, sobre todo aquellas personas que tienen *tonas* poderosas (curanderos, brujos, rezadores),

capaces de regresar del mismísimo Inframundo. Eso explica que podemos soñar con personas que han desaparecido de la faz de la Tierra y saber la suerte que han corrido en *I´ps töjk*.

El cuarto mundo es *Pagujk tsuy* y corresponde a la última edad del sol en su recorrido nocturno; es el sitio de "la gran oscuridad" o "medianoche". *Pagujk tsuy* es la morada donde van a vivir los suicidas. Es tan profunda su ubicación que se pierde en el mar de la oscuridad, tanta que sus habitantes no encuentran el camino de regreso a la vida terrena o, al menos, al mundo de *I´ps töjk*. Viven en la oscuridad por voluntad propia; entonces, no tienen derecho a otros espacios más que el elegido. *Pagujk tsuy* es lugar de confinamiento eterno. Es el mundo de las sombras.

Una vez conocidos los diferentes mundos donde continúa la vida después de la vida, regresemos con el "maestro Lauro", a quien dejamos pendiente líneas arriba. Era muy querido y respetado en la comunidad, pero de acuerdo a las creencias zoques, los sepultados por el Chichón, al igual que aquellos que han sido atrapados por "el encanto",[2] en realidad no están muertos, sino que fueron invitados a la fiesta que previamente anunció la Señora del Volcán. El regreso a la vida terrena beneficiaba esta vez al maestro Lauro. Esa era la razón que explicaba por qué el maestro preguntaba con mucha insistencia cómo habían llegado a poblar sitios distantes de la aldea original, pues sólo recordaba la tarde-noche del 28 de marzo de 1982, fecha que marcaba su cautiverio en el mundo de *Tsu´an*.

Aprovechando esta confusión a mi favor, me dediqué a recopilar información variada sobre la crisis del Chichón y otros aspectos relacionados con el volcán. El resultado de esas largas horas de charla da origen, en buena medida, a este trabajo, el cual decidí, a su vez, rescatarlo del cautiverio del mundo de los archivos encantados, liberarlo del territorio de *Tsu´an* y ponerlo en manos sabias.

Dos décadas duró el cautiverio de los archivos encantados, hasta que los días 4 y 5 de noviembre de 2005, a raíz del Primer Encuentro

[2] Reyes Gómez, 2002: 104.

de Migrantes Zoques del Volcán Chichonal, celebrado en Chapultenango, Chiapas, y organizado por el Centro Coordinador de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), con sede en Ixtacomitán, decidí, en definitiva, sacar a la luz mis archivos para compartir mi experiencia de campo entre los zoques del volcán. El encuentro referido terminó por convencerme de la necesidad de dar a conocer una etapa muy importante de la vida de los zoques, ofreciendo la voz a los actores a través de sus testimonios.

El trabajo está dividido en cuatro capítulos. El primero lleva por título "Los zoques del volcán" y en él se contextualiza la región zoque, así como el problema en estudio. El segundo se titula "La vida cotidiana" y busca dar el panorama que guardaba la región justamente antes de la crisis del Chichón. El tercer capítulo lo hemos llamado "El éxodo. Testimonios", y tiene por objetivo narrar, en voz de los mismos actores, la experiencia de cómo hicieron frente al evento telúrico. Finalmente, el cuarto capítulo se llama "El reacomodo", y describe el proceso que siguieron para reubicar los pueblos damnificados por la erupción del volcán, poblando espacios dentro y fuera del área cultural zoque.

El trabajo se complementa con un anexo fotográfico, que pretende dar una visión gráfica del fenómeno en estudio.

Los zoques del volcán

Introducción

El presente capítulo centra su interés en el problema social que subyace a la erupción del volcán Chichonal, enclavado en una zona poblada por aldeas de indígenas zoques en la Sierra de Pantepec, Chiapas; región que se caracteriza por registrar los más altos índices de marginalidad no sólo a nivel estatal, sino nacional.

Para reconstruir la crisis del Chichonal recurrimos a diversas fuentes de información, como entrevistas directas, fuentes hemerográficas y bibliográficas, archivos fotográficos, testimonios escritos y narrados, más de 10 visitas al complejo volcánico, y consultas a expedientes sobre programas de acción en comunidades reubicadas.

Durante el trabajo de campo no tuvimos mayores problemas, salvo en una comunidad, San Antonio Las Lomas, Ixtacomitán, la cual no había sido dotada de tierras y cuyos pobladores vivían en una propiedad de don Patrocinio Sánchez. En nuestra estancia corrió el rumor de que nuestra presencia obedecía, según unos, a que íbamos a dotar de láminas para el techado de casas; y según otros, a acordar la compra de un terreno, incluso se hablaba del número de hectáreas y de su ubicación. Tales comentarios fueron construidos como reflejo de sus necesidades más urgentes; la gente vio en nosotros una posibilidad de gestión. No obstante que aclaramos nuestro objetivo,

esperaban una respuesta más comprometida.[3] El trabajo de campo intensivo se llevó a cabo entre abril y junio de 1991, aunque en años posteriores se siguió trabajando en la recopilación de materiales diversos para la constitución final del análisis de gabinete.

EL CONTEXTO

Antes de la erupción del volcán Chichonal eran 12 los municipios que albergaban mayoritariamente población zoque, ubicados al noroeste del estado: Chapultenango, Francisco León, Ocotepec, Pantepec, Tapalapa, Copainalá, Tecpatán, Coapilla, Ixhuatán, Ostuacán, Tapilula y Rayón. A consecuencia de la erupción, la cabecera municipal de Francisco León quedó sepultada bajo la ceniza volcánica. Es importante hacer mención que existen otros municipios donde también se encuentra población minoritaria de indígenas zoques, como Jitotol, Amatán, Ixtacomitán, Pichucalco, Solosuchiapa, Chicoasén, Osomasinta y Tuxtla Gutiérrez, capital del estado[4] (véase mapa 1).

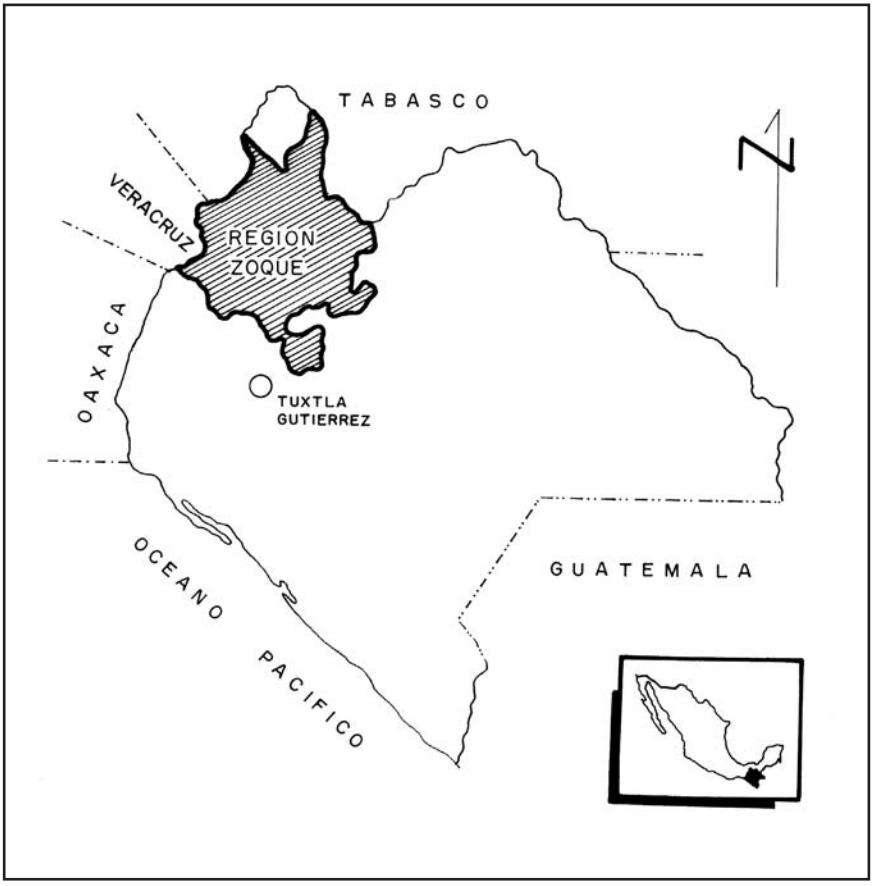
Las poblaciones de los municipios de Chapultenango y Francisco León, que circundaban el complejo volcánico, se vieron obligadas a emigrar ante el fenómeno telúrico. Posteriormente, 10 comunidades fueron reubicadas en municipios que se encuentran dentro del área cultural zoque, en tanto que cuatro más fueron ubicadas fuera del área cultural considerada "tradicionalmente" zoque, encontrándose así, en la actualidad, en los municipios chiapanecos de Juárez, Acala, Chiapa de Corzo y Ocosingo (véase mapa 2). Se registraron, además, migraciones menores a los estados de Tabasco, Veracruz y Quintana Roo, donde se ocupan como obreros en zonas petroleras, ganaderas o turísticas.

La "tradicional" región zoque de Chiapas se encuentra asentada en tres grandes nichos ecológicos: la vertiente del Golfo de México, con cálidas planicies que colindan con el estado de Tabasco; la Sierra

[3] El problema fue turnado a las autoridades del Centro Coordinador Indigenista del INI en Ixtacomitán, quienes tomaron cartas en el asunto. Posteriormente algunas familias fueron dotadas de parcelas en la Colonia Lindavista de Ixtacomitán.
[4] Villasana Benítez, 1989: 5.

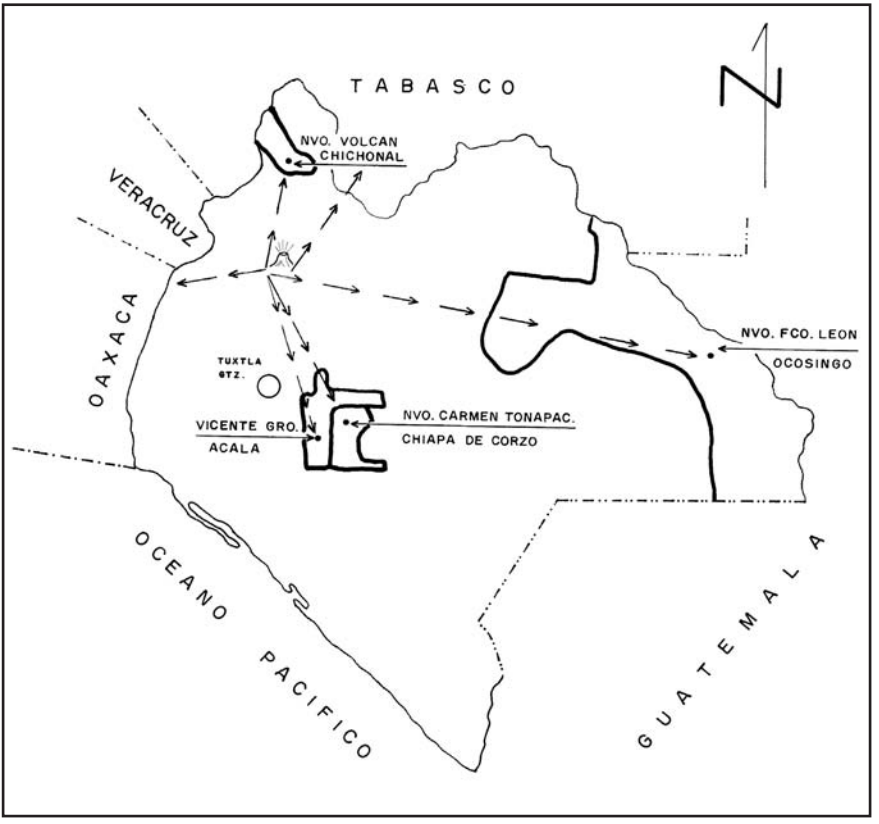
de Pantepec, cuyas comunidades se sitúan en alturas entre los mil y los mil 500 metros sobre el nivel del mar (msnm), con clima frío; y la Depresión Central chiapaneca, con alturas que fluctúan entre los 500 y los 700 msnm, con clima caluroso.[5]

Mapa 1. La región zoque, estado de Chiapas



[5] Enrique Santibáñez reporta, en 1911, la lista de pueblos zoques, en la que incluye el municipio de Juárez. Citado en D. Cordry y Dorothy M., 1988: 30.

Mapa 2. Migración de pueblos zoques a consecuencia de la erupción del volcán Chichonal, marzo de 1982



El volcán Chichonal[6] está situado en la porción noroccidental del estado de Chiapas. Se localiza a 17 grados, 21 minutos de la latitud norte y a 93 grados, 13 minutos de longitud oeste. En línea recta, se encuentra a 70 kilómetros al norte-norponiente de Tuxtla Gutiérrez, a 77 kilómetros al sur-surponiente de Villahermosa, Tabasco, y a 20 kilómetros al surponiente del poblado de Pichucalco, Chiapas[7] (ver mapa 1). Antes de la erupción se encontraba a 1 300 msnm, después

[6] El nombre lo recibe de una palma llamada *Astrocaryum mexicanum*, que produce una fruta comestible conocida comúnmente como chichón. *Vid*. M. Máximo, 1987: 286.
[7] R. Canal-Dzul, *et al*., 1983: 4.

de la erupción se redujo a 1 070 msnm. Su cráter tiene un diámetro de 1.5 kilómetros y una profundidad de 200 metros. Según estudios vulcanológicos:

> El Chichón no es el único lugar con roca volcánica en la parte norte de Chiapas. Un cerro volcánico, según su forma cónica, parece ser el Cucaya, que queda a 15 kilómetros al norte del Chichón. También hay roca volcánica al poniente de Teapa, cerca de San Bartolomé Solistahuacán y cerca de Tecpatán […] Esta zona chiapaneca y del norte del Istmo merece, por su independencia geológica de la zona volcánica de Centroamérica una denominación científica. Propongo que esa zona sea llamada "Zona Volcánica del Chichón" por ser este cono volcánico el único en toda la zona que tiene cierta actividad.[8]

Los campesinos zoques reconocen como volcanes otros cerros que circundan la región norte de Chiapas, como el Cerro Campana, en la cabecera municipal de Chapultenango, el Cerro Santo o el Cerro de la Jiba, en Tecpatán, y el Cerro Rejego o el Cerro Bandera, en Tapalapa.

El fenómeno del Chichonal no es nuevo. Los documentos históricos registran que en 1710 el pueblo de Magdalena Chica tuvo que reubicarse en el pueblo de Magdalena Grande (antes Francisco León), "ya que estaba expuesto a continuos temblores, además de otras incomodidades, subiéndose al pueblo grande, distante a una legua, en donde han hecho sus casas y viven en hermandad con los otros".[9]

En épocas recientes, Canul-Dzul explica que el Chichonal tuvo actividad explosiva hace aproximadamente 130 años (más o menos en 1853); su aseveración la fundamenta en informes verbales proporcionados por habitantes de la zona y por la presencia de material volcánico (pómez y ceniza) que cayó en forma de lluvia hasta el poblado de Chapultenango, situado a 13 kilómetros del cráter, e hizo que la gente evacuara la zona.[10]

---

[8] Mülleried, 1984: 16-17.
[9] F. Orozco y Jiménez, 1911: 50.
[10] R. Canul-Dzul, *op. cit.*: 18.

Debido a una serie de movimientos telúricos y al rumor de una erupción, en 1928 Mülleried hizo un reconocimiento del área y detectó el emplazamiento de un cerro en forma cónica, de cuyas pendientes afloraba roca volcánica.[11] En su informe, Mülleried concluye: "Actualmente el Chichón es un volcán en actividad, con presencia de grietas de donde salen vapores sulfurosos".[12]

Según experiencias de campesinos zoques recuperadas por el señor Pedro Pérez Cruz, vecino de Francisco León, el comportamiento del volcán en los últimos años ha sido el siguiente:

> En el año de 1964 se comenzó a incendiar la cima del cerro o volcán, hacía temblar desde entonces hasta 1969. Entonces se calmó el incendio y el temblor. En el pie del volcán hay un manantial (de aguas termales sulfurosas) que de por sí existe. En el mes de enero de 1981 hizo gran derrumbe y gran arrastradero.[13]

Durante los meses de diciembre de 1980 y enero de 1981 se escucharon fuertes ruidos y pequeños temblores que provenían del subsuelo, siendo más fuertes y frecuentes en el cráter, así como en las partes inmediatas al complejo volcánico. En septiembre de 1981 se concluyó que era posible de nuevo un evento volcánico de tipo explosivo y bastante violente, debido a las características observadas.[14]

Las autoridades estatales conocían los informes de los vulcanólogos y contaban con evidencias suficientes de una erupción inminente. Sin embargo, hicieron caso omiso de los estudios y no se tomó ninguna medida de emergencia para afrontar la catástrofe, tal como lo refiere el siguiente testimonio:

> Las autoridades nos tenían abandonados, por más que nos quejamos de que algún día iba a suceder esta tragedia, no nos hicieron caso; nos

[11] F. Mülleried, 1984: 5.
[12] *Op. cit.*: 12.
[13] P. Pérez, s/f: 4.
[14] R. Canul-Dzul, *op. cit.*: 18.

> quedamos sin nada, se perdieron nuestras cosechas, nuestro ganado, y desconocemos la suerte que corrieron los demás compañeros [que se quedaron en la comunidad].[15]

Posteriormente las autoridades reconocieron su error, argumentando que el Chichonal tuvo un comportamiento "extraño", ya que después de la primera erupción —de un total de seis eventos registrados entre el 28 de marzo y el 4 de abril de 1982— entró en una etapa de aparente reposo, motivo por el cual a la gente se le aseguró que el volcán ya no haría más erupción. El sábado 3 de abril —a seis días del primer evento explosivo— experimentó dos erupciones violentas, la tercera a las 8:40 y la cuarta a las 10:30 horas. El domingo 4 de abril desencadenó toda su furia con dos explosiones más, la penúltima a la 01:39 y la última a las 11:10 horas, alcanzando una intensidad destructora tipo 4.[16]

Después de la primera erupción, poco faltó para que declararan muerto al Chichonal; de esta forma, volvieron muchos a sus aldeas. Por otro lado, es fácil comprender por qué los campesinos zoques regresaban a sus comunidades, pues, aparte de que no tenían adónde ir, tampoco recibían ayuda alguna del gobierno. Además, se avecinaban fiestas religiosas como la feria anual de San Vicente Ferrer y la Semana Santa, que acostumbraban celebrar con mucho fervor religioso. Asimismo, necesitaban volver a sus casas para evaluar daños y atender sus escasas propiedades, posiblemente salvadas, en especial los animales domésticos.

Cuando se presentó el fenómeno explosivo era demasiado tarde: no se había instrumentado un plan de emergencia, tampoco había interés en evacuar a la población y, en consecuencia, no se habían previsto lugares de refugio, alimentación, personal de asistencia, ni primeros auxilios.[17]

---

[15] *Número uno*, 30 de marzo de 1982.
[16] J. Havskov-Jensen, *et al*., 1983: 36-48.
[17] F. Báez-Jorge, *et al*., 1985: 175.

El volcán Chichonal entró en actividad explosiva el domingo 28 de marzo de 1982 alrededor de las 21:00 horas, provocando "una secuela de muerte, miseria y desolación, que afectó a más de 20 mil zoques que habitaban el área aledaña".[18]

EL PROCESO MIGRATORIO FORZOSO

El volcán Chichonal dejó sentir fuertes explosiones, seguidas de grandes lengüetazos de fuego, penetrante olor a azufre, sismos de alta intensidad, aumento en la temperatura ambiente y lanzamiento de gases, grava, arena y ceniza candentes. Los pobladores que se encontraban en las inmediaciones del volcán pudieron observar lo que don José Rueda Sánchez, vecino de Vicente Guerrero, calificara de "grandes maravillas que nunca hemos visto, luces multicolores, como castillos; nubes rojas, nubes negras, se sentía como si se rajara la tierra. La gente lloraba, algunos huían a otros poblados, en tanto que muchos más buscaban refugio en la iglesia, adonde iban a hacer la oración".[19] O lo expresado por Juan Sabines:

> Un espectáculo inicial de luz sin sonido, miles y miles de rayos entremezclados, horizontales, verticales, diagonales, relámpagos que salían de la tierra en columnas esbeltas a cinco o seis kilómetros de altura; todo esto en principio sobre el cráter, y luego extendiéndose, aumentando su área, amenazando con llegar a Pichucalco, en donde estábamos nosotros, sobrecogidos, paralizados, diciendo tonterías, haciendo comentarios frívolos…[20]

En realidad el fenómeno explosivo causó pánico entre la población, muy en especial en aquellos que vivían en el complejo volcánico. Mucha gente, tomando lo estrictamente necesario (algún dinero, ropa,

[18] *Op. cit.*: 69.
[19] Véase el testimonio del señor José Rueda Sánchez, capítulo III.
[20] Juan Sabines, 1992: 9.

radio) e iluminándose con teas, se dirigió a pie a los poblados más cercanos que contaban con carretera, como Chapultenango, Ocotepec, Tapalapa, Ostuacán, para que les sirvieran de refugio temporal o bien para poder desplazarse a otros lugares más lejanos.

La gente que se quedó tenía la esperanza de que la erupción fuera un evento pasajero y que no ameritaría su salida, o al menos lo haría con luz natural en los próximos días. Sin embargo, llegó la mañana siguiente y los rayos del sol eran incapaces de traspasar las gruesas capas de nubes de ceniza, todo permanecía oscuro, gris y triste. El volcán rugía enfurecido, la tierra se sacudía con violencia, las ondas de calor eran insoportables y el ruido ensordecedor. A ratos volvía la calma, a veces interrumpida por ligeros temblores; así continuó los dos días subsecuentes.

El volcán reinició su actividad explosiva el 30 de marzo, con intensidad tipo 2 (temblores de mediana intensidad, fumarolas intermitentes y aparente reposo), y los siguientes tres días estuvo en relativa calma, volviendo a entrar en actividad intermitente el 4 de abril, con intensidad tipo 4 y 2.

Algunos zoques que habían buscado refugio temporal en los pueblos próximos volvían a las aldeas de origen a rescatar imágenes religiosas de los templos católicos, "para que no sintieran que las habían abandonado y a visitar a los que se habían quedado", a darles agua y alimento a los animales sobrevivientes.

A los vecinos de la Ribera Trinidad que aguardaron o regresaron a su aldea por ser padrinos de la novena de San Vicente Ferrer, los sorprendió la muerte justo a los nueve días de la primera erupción; pese a la catástrofe, la novena fue celebrada por otros, quienes buscaron refugio en la localidad de Vicente Guerrero, municipio de Francisco León. "¿A dónde ir, si de igual forma moriremos aquí que allá? ¿Y nuestras tierras? ¿Y nuestras casas? ¿Y nuestras pertenencias?", se preguntaban. "Mejor nos quedamos", y así lo hicieron muchos que prefirieron morir en su comunidad, "donde está enterrado su ombligo", que afuera de ella. Los más ancianos, los enfermos y muchas mujeres con embarazo de término se quedaron. Otras más lograron llegar a Chapultenango, donde se registraron 50 partos; todos los

productos nacieron muertos. Otro tanto sucedió con los enfermos graves, los ciegos, los ancianos, las personas con discapacidades mentales, que fueron abandonadas a su suerte o se negaron a salir.

El evento del Chichonal fue campo fértil para lograr adeptos a otras filiaciones religiosas, pues se aseguraba que únicamente se cumplía el pasaje bíblico del fin del mundo y que no había marcha atrás. Otro sector, el católico, era de la idea de celebrar las festividades "tradicionales" para mitigar la ira de Dios; en cambio, los "tradicionalistas" sacrificaban aves para aplacar el enojo de la Señora del Volcán.

Además, tenían la idea de que el Chichonal era el volcán más grande del mundo, lo que implicaba no tener escapatoria, independientemente del lugar de refugio. Por fortuna el volcán no arrojaba lava, pero la actividad eléctrica se hizo más intensa y el fuego rápidamente alcanzó las cañadas incendiando los pastizales donde se encontraban los potreros. Justo ahora, en los momentos de crisis, las deidades zoques no abandonarían a los suyos. Fue entonces que los más ancianos invocaron a los *Abu* (literalmente, *anguku*, "nuestra raíz", "nuestros abuelos"), es decir, los gigantes que poblaron la tierra antes de la creación del sol; aquellos sabios que construyeron la iglesia de Chapultenango, de los cuales se dice que no la terminaron porque los sorprendió la salida del sol; desde entonces se esconden bajo tierra. Sacrificaron aves y rezaron al cerro solicitando a los *Abu* los protegieran del peligro y la amenaza del volcán. Las ceremonias se celebraron

> en los ejidos Guayabal y la Colonia Volcán Chichonal [lugar donde] había dibujos en piedras y escrituras jeroglíficas... bancos de arena volcánica y restos de cerámicas de barro, ollas de barro, figurillas de 20 a 30 centímetros de altura, con características de ofrendas adoración de sus dioses, a una profundidad de 20 a 50 centímetros, poblado por los antiguos zoques... La madre tierra la consideraban como una diosa, por eso toma el nombre de mayi nasakopak, le rendían culto antes de iniciar a trabajarla, ya sea para sembrar maíz y frijol o para cuando enterraban a sus muertos. Para construir una

> casa era necesario hacerle una ofrenda de agradecimiento con especies de carnes de animales domésticos, un gallo joven, una gallina joven, un puerco de tres meses de edad; sólo se utilizaba el corazón, el hígado, los ojos y el cerebro, que se colocaban en una olla de barro nueva y, si era posible, decorada con pintura de figuras de animales, como el mono, el águila, la mariposa, el armadillo y el jaguar. La madre tierra se enojó; ya no aguantó más.[21]

Ante el llamado de los ancianos, los *Abu*, protegidos de la luz solar por el oscurecimiento que produjo la ceniza volcánica, se presentaron a brindar auxilio. Se dice que en realidad el volcán arrojaba gigantescas rocas gracias a la acción de los *Abu*, que con descomunales mazos golpeaban las rocas, mismas que se pulverizaban y caían en forma de ceniza. El golpe era tan fuerte que se escuchaba como rayo, y las chispas que lanzaba se transformaban en relámpagos, que los zoques conocen como "víboras de fuego". Gracias a la acción de los Abu, el daño no fue mayor.

La gente se cubría nariz y boca con trapos, pues la ceniza obstruía las vías respiratorias; además, los ojos sufrían fuerte irritación. Los techos de las casas, de lámina de cartón, paja, lámina galvanizada y teja, cedían rápidamente ante el peso excesivo del material volcánico, por lo que constantemente tenían que desalojar grava y arena. El primer evento explosivo arrojó material volcánico que cubrió un área superior a los 30 kilómetros cuadrados, afectando principalmente las comunidades de Francisco León, Colonia Volcán, Ribera Volcán, Juan Bosco, Guayabal, Nicapa, Ixtacomitán, Chapultenango, Tectuapán y riberas de Ostuacán y Pichucalco.[22] Los vientos predominantes tenían la dirección oriente-poniente, y Francisco León, que se ubicaba a escasos cinco kilómetros lineales del volcán, estaba justo en la ruta de destrucción. Posteriormente fue borrado del mapa y declarado oficialmente inexistente.

---

[21] Díaz Gómez, archivo electrónico, pp. 1-11.
[22] Báez-Jorge, *op. cit.*: 87.

El río Magdalena pasaba en medio de la comunidad de Francisco León. Pronto se formó una especie de dique con la espesa arena, las rocas, los árboles caídos, el lodo y los escombros de muy diversa naturaleza, lo que terminó de destruir el pueblo.

El señor Pedro Cruz Pérez, vecino de Francisco León, escribió unas notas sobre la historia del volcán Chichonal; respecto al abandono de la comunidad, dice:

> Las casas quedaron derribadas en media parte y las gentes quedaron sin casas. Otra media parte resistió. Ahí se amontonaron las gentes. Otros estaban esperando el día para salir. Así fueron saliendo las gentes en la primera erupción, dejando abandonadas todas las pertenencias, como haciendas de cacao, cafetales, ganado, bestias, cerdos, gallinas, perros, gatos y todas las cosas de las casas. Los de la comunidad de San José [Maspac], salieron juntos peregrinando con el Santísimo.[23]

En los primeros días, aquellos que lograron salir a lugares comunicados por carretera se desplazaron por su cuenta a diferentes partes del estado y fuera de él; en tanto que los ricos ganaderos de la zona y ciudades circunvecinas —zonas de afección moderada—, como Pichucalco, Ixtacomitán, Ostuacán, Juárez, etcétera, solicitaron ayuda al gobernador para evacuar urgentemente 70 mil reces, que podían morir en los próximos días por falta de pastizales y agua.[24] A estas alturas ya no resulta difícil creer que los zoques (3 515 familias) constituyeron la tercera prioridad de evacuación, después del ganado (25 mil cabezas) y el café (35 mil toneladas, aproximadamente).[25]

Para el día 30 de marzo la cabecera municipal de Chapultenango ya tenía más de 4 mil refugiados. La idea de las autoridades era suspender el flujo migratorio, convenciendo a la gente por medio de la radio para que no abandonara la zona; a cambio, le prometían que

[23] P. Cruz, s/f: 2.
[24] *Número uno*, 30 de marzo de 1982.
[25] E. Schmid, 1985: 5.

iban a enviarle víveres, medicamentos y personal médico para hacer frente a las necesidades más apremiantes. Por otro lado, hacían saber a la población que, según estimación de los vulcanólogos, el peligro mayor había pasado, que el volcán ya no haría más erupción, toda vez que había entrado en un período de reposo. Los *spots* por radio eran lanzados cada 15 minutos, pidiéndole calma a la gente y prometiéndole ayuda.[26] No está por demás decir que la ayuda prometida jamás llegó. El evento desencadenó en caos.

Por otro lado, el miércoles 31 —a cuatro días de la primera erupción— la Unión Ganadera de Chiapas, por medio del Banco de Crédito Industrial (BANCRISA), vendía 100 mil cabezas de ganado a la capital del país; mientras tanto, se apoyaba a los ganaderos enviándoles alimentos balanceados para el ganado en cría, pues los pastizales habían sido dañados por la ceniza del volcán y se temía por la vida de dos mil reces más, que habían quedado desprotegidos por la obstrucción de carreteras[27] en la zona de afección moderada.

El 2 de abril, Mosser, vulcanólogo oficial de la Comisión Federal de Electricidad (CFE), en el poblado de Chapultenango tenía la encomienda, por parte del gobierno del estado, de convencer a la autoridad municipal y a cerca de 4 mil zoques, que buscaban refugio en el lugar, para que no abandonaran sus tierras. Asimismo, comisionó a su auxiliar, Salvador Soto Pineda, a la comunidad de Francisco León, con el fin de retener a la gente en sus lugares de origen. La idea era parar el flujo migratorio a toda costa. Posteriormente, el señor Soto pereció en ese lugar junto con la gente que le acompañaba.[28] La misma suerte corrieron el presidente municipal Rodimiro Ramírez Estrada y seis soldados que habían sido comisionados para resguardar la comunidad.[29]

Por su parte, Félix Galván López, secretario de la Defensa Nacional (SEDENA), siguiendo los lineamientos burocráticos, el 3 de abril aún no declaraba zona de desastre —a cinco días de la primera erupción—,

[26] Báez-Jorge, *op. cit.*: 105.
[27] *Número uno*, 31 de marzo de 1982.
[28] R. Alarcón, *op. cit.*: 29.
[29] *Número uno*, 17 de abril de 1982.

argumentando que en tanto no se tuvieran los reportes de las diversas secretarías no se pondría en práctica el Plan DNIII (intervención del ejército en las zonas de desastre). "pues esa característica se utiliza en momentos en que se han desquiciado los servicios y los medios de comunicación, y ahora hay telégrafos, teléfonos, luz, agua y alimentos".[30] Evidentemente se refería a la zona de afección moderada y comunicada por carretera pavimentada.

De ser éstas las características del plan de contingencia, entonces los pueblos zoques que se encontraban en las inmediaciones del Chichonal siempre habían vivido en zona de desastre, pues además de que nunca contaron con los servicios antes referidos, el Chichonal puso a la luz la extrema miseria en que vivían sus pobladores. "De evaluarse las condiciones de vida de la población damnificada de acuerdo a los criterios de los organismos internacionales especializados (la Organización Mundial de la Salud, por ejemplo), su clasificación sería equiparable a la establecida para regiones del orbe gravemente afectados por hambrunas, cuadros de extrema morbilidad, hacinamiento, etcétera",[31] y con desnutrición crónica.[32]

Sin embargo, la ayuda oficial ofrecida jamás llegó; por el contrario, en la erupción de las 11:10 de la mañana del 4 de abril el volcán desencadenó toda su furia y los obligó a salir, quedando Chapultenango desierto. Una vez más quedaban en evidencia los valores e intereses de un sistema social acostumbrado a otro tipo de discursos. Desde todos los puntos de vista, lo observado en esta dimensión es deplorable e inhumano.[33]

Rafael Alarcón[34] narra su experiencia de cómo evacuaron la comunidad de Chapultenango; él había sido comisionado por parte del Instituto Nacional Indigenista (INI) para prestar servicio médico a los damnificados.

---

[30] *Uno más uno*, 3 de abril de 1982.
[31] Báez-Jorge, *op. cit.*: 151.
[32] E. Cifuentes, *op. cit.*: 17.
[33] Báez-Jorge, *ibid.*
[34] R. Alarcón, *op. cit.*: 29-30.

> Salimos la madrugada del domingo (4 de abril de 1982) rumbo a Ixtacomitán. Decidimos caminar junto con unos 4 mil zoques por la vereda antigua que se alejaba un poco de los márgenes del volcán, significaba menos peligro […] al atravesar por una gran cañada y justo en la mitad de la cuesta, comenzó la tormenta eléctrica. Todo el mundo sabía lo que ocurriría después. De momento se inició el caos: las madres protegían a los hijos con sus cuerpos, los hombres buscaban refugio bajo los pocos árboles; los ancianos despavoridos no sabían hacia dónde ir y se tapaban la cabeza con los trastos de peltre o plástico que llevaban cargando; nosotros nos metimos en una pequeña entrante que formaba el cerro. Todo era desesperación y gritos. Junto a mí se colocó un grupo de mujeres, quienes, al sentir que el cerro se movía y caían las piedras sobre el plástico que las tapaba, lloraban, gritaban, rezaban, otras cantaban algo que se me quedó muy grabado: "Perdón, ¡oh, Dios mío!, perdón y clemencia, perdón y piedad". Todos los que estábamos junto al cerro pensamos que era el último día y ese hoyo nuestra tumba…
>
> Las enormes piedras calientes seguían cayendo, los relámpagos iluminaban por instantes la cañada y después… la oscuridad total. Aquella hora fue la más larga de mi vida. Me sentía como una hormiga, impotente ante aquel fenómeno natural…

Aunque no se tienen registros de la gente que se negó a salir, la cifra más conservadora sugiere que hubo 22 muertos, 93 heridos y 2 755 desaparecidos,[35] sin contar el número de sobrevivientes que permanecieron en la zona núcleo en las diversas etapas explosivas del Chichonal. Por otro lado, únicamente en la Ribera Trinidad, municipio de Francisco León, el ejército reportó "un total de 35 cadáveres completamente calcinados… los cuales se encontraban sepultados bajo la ceniza que hasta el momento no deja de expeler el volcán Chichonal".[36] En el mes de mayo de 1982 las cifras manejadas eran las siguientes:

[35] *Número uno*, 16 de abril de 1982.
[36] *Ibid*., 24 de abril de 1982.

"109 muertos, 75 calcinados y el resto fallecidos por desnutrición y falta de atención médica".[37] Más tarde, el general José Moguel Cal y Mayor, oficial mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional, declaró: "Es imposible conocer el número de muertos por la erupción, lo que haya quedado está ahora totalmente carbonizado".[38] En consecuencia, se ignora bien a bien el daño real ocasionado en la población.

De acuerdo al censo de damnificados —exclusivamente para el estado de Chiapas— del Chichonal, se estima que evacuaron la zona 12 165 individuos, procedentes de la zona núcleo de los ocho municipios[39] más afectados, en tanto que los habitantes de aquellos poblados de afección moderada, que sufrieron daños menores (152 400 individuos), volvieron a sus comunidades de origen una vez superada la etapa de emergencia. No todos los expulsados se concentraron en los albergues oficiales; muchos buscaron refugio con familiares, en instituciones religiosas o terrenos privados, como es el caso de San Antonio Las Lomas, en Ixtacomitán.

El albergue principal que se improvisó para los damnificados fue La Chacona, propiedad de la Unión Ganadera y ubicado en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Se estima que albergó un total de 4 540 individuos.

> Su proyecto consistía en dispersar a la población del Chichonal ocupando una parte como empleados de PEMEX y otra parte en territorios donde se abrían espacios de la nueva colonización, como Campeche y Quintana Roo; las laderas del Chichonal quedarían despobladas, como tierra de nadie, en el futuro, útiles para la ganadería. Pero a instancias del INI, el Presidente de la República adjudicó los terrenos dañados a sus seculares propietarios. No tardaron los ganaderos en solicitar el desalojo de las instalaciones de La Chacona so pretexto de aproximarse la exposición anual…[40]

[37] *Ibid*., 13 de mayo de 1982.
[38] *Ibid*., 23 de abril de 1982.
[39] F. Báez-Jorge, *op. cit*.:112.
[40] P. Arrieta, *op. cit*.: 236.

La mayoría de los zoques se quejó de los malos tratos recibidos en el albergue, principalmente del personal del ejército. Las quejas se centraron en la mala preparación de los alimentos y la tardanza[41] en su distribución. Por un lado, no apetecían los "gusanos" (identificaban así algunos alimentos enlatados) que eran servidos, pero sobre todo extrañaban el posol[42] y sus plantas de recolección, como el chipilín (*Crotalaria longirostrata*). La población civil envió ayuda a los damnificados. Sin embargo, ésta no siempre respondió a las necesidades de la población. Así, por ejemplo, el señor Benjamín Altunar, vecino de la Colonia Volcán, expresó:

> La gente de la ciudad envió mucha ayuda. Dígale usted que muchas gracias. Una vez repartieron zapatos ¡de madera! (mucha risa), pintados de bonitos colores, como con flores. La verdad estaban bien bonitos, pero no servían para el trabajo. En el cemento hacen un ruidal bárbaro y en el lodo, pues se atoran, ya que no tienen forma de sujetarse al pie. Nosotros no acostumbramos usar zapatos para ir a trabajar, así que los usaron las niñas. Viera usted qué bonitos zapatos, pero no duran en el lodo o en la piedra.

Previo a la visita del Presidente de la República a La Chacona, se instaló un lujoso hospital sobre ruedas que prestaba atención hospitalaria diversa; en cuanto el Presidente de la República abandonó el lugar, el hospital también desapareció como por arte de magia.

Dentro de las instalaciones del albergue los niños recibían clases con la finalidad de que no perdieran el ciclo escolar, pues se ignoraba, de acuerdo al curso que tomaba el problema, el tiempo de permanencia, pero se auguraban meses.

---

[41] Los zoques tienen hasta cinco horarios para consumir alimentos: 1) *to'winsa'kuy*, 2) *u'kin sa'kuy*, 3) *waye tongoy*, 4) *kuy kuy*, y 5) *ujkon bajkuy*. En cambio, en el refugio recibían los tres clásicos: desayuno, comida y cena.

[42] Bebida obligada elaborada a base de masa de maíz y agua, generalmente se toma sin endulzantes.

> A los 15 días de la primera erupción, una columna del ejército, compuesta más o menos por 50 elementos, iba por primera vez a prestar ayuda a los posibles sobrevivientes de la zona núcleo. Por otro lado, tenían encomendado realizar la "operación 360", que consistía en acordonar el volcán en un radio de cinco kilómetros en torno al cráter, para declararlo inhabitable y evitar así a los antiguos pobladores retornaran a sus lugares de origen, pues perderían la vida, ya que seguían cayendo piedras y cenizas, y la temperatura era superior a lo 200 grados centígrados.[43] También debemos decir que el ejército confirmó la muerte de 37 de sus soldados, que perecieron calcinados al hacer labores de rescate en el ejido Guayabal;[44] además, debemos considerar que, por las difíciles condiciones en que debían cumplir con su misión, muchos elementos de diversas corporaciones del Estado, desertaron o murieron.

Las principales operaciones del ejército se realizaron en lugares comunicados por carretera y que contaban con los servicios urbanos (Pichucalco, Ixtacomitán, Tapilula, Rayón, Bochil, Tuxtla Gutiérrez, etcétera), en tanto que la población civil fue la que se organizó para hacer frente en forma inmediata el desastre. No fue sino hasta el jueves 24 de junio —a 88 días de la primera erupción— cuando algunas autoridades apenas aceptaban el error de haber pretendido frenar la migración. El licenciado Mondragón Barajas, delegado de la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) del estado de Chiapas, declaró:

> La verdad es que del 28 de marzo al sábado 3 de abril, todos, por la ignorancia que tenemos de los fenómenos volcánicos, pensábamos que ya había pasado todo; pensábamos que ya todo era cuestión de esperar un poco, de que la gente regresara y restableciera su actividad. De hecho, el 3 de abril se anunció un programa con cuatro grandes etapas: la evacuación, el albergue, el regreso y la recuperación. El

[43] *Número uno*, 16 de abril de 1982.
[44] *Ibid*. 26 de abril de 1982.

> sábado 3 de abril a las 7:30 de la noche hubo una erupción bastante violenta. El domingo en la mañana (4 de abril), a las 5, hubo otra erupción también violenta y esto cambió totalmente las cosas…[45]

Antes de la erupción del volcán Chichonal no había una cultura de prevención y atención a situaciones de desastres, mucho menos grupos de protección civil. Fueron las comunidades mismas las que se organizaron para atender de manera frontal la situación, algunas veces con la ayuda de médicos voluntarios o trabajadores de diversas áreas del entonces Instituto Nacional Indigenista. La crisis del Chichonal se tornó en caos toda vez que no se tenía ningún plan de contingencia. En resumen:

> Fueron afectadas 175 mil hectáreas (115 mil agrícolas y 60 mil ganaderas); 3 344 jefes de familia damnificados (que no han vuelto a sus lugares de origen o no han sido reubicados); 61 municipios de Chiapas y Tabasco con serias pérdidas en sus bienes materiales; más de 22 mil personas evacuadas; entre 10 mil y 12 mil viviendas dañadas y una superficie de 13 kilómetros de radio dividida en zonas prohibidas, críticas o restringidas.[46]

La zona núcleo, de afección severa, la constituyeron 15 ejidos: Chapultenango, Francisco León, Vicente Guerrero, El Naranjo, Carmen Tonapac, Esquipulas Guayabal, Guadalupe Victoria, Volcán Chichonal, San Antonio Acambac, Ostuacán, Xochimilco, Lindavista, Nicapa, San Pedro Sunuapa y El Cucayo, con una extensión total de 35 599 hectáreas. No sólo las comunidades quedaron desmembradas, sino también las familias. Unos estaban en un albergue, otros más en otro sitio, sea en el estado o fuera de él. Incluso convivían grupos enemistados históricamente por conflictos de tierras, como los de Carmen Tonapac y los de Ejido Cálido, Chapultenango, que se odiaban a muerte.

---

[45] *Ibid*., 24 de junio de 1982.
[46] *Ibid*., 13 de mayo de 1982.

Los zoques se dispersaron por varios sitios. Unos fueron a colonizar terrenos de la región de Los Chimalapa,[47] donde "descubrieron" campesinos que también hablaban un zoque "muy raro" (zoque de Oaxaca); algunos más fueron a Uxpanapa, Oaxaca, donde fundaron dos localidades más.[48] Otros destinos fueron Campeche, Tabasco (4 444 damnificados) y Quintana Roo (480 ejidatarios, en ocho ejidos). Asimismo, se registraron individuos, que fueron los menos, que se dirigieron a ciudades como el Distrito Federal, Monterrey, Cancún, Tijuana, Huatulco y Oaxaca. En el extranjero, y a raíz del evento telúrico, algunos zoques se dirigieron hacia Estados Unidos, en un número estimado de 400 individuos, principalmente a los estados de California, Carolina del Norte, Illinois y Florida. Muchos de ellos no han vuelto más a su comunidad de origen. De acuerdo a la información oficial:

> La restitución de tierras ejidales requiere de una asignación de 771 millones 980 mil pesos, con base en un precio promedio de 20 mil pesos por hectárea, y 122 millones 240 mil pesos para las 6 mil 112 hectáreas particulares… La restitución de las zonas urbanas y su correspondiente infraestructura importa un costo global de 372 millones 617 mil pesos, que aunado al equivalente de las 35 mil 599 hectáreas ejidales que se requieren sustituir (711 millones 980 mil pesos) sería del orden de mil 84 millones 597 mil pesos, que sumados con las cifras de las tierras particulares y los caminos por restituir dan un total de mil 452 millones 837 mil pesos…[49]

Sin embargo, en la realidad no funcionó como lo previsto. Tal es el caso de los vecinos de Nuevo Esquipulas Guayabal (anexo de Rayón), ya que las tierras compradas para este asentamiento, una vez instalados, les fueron quitadas por sus vecinos zoques de Rayón, argumentando que la venta había sido fraudulenta, toda vez que se trataba de

[47] Del Carpio Penagos, 2003: 141.
[48] López Castro, 1999: 85.
[49] *Número uno*, 13 de mayo de 1982.

terrenos ejidales, que de acuerdo a la ley no podían ser vendidos, y no privados. Los zoques de Nuevo Esquipulas Guayabal se quedaron solamente con potreros de muy baja rentabilidad.[50] Empezó el retorno a la conquista del territorio abandonado y la migración en busca de mejores oportunidades de trabajo.

Muchos zoques damnificados de la zona núcleo, para no perder sus tierras originales, y ante el inminente reacomodo, optaron por una estrategia de doble residencia, es decir, se registraron como damnificados y, a la vez, enviaban a familiares, principalmente jóvenes y solteros, a repoblar su comunidad y a reclamar las parcelas de los padres. No tardaron en regresar para repoblar la zona afectada; a los cuatro meses de la primera erupción, y aprovechando las primeras lluvias de verano, incursionaron poco a poco en la reconquista del territorio. Muchos terrenos fueron destinados para ser rentados como potreros, con una estimación de 50 pesos mensuales por ganado.

En el asentamiento original de la comunidad de Francisco León, por ejemplo, volvieron, al año del evento explosivo, cinco familias a repoblar la comunidad, renombrándola ahora "Playa Larga". La "antigua" comunidad había sido borrada completamente del mapa, y como mudo testigo del asentamiento original quedaba una pilastra de la iglesia que había sido arrastrado 300 metros río abajo.

En los asentamientos de reacomodo, las viudas eran las últimas en recibir parcela, y les tocaban las de menor calidad bajo el argumento de que "ellas ya no trabajaban la tierra". Los asentamientos de reacomodo eran nombrados con el prefijo "nuevo" seguido del nombre de la localidad mayoritaria de origen, excepto el asentamiento Juan Sabines, que por cuestiones políticas tomó el nombre del gobernador en turno.

Los nuevos pobladores de los asentamientos zoques no eran del todo bien recibidos por sus vecinos, pues a los primeros les dotaban de una serie de servicios urbanos, como luz, agua entubada, casas,

[50] "Las tierras de que fueron dotados primero (fincas La Esperanza y La Soledad), compradas a un terrateniente del lugar emparentado con un alto funcionario del gobierno del estado, tienen problemas de deslinde entre los ejidos de Rayón y Pantepec… Una dotación posterior de tierras de labor, adquirida por compra a un ex presidente municipal de Rayón, tiene un historial de conflictos entre el ex presidente y el ejido de Rayón". Báez-Jorge, 1985: 158.

iglesia, clínica, cooperativas de trabajo, ato ganadero, camino, escuela, asesoría técnica, crédito, paquete aviar, tractores y camionetas, entre otros servicios y bienes. En cambio, las comunidades asentadas con anterioridad no gozaban de tales beneficios y las más de las veces los boicoteaban. Por ejemplo, en Nuevo Vicente Guerrero, Acala, la clínica fue baleada y se logró la salida del médico; en Nuevo Esquipulas Guayabal, el suministro de agua entubada, que pasa por terrenos de Rayón, fue cortado repetidas veces; las cooperativas avícolas de Nuevo Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo, y la de Nuevo Vicente Guerrero, Acala, fueron asaltadas. El abigeato en casi todos los asentamientos fue práctica común.

El trato de las comunidades vecinas hacia los pobladores de los nuevos asentamientos fue de recelo, quienes eran identificados, en forma peyorativa, como "los Chichonales", aun tratándose de personas de comunidades vecinas zoques que pertenecen tradicionalmente al área cultural. Ser "Chichonal", entonces, era sinónimo de protegido por "papá" gobierno y eran vistos como infantiles, pobres, indios, desplazados y desconocedores del nuevo hábitat, los ciclos agrícolas y el manejo del ganado, entre otros muchos estigmas.

Muy interesante es el hecho de que los niños nacidos en los nuevos asentamientos era registrados civilmente como oriundos de un lugar sin el prefijo "nuevo", es decir, los padres declaraban todavía la comunidad y municipio de origen. La añoranza por la tierra abandonada era y es muy fuerte aún. Por otro lado, constituía toda una estrategia, pues al registrar a los niños como nativos de los viejos asentamientos tendrían derecho a reclamar antiguas tierras a nombre de sus padres.

PERFIL EPIDEMIOLÓGICO

El sureste de México, en especial Oaxaca y Chiapas, está considerado, de acuerdo a los indicadores utilizados por el Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán (INNSZ), como la región más afectada en cuanto a desnutrición[51] (en 1982 era de 65%), mortalidad in-

[51] A. Roldán, et al., 1988: 12.

fantil (mayor a 60/1000) y mortalidad preescolar (mayor al 6.5%), y por presentar marginación muy alta y contar con población indígena mayoritaria. Para el caso de los zoques, habría que agregar la migración forzosa a consecuencia de la erupción del Chichonal y todo lo que el fenómeno migratorio conlleva: ubicación en hábitats diferentes a su lugar de origen, muchas veces sin recursos económicos, sin tierras, afrontando nuevas enfermedades y haciendo frente a nuevos retos para lograr su sobrevivencia.

A raíz de la erupción del Chichonal los ojos del mundo se volcaron a "una de las regiones más ricas en recursos naturales e históricamente de 'mayor atraso social': el sureste de México". La catástrofe "natural" puso a la luz la extrema miseria en que vivían sus pobladores; el panorama de salud mostró una elevada tasa de mortalidad infantil y se catalogó a la región zoque como zona de hambruna, en donde la subalimentación crónica se reportó como endémica, por lo menos en un 35% de la población infantil.

Las condiciones en que se dio la migración forzosa de nuestra población en estudio fueron muy particulares. La migración reúne características de masiva, bajo peligro inminente de muerte, repentina, violenta y no planeada. La expulsión los dejó prácticamente a la deriva y murieron muchos individuos en su intento de migrar, durante las distintas fases eruptivas del volcán.

En esta primera fase tenemos el interés de conocer cuáles eran las condiciones generales de salud de la población a nivel nacional y estatal antes de la erupción del volcán. Buscamos, primero, y cuando los datos así lo permiten, desglosar la morbilidad según padecimientos transmisibles; posteriormente, las causas de mortalidad.

En el contexto nacional, los 10 principales padecimientos transmisibles en zonas marginadas rurales que atendió el IMSS-COPLAMAR durante 1981 fueron, como primera causa de morbilidad, las infecciones respiratorias agudas, con 25.7%; la amigdalitis aguda, con 18.4%; las infecciones intestinales, con 16.3%; la amibiasis, con 14.9%; la ascariasis, con 10.6%; las oxiuriasis, con 3.5%; la gripe, con 2.9%; la sarna, con 1.3%; la salmonelosis, con 0.6%, y la parotiditis, con 0.5%.

Como podemos apreciar, son los cuadros infecciosos agudos de las vías respiratorias altas y bajas las que tenían fuerte presencia en la población, seguidas de infecciones intestinales propias de los países pobres. Por otro lado, es evidente que las condiciones sanitarias, y por tanto de pobreza en que vive la población, favorecen en gran medida este tipo de patologías.

> La mayoría de los padecimientos —cuadros infecciosos y parasitarios— son evitables a través de procedimientos técnicos simples, tales como la protección específica —saneamiento, vacunas, alimentación— y el control del medio ambiente, actividades cuyo costo es habitualmente bajo y su beneficio imponderable para el mejoramiento del nivel de salud.[52]

El estado de Chiapas registró en 1981 entre sus nueve principales padecimientos transmisibles los siguientes: infecciones respiratorias agudas, con 18.8%; amigdalitis, con 13.9%; infecciones intestinales, con 13.9%; amibiasis, con 21%; ascariasis, con 13.6%, oxiuriasis, con 5.5%; influenza, con 1.3%; sarna, con 0.7%, y fiebre paratifoidea y otras salmonelosis, con 0.7%. Chiapas guardaba un paralelismo con el panorama de salud nacional, con la diferencia de que en éste eran las infecciones intestinales las que ocupaban los primeros lugares, seguidas de las respiratorias agudas. Así tenemos que la amibiasis ocupaba el primer lugar de padecimientos que sufría la población, seguida de las infecciones respiratorias agudas, las infecciones intestinales, la amigdalitis, la ascariasis, la oxiuriasis, la influenza, la sarna y la salmonelosis.

El estado de Chiapas registraba una mayor relación porcentual que el promedio nacional en cuanto a padecimientos parasitarios, concretamente en casos de amibiasis, ascariasis, oxiuriasis y salmonelosis; ligeramente en tres tipos de patologías, tenía un porcentaje menor respecto al panorama nacional, siendo éstas: infecciones respiratorias

[52] *Diagnóstico de salud en las zonas marginadas rurales de México*, 1983: 82.

agudas, amigdalitis aguda e infecciones intestinales, aunque constituyen las tres primeras causas de morbilidad.

Ante semejante condición de salud que sufría la población marginada, el informe epidemiológico del IMSS concluye:

> Los factores condicionantes son la mala nutrición, que al disminuir la resistencia de los seres humanos propicia la mayor frecuencia de casos y severidad de los mismos; las deficientes condiciones de la vivienda, que no protegen adecuadamente de la agresividad del ambiente y favorecen el hacinamiento y la promiscuidad, con la consiguiente multiplicación de agentes y de los mecanismos de transmisión, y el tratamiento inadecuado de los enfermos por falta de servicios o mala utilización de los existentes. Todo lo anterior teniendo como trasfondo la pobreza, la ignorancia, la falta de comunicaciones y los patrones culturales adversos.[53]

Para comprender la magnitud del problema de salud que vivía la población antes de la fase eruptiva, es preciso remitirnos a factores sociales que nos den pauta de su medio y sus condiciones de vida. Para ello nos auxiliamos en datos estadísticos que nos indican la calidad de vida. Por ejemplo, los municipios circunvecinos al complejo volcánico, como Francisco León (declarado desaparecido después del evento explosivo), Ocotepec, Pantepec, Chapultenango, Tapalapa y Ostuacán, estaban clasificados en un índice de marginación muy alto, con una población analfabeta mayor al 50%, dedicada principalmente a actividades agrícolas poco remuneradas; más del 65% de la población no contaba con excusado, situación que favorecía la contaminación por heces fecales de alimentos y mantos acuíferos y, en consecuencia, mayor incidencia de enfermedades gastrointestinales.

Más del 70% de la población no gozaba de energía eléctrica y más del 80% habitaba en viviendas de una sola pieza con piso de tierra,

[53] *Op. cit.*: 82.

fenómeno que incidió en la propagación de enfermedades por vía aérea, como la tuberculosis, la influenza, etcétera.

Lamentablemente, no contamos con información nutricional de la región zoque previa a la erupción; el registro a nivel estatal nos indica que en 1982 el 65% de la población estaba desnutrida.

Tanto a nivel nacional como estatal, el panorama de salud en padecimientos no transmisibles registrados en 1981 por el IMSS-COPLAMAR en zonas marginadas rurales, es en realidad bastante paralelo, salvo pequeñas diferencias, por lo que decidimos presentarlo en forma conjunta. En primer lugar, se incluyen las enfermedades del aparato digestivo, con 14.2% para el nivel nacional y 12.1% para el estatal; seguidas de las enfermedades del sistema osteomuscular y del tejido conjuntivo, con 15.8% y 11.5%, respectivamente; las enfermedades del sistema nervioso y de los órganos de los sentidos, con 3% y 3.7%; las enfermedades de la sangre y de los órganos hematopéyicos, con 1.9% y 2.6%, y los trastornos mentales, con 2% nacional y 2.1% estatal.

En ambos esquemas son las enfermedades del aparato digestivo las que tienen un lugar preponderante, fenómeno explicado quizás por los malos hábitos de alimentación, así como por las deficiencias de la nutrición.

En el contexto nacional, las cinco principales causas de muerte que el IMSS-COPLAMAR registró en las áreas rurales marginadas en 1981, fueron, en primer término y como una consecuencia de los principales padecimientos que sufría la población, las infecciones intestinales, con 10.2%, principalmente en la población infantil; les siguen en orden de importancia la bronconeumonía, con 7.8%; la disritmia cardiaca, con 4.1%; los accidentes, con 4.1%, y la cirrosis hepática, con 3.5%, que recaen principalmente en la población adulta. Las enfermedades infecciosas y parasitarias ocupaban los lugares preponderantes en lo que a mortalidad se refiere; problemas de salud que podrían abatirse a través de sistemas de vacunación y saneamiento en su fase inicial. Posteriormente, llaman la atención los problemas cardíacos y los accidentes, que quizás estén vinculados con problemas de alcoholismo, principalmente por la presencia de cirrosis hepática.

La estadística del IMSS-COPLAMAR informa para el estado de Chiapas, en 1981, sólo dos causas de muerte. Sin embargo, no es nada alentadora cuando nos revela, en forma sintética y con toda crudeza, que eran las infecciones intestinales, al igual que en el panorama nacional, las que ocupaban el primer lugar como causa de muerte en la población, principalmente infantil, con un registro del 20%. Para complicar más la precaria situación de salud de las zonas marginadas rurales del estado de Chiapas, la tuberculosis era la segunda causa de muerte, con el 4%. Estas causas de muerte son prevenibles, bien por sistemas de vacunación, bien por sistemas de saneamiento, pero también se hace evidente una muy mala nutrición.

En virtud que el *Diagnóstico de salud* en las zonas marginadas rurales de México sólo informó acerca de dos causas de muerte para el estado de Chiapas en 1981, recurrimos, como dato complementario, al *Compendio histórico* de la SSA, del cual presentamos información sobre las 10 principales causas de mortalidad general registrada en 1980.

En orden de importancia están las enfermedades infecciosas intestinales, con 17.91%; los accidentes, con 9.06%; la neumonía y la influenza, con 5.39%; las enfermedades del corazón, con 3.97%; los homicidio, con 3.49%; los tumores malignos, con 3.46%; la bronquitis crónica, con 2.21%; la tuberculosis pulmonar, con 2.07%; ciertas afecciones originadas en el período perinatal (hipoxia, asfixia y otras enfermedades respiratorias del feto o del recién nacido), con 1.38%, y la afección cerebrovascular, con 0.23%.

Este último cuadro estadístico se parece más al panorama nacional de mortalidad general. Sin embargo, de nueva cuenta es el estado de Chiapas el que registra mayor relación porcentual que el promedio nacional, al menos en tres causas: una, la principal, referida a enfermedades infecciosas intestinales; la segunda, a accidentes; y la tercera, a enfermedades del corazón. El caso chiapaneco se caracteriza por su dramatismo, ya que se consideraba a la tuberculosis pulmonar como causa importante de muerte.

Respecto a las 10 principales causas de mortalidad infantil para 1980, recurrimos al *Compendio histórico del estado de Chiapas*, el

cual informa que las enfermedades infecciosas intestinales ocupaban la primera causa de muerte, con 29%; y en segundo, ciertas afecciones originadas en el período perinatal, con 30%. Le seguían en orden de importancia la neumonía y la influenza, con 14%.

El cuarto sitio lo ocupaban la bronquitis crónica, con 14%, seguida de las anomalías congénitas, con 5%, y las infecciones respiratorias agudas, con 2.26%. El sarampión se presentaba en el séptimo lugar, con 2.22%; luego la tos ferina, con 2%, las deficiencias de la nutrición, con 1.42%, y por último, la septicemia, con 1.22%.

Las causas de muerte registradas para la población infantil son dramáticas. En primer lugar, llama poderosamente la atención que las enfermedades infecciosas intestinales causaran verdaderos estragos no sólo en este grupo etario, sino también en la población general. Las afecciones originadas en el período perinatal (hipoxia, asfixia y otras afecciones respiratorias del feto) eran muy elevadas; problemas de salud que remiten a las situaciones de extrema pobreza de sus habitantes y a la poca o nula accesibilidad a los servicios de salud que ofrece el Estado.

En segundo término, la población infantil sufría de padecimientos que, en teoría, habían sido abatidos por la cobertura de campañas de vacunación; enfermedades como el sarampión y la tos ferina, en Chiapas cobra importancia.

Una vez conocida las condiciones de salud y los indicadores de marginalidad en que vivía la población previa a la fase eruptiva, nuestro interés ahora se centra en continuar la búsqueda del perfil epidemiológico y las condiciones de vida posterior a la fecha de la erupción. Nuestros datos epidemiológicos abarcan un período de siete años. Los padecimientos transmisibles a nivel estatal y regional corresponden a 1983, y los padecimientos no transmisibles a 1988. Los indicadores de nivel de vida están referidos a 1988. La información sobre mortalidad a nivel estatal cubre el año de 1990, y para el nivel regional, el de 1988.

Con información temporal heterogénea pretendemos elaborar el perfil epidemiológico del estado de Chiapas y de la región zoque en particular, posterior a la crisis que provocó el Chichonal, consideran-

do que a raíz de la erupción los servicios médicos oficiales se incrementaron en la zona, lo cual quizás tenga algún efecto que pueda ser observado a corto plazo. No obstante, el estado de Chiapas se ha mantenido en las últimas décadas en el nada honroso primer lugar en marginalidad a nivel nacional, seguido de Oaxaca y Guerrero.[54]

Nuestro interés estará enfocado, principalmente, en la población infantil, pues es ahí donde los servicios de salud centran su atención por constituir un grupo de alto riesgo. Cabe aclarar que no siempre se contó con la información de ese grupo de edad, por lo que se complementa con información patológica de la población general.

En 1983 las cinco principales causas de padecimientos transmisibles que sufrió la población infantil en el estado fueron, en orden de importancia, enfermedades infecciosas intestinales, 15%;[55] amigdalitis aguda, 11%; infecciones respiratorias agudas, 11%; amibiasis, 3% y ascariasis, 1.5%. Como podemos apreciar, son las enfermedades infecciosas y parasitarias las que siguen teniendo fuerte presencia en la población infantil. Es importante observar que hubo un considerable descenso de las infecciones respiratorias agudas, que en 1981 ocupaban el primer lugar y en 1983 pasaron al tercero. De igual manera, la amigdalitis en 1981 pasó de 13.9% a 11% en 1983. La ascariasis tuvo también un notable descenso: de 13% registrado en 1981, pasó a 1.5% en 1983. En cambio las enfermedades infecciosas intestinales sufrieron un revés, de 13.9%, se incrementó a 15%.

Las tres Unidades Médicas Rurales (UMR) del IMSS-COPLAMAR de las clínicas de la cabecera municipal de Chapultenango, Esquipulas Guayabal, anexo de la cabecera municipal de Rayón, y de la Colonia Carmen Zacatal, municipio de Jitotol, registraron en 1983 los siguientes padecimientos que engloban a la población general: la suma de las infecciones de las vías respiratorias altas y bajas se presentó con 49%; las infecciones intestinales ocupan el segundo

[54] Base estadística CONAPO. SIMM90.
[55] *Diagnósticos de salud en las zonas marginadas rurales de México*, 1983: 100.

lugar en frecuencia, con 47.2%; en tercer lugar, el paludismo, con .30%, seguido por la conjuntivitis, con 18%. En general, ambos panoramas, el estatal y el regional, registran similares padecimientos, con la diferencia de que el orden de las enfermedades infecciosas intestinales y las infecciones respiratorias agudas se invierte. Sin embargo, las tres UMR informan de la presencia del paludismo y de la conjuntivitis en relaciones porcentuales muy bajas, y se advierte a la vez que en 1981 las estadísticas no reportaron casos de paludismo, cuando el estado de Chiapas se ha caracterizado como región endémica.

En el contexto estatal, la Encuesta Nacional de Salud de 1988 registra, según patología perinatal, los siguientes padecimientos: bajo peso al nacer, 25.7%; prematurez, 21.5%; hipoxia, 20%; infección, 17%; distocias, 7.1%, e ictericia, 4%. La información de la patología perinatal indica que el niño antes de nacer ya tiene serios problemas de salud. El bajo peso del recién nacido nos habla ya de una mala nutrición de la madre y, en consecuencia, del feto en el vientre materno. De igual manera, la prematurez pone, aún más, en situación de alto riesgo la sobrevivencia del infante. Esta información responde a las condiciones de pobreza extrema que viven sus pobladores y, por ende, a su salud precaria.

Las tres Unidades Médicas Rurales del IMSS-COPLAMAR del área zoque reportaron padecimientos de la población general para 1988. La desnutrición ocupaba el primer lugar en los registros de padecimientos no trasmisibles, con 35%, seguida de padecimientos que tienen relación directa con la primera, es decir, había fuerte presencia de anemias, con 10%; gastritis, con 15%, y caries dental, con 20%. Asimismo, en forma ascendente, se presentaron trastornos de la menstruación, infección de vías urinarias, con 10%, y heridas e hipertensión arterial, con 5%. En ciertas comunidades, como Tapalapa, empezaron a registrar casos de alcoholismo y cirrosis hepática.

Si algo llama la atención respecto a los datos de las UMR del IMSS-COPLAMAR es el registro justamente de la desnutrición como el problema principal de sus áreas de acción. Este reconocimiento es común dadas las políticas de salud del Estado. Sin embargo, en el

área zoque es evidente, y coincide con el panorama de salud característico del sureste de México que aparece en los mapas de zonas críticas de desnutrición del Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán (INNSZ).[56]

Si concatenamos las primeras causas de morbilidad transmisibles (infecciosas y parasitarias), con los niveles de vida altamente marginales y la situación de pobreza extrema, los principales padecimientos no transmisibles (bajo peso al nacer, prematurez, hipoxia, enfermedades del aparato digestivo) nos dan indicios para explicar por qué en 1982 se reportó que el 65% de la población estaba desnutrida; y a nivel regional, en 1988 el 35% de la población aún lo estaba.

Para conocer los factores sociales que inciden directamente sobre las condiciones de salud, nos basaremos en información recabada por la *Encuesta Nacional de Salud* de 1988, que trabajó con una muestra de 54 mil viviendas a nivel nacional. Los indicadores se presentan por estado, con "un requerimiento en cuanto a confianza y precisión de los estimadores".[57] De esta muestra seleccionamos indicadores de bienestar social que nos dan una idea de las condiciones en que vivía la población chiapaneca después del evento explosivo.

Las malas condiciones de la vivienda constituyen un factor de riesgo que coadyuva en forma importante en la presencia de algunas enfermedades. De una muestra de 1 239 viviendas, el 50.5% tenía piso de tierra; en el 44.5%, las paredes son de láminas de cartón, carrizo, bambú o palma, bajareque o madera, materiales que propician la proliferación de fauna nociva y transmisora:

> En las zonas húmedas de la selva chiapaneca las malas condiciones de la vivienda facilitan la existencia de multiplicación de los triatomas, también llamadas "chinches hociconas", transmisoras de la llamada "úlcera de los chicleros". Además, en muros y techos deteriorados se refugian bichos como arañas, alacranes y cucarachas.[58]

[56] A. Roldán, *op. cit.*: 14.
[57] *Encuesta Nacional de Salud*, 1988: 4.
[58] *Diagnóstico de salud en las zonas marginadas rurales de México*, 1983: 57.

Aunados a la existencia de fauna nociva, en la vivienda existen otros problemas con el deteriorado material de construcción, que no protege del todo a los ocupantes de las inclemencias del tiempo en las diferentes épocas del año. Estas condiciones facilitan el desarrollo de padecimientos propios del aparato respiratorio, principalmente. Los pisos de tierra son un medio de proliferación de microorganismos perjudiciales a la salud, sobre todo para la población infantil, pues es el medio donde juegan, comen y duermen. Por otro lado, la encuesta reportó que el 52% de las viviendas tiene un sólo cuarto, con un promedio de 5.5 ocupantes por cuarto, lo que propicia la promiscuidad y el hacinamiento. El problema de salud se complica todavía más cuando observamos que los pobladores permiten el libre acceso a los animales domésticos a la vivienda.

De las 1 239 viviendas encuestadas en el estado de Chiapas, el 35.6% no disponía de agua entubada. Generalmente se abastecen de ríos, arroyos, manantiales y pozos contaminados, con el consecuente perjucio a la salud, si consideramos además que no hay costumbre de hervirla. Sólo el 37.9% contaba con agua corriente intradomiciliaria, y el 15% dentro del terreno. El 39.8% no tenía drenaje, el 9.4% contaba con fosa séptica y el 50.1% defecaba al aire libre.

La defecación al aire libre y el desecho de basura son altamente perjudiciales para la salud, pues la contaminación que producen genera directamente enfermedades como las diarreicas, la fiebre tifoidea, la salmonelosis, la parasitosis intestinal y el cólera, entre muchas otras afecciones. El fecalismo al aire libre y la disposición de basura contaminan en forma secundaria no sólo las fuentes de aprovisionamiento de agua, sino también los mismos alimentos, lo que se constituye así un círculo vicioso.

Observamos que las condiciones generales de vida entre 1981 y 1988 mejoraron sólo en algunos aspectos. Por ejemplo, en 1981 se reportó, como promedio, que el 80% de las viviendas contaba con una sola habitación; en 1988 se estimaba que descendió a 52%, promedio que sigue siendo muy alto. En 1981 el 65% de la población no tenía excusado; en 1988 se informó que el 39.8% de las viviendas no contaban con drenaje, pero al mismo tiempo más del 50.1% de la

población defecaba a ras del suelo. El índice de marginalidad se mantenía constante: muy alto.

La información sobre mortalidad proviene del *Compendio histórico*, y son datos referidos a nivel estatal. Como principales causas de mortalidad infantil registradas en 1990 tenemos: enfermedades infecciosas intestinales, con 25.68%; ciertas afecciones originadas en el período perinatal (hipoxia, asfixia y otras respiratorias del feto o del recién nacido), con 25.22%; neumonía e influenza, con 10.22%; sarampión, con 6.05%; anomalías congénitas, con 4.65%, deficiencias de la nutrición, con 4.19%; tos ferina, con 2.76%; infecciones respiratorias agudas, con 2.31%; bronquitis crónica, con 1.97%, y septicemia, con 1.03%.

Para tener un panorama estatal más amplio respecto a las causas de mortalidad en la población general, veamos las 10 principales causas registradas en 1990. En orden de importancia, estaban las enfermedades infecciosas intestinales, con 15%; los accidentes, con 8.64%; los tumores malignos, con 6.46%; las enfermedades del corazón, con 6.28%; el sarampión, con 6.02%; la neumonía y la influenza, con 5.18%; ciertas afecciones originadas en el período perinatal, con 4.97%; las deficiencias de la nutrición, con 3.49%; la tuberculosis pulmonar, con 2.98%, y la enfermedad cerebrovascular, con 2.69%.

Ambos esquemas, el infantil y el general, comparten varias causas de mortalidad, de hecho son muy parecidos: Así, por ejemplo, en los dos cuadros las primeras causas de mortalidad son las enfermedades infecciosas intestinales, y en diferente orden aparecen ciertas afecciones originadas en el período perinatal, neumonía e influenza, sarampión y deficiencias de la nutrición. Padecimientos que nos hablan de la calidad ínfima de vida que tenían los pobladores.

A nivel regional, las UMR del área zoque para el año de 1988 informaron las siguientes entre sus 10 principales causas de muerte de la población general: la enteritis, con 20%; las complicaciones del embarazo, parto y puerperio, con 12%; los traumatismos y el envenenamiento, con 8%; la neumonía y la influenza, con 5%; la insuficiencia cardiaca, con 3%; ciertas afecciones originadas en el período perina-

tal, con 4%; las deficiencias de la nutrición, con 1.5%; el infarto al miocardio, con 1%; la diabetes mellitus, con 1%, y las enfermedades cerebrovasculares, con 1%.

No obstante la diferencia temporal de dos años respecto a los datos del panorama estatal, la mortalidad por enfermedades diarreicas se mantenía en primer lugar, observándose además las afecciones en el período perinatal y, sobre todo, las deficiencias de la nutrición. A nivel regional, le seguían en orden de importancia las complicaciones de embarazo, parto y puerperio. En el mismo nivel, se observaban problemas cardíacos, y el registro como causa de muerte de deficiencias nutricionales y sus efectos colaterales de una mala alimentación, como problemas de diabetes mellitus. Finalmente, aparecen como última causa de muerte, tanto a nivel estatal como regional, las enfermedades cerebrovasculares.

Por otro lado, es importante hacer referencia que la primera causa de mortalidad infantil, las enfermedades intestinales, han disminuido a nivel estatal de 20% en 1981, a 15% en 1990. En cambio, en la población adulta existe una tendencia a incrementarse las causas de mortalidad por accidentes, enfermedades del corazón y tumores malignos.

Respecto a estudios nutricionales en la región zoque, se han hecho muy pocos trabajos de este corte. Uno de ellos es el proyecto de investigación para la acción "Migración dirigida, salud y nutrición", realizado por un grupo multidisciplinario.[59] Como apoyo a los objetivos principales del estudio, el grupo llevó a cabo una vigilancia nutricional "no estricta" —tres registros por año— por cuatrimestres (enero-abril, mayo-agosto y septiembre-diciembre) de tres localidades, y un seguimiento longitudinal de tres años para la comunidad de Viejo Vicente Guerrero, municipio de Chapultenango, y de dos años para Juan Sabines y Nuevo Vicente Guerrero, ambos del municipio de Tecpatán. El estudio fue realizado entre 1986 y 1988.

[59] En diferentes períodos, el equipo lo constituyeron Amador A. Kanter, agrónomo; Catherine H., socióloga; Eberhard S., médico; Patricia O., médico; Mariano Gómez, asistente de campo; Senovio F., agrónomo; Teresa Villalobos, médico; Herlinda M., titular del proyecto, y Marcos Arana, responsable del proyecto.

La vigilancia nutricional se llevó a cabo con niños menores de cinco años, bajo la clasificación de Gómez. Sin embargo, advierte el grupo:

> La población que se reporta es fluctuante debido a que el universo de trabajo varía al incluirse recién nacidos y quedar fuera niños mayores de 60 meses, pero además porque la migración sigue presentándose en tres formas: los que abandonan la comunidad definitivamente, los que llegan a ella y, los que salen a trabajar con toda su familia a ranchos cercanos y al cabo de unos meses regresan.[60]

El trabajo con y para la comunidad, según el informe, consistió en detectar, atender y vigilar la nutrición de la población infantil; capacitar en el tratamiento y en la prevención de las enfermedades más comunes (gastrointestinales y respiratorias); promover y apoyar las actividades destinadas al autoconsumo y al proceso de comercialización de sus productos. Enfatizaron su labor en la rehidratación oral con suero casero, promovieron la lactancia materna y la ablactación adecuada; capacitaron a las familias sobre el manejo adecuado de la alimentación de los niños aprovechando los recursos disponibles dentro de la comunidad, diseñaron una estrategia para los ciclos del año en que disminuye la disponibilidad de alimentos, y desarrollaron las actividades pecuarias para incrementar la producción y el aprovechamiento de la dieta familiar. La tarea no fue nada simple, pues "las familias partían de la creencia de que sus hijos eran así —enfermizos todo el tiempo, chaparros y panzones—, daban como explicación que no eran de raza pura".[61]

Haciendo una síntesis y una evaluación general de las aldeas estudiadas, observaron una recuperación paulatina del estado nutricional de los niños a lo largo de dos o tres años. La apreciación se hizo en relación a los porcentajes de casos de desnutrición en segundo grado, la cual disminuyó progresivamente: en promedio de casi

[60] K. Hübner, *et al.*, 1989: 7.
[61] *Op. cit.*: 4.

30% al inicio del trabajo, a 2.9% en el tercer cuatrimestre de 1988. De igual manera, el porcentaje de niños con diagnóstico nutricional cero —normales de peso y talla para la edad— aumentó, en promedio, de 17% a 38.2% para las primeras fechas. No obstante la mejoría general, también notaron caídas temporales a partir del tercer cuatrimestre de los años 1986 y 1987, pero a partir de 1988 la mejoría observada fue de franca recuperación. Los niños detectados con tercer grado de desnutrición tardaron más tiempo en recuperarse, pues generalmente su desnutrición era histórica, es decir, hijo de madre desnutrida, bajo peso al nacer y problemas de amamantamiento, entro otras limitaciones de salud.[62]

Atribuyen la elevación nutricional observada a varios factores. Entre ellos, a que habían mejorado sus condiciones económicas en general, a la recuperación de sus cafetales después de las cenizas volcánicas, al acceso a créditos ganaderos y a la renta de pastizales cuando sus antiguos terrenos no se habían recuperado del todo. Sin embargo, todo hubiera sido inútil sin el cambio de actitud de las madres al aceptar rehidratar a sus hijos con suero oral casero, que el equipo insistió que usaran y colaboró incluso "metidos hasta la cocina". Por otro lado, también enfrentaron resistencia por parte de la comunidad y la persistencia de prácticas difíciles de desarraigar, como el uso de biberones, que generalmente contienen atoles.

La lactancia artificial está relacionada con proteger al niño de la leche materna que pudiera dañarle por "pecho acalorado",[63] con riesgo de diarreas; además, permite a la madre atender otros trabajos cotidianos. También el uso del biberón está relacionado con el prestigio social y asociado a la idea de "progreso", etcétera. El problema más grave observado con el biberón fue que no saben usarlo adecuadamente. Por ejemplo, usan uno para varios niños y no lo lavan en cada toma. Así, el chupón sucio por días puede tener hongos, pero conti-

[62] Ibid.: 7.

[63] Se tiene la creencia de que a la madre, al estar expuesta a los rayos del sol por tiempo prolongado, se le calienta la leche, la cual puede provocar diarreas en el infante. Otro tanto sucede cuando la madre ha sufrido enojos; puede transmitir a su hijo "leche alterada" en calor y fuerzas.

núan usándolo; no lo tapan y lo dejan al alcance de los animales domésticos, etcétera. Afrontaron también hábitos difíciles de cambiar, tales como la ablactación y el destete tardío.

Por otro lado, observaron que el sentimiento de poseer más dinero los conduce al consumismo y a una menor disposición de valerse de los recursos naturales para preparar otros tratamientos caseros.

Finalmente, presentamos un apéndice "etnoepidemiológico" con la idea de dar a conocer una clasificación propia de los zoques respecto a los padecimientos que clasifican en términos culturales en su comunidad. Se trata de resultados de una encuesta realizada por el Centro Coordinador Indigenista del INI, en Ixtacomitán, Chiapas, aplicada a una colonia de damnificados por la erupción del volcán Chichonal. Se realizó en el poblado de San Antonio Las Lomas en el año de 1988 y abarcó 85 familias, que hacen un total de 367 habitantes. La encuesta a la que hacemos referencia nos parece interesante, pues recoge la versión popular de los principales padecimientos por individuo, lo que nos permite reconstruir en parte una visión "etnoepidemiológica" de la comunidad que de alguna manera refleja la situación de salud de sus habitantes.[64]

Antes de entrar al estudio de los principales padecimientos que sufre la población de referencia, diremos que el curanderismo popular, por su parte, hace también su clasificación de "enfermedades" desde su perspectiva, aunque se observa influencia de la medicina moderna en algunas nomenclaturas. En realidad la medicina popular indígena hace dos grandes distinciones respecto al origen causal de los padecimientos en las que enmarca sus patologías. Estas son: enfermedades de origen "natural" (que no incluyen conceptos de etiología microbiana o viral) y enfermedades de origen "sobrenatural". Se empieza a observar una nueva tendencia a reconocer enfermedades o padecimientos "no definidos"; es decir, que no se enmarcan en los dos rubros anteriores: síndromes, síntomas y signos, como casos de alcoholismo, drogadicción, embarazo, antojo, algunos accidentes de trabajo, entre

[64] I. Medina, 1988: 1.

otras muchas manifestaciones clínicas.

Dentro de la nomenclatura popular, entre las principales "enfermedades", que describen más o menos signos y síntomas patológicos, podemos contar, para el caso de San Antonio Las Lomas, síndromes mal definidos como los siguientes: "calentura", que engloba padecimientos como el dengue y el paludismo y se manifiesta principalmente con hipertermias; "gripa", que hace referencia a síntomas como garraspera, dolor de cabeza, dolor de huesos y debilidad, entre otras manifestaciones; "rasquiña", contempla granos, sarna y diversas infecciones cutáneas; "diarrea", incluye lombrices, disentería, dolor de estómago y debilidad, entre otras muchas manifestaciones; "parásitos", este padecimiento contempla, además de lombrices, piojos, debilidad, vómito y pérdida de apetito; "tos", incluye en su denominación a la tuberculosis, debilidad, pérdida de apetito y vómito, entre otros padecimientos.

Para el mes de febrero de 1988, San Antonio Las Lomas tenía entre sus seis principales padecimientos los siguientes, en orden de importancia: dentro de la "diarrea", 56 casos; "calentura", 49 casos; "gripa", 47 casos; "rasquiña", 33 casos; "parásitos", 18 casos, y "tos", 15 casos.

No obstante, las dos clasificaciones epidemiológicas —la médica académica y la popular—, en realidad coinciden en el fondo, pues, como podemos apreciar, en ambos esquemas son justamente las enfermedades diarreicas las que ocupan los primero lugares, seguidas de las enfermedades de las vías respiratorias altas y, para el caso específico de las comunidades indígenas chiapanecas, las "calenturas" —paludismo, dengue. La sarna tiene fuerte presencia en ambos esquemas médicos. Podemos concluir que el conocimiento popular referido a la identificación de los males engrana muy bien dentro de la esfera epidemiológica de la medicina moderna, sólo que con terminología médica especializada, claro está.

La vida cotidiana

Conocer la vida cotidiana de los zoques antes del proceso eruptivo nos permite tener una idea de cómo vivían en la zona aledaña al complejo volcánico. La información fue recabada después del evento telúrico y, como era de esperarse, se refieren al terruño como el mejor lugar para vivir. La añoranza por la tierra se hacía evidente y así se manifestó en los diferentes testimonios.

Las narraciones que a continuación se presentan buscan reconstruir la vida cotidiana de los zoques antes del proceso eruptivo. Lamentablemente, la mayoría de los testimonios son de hombres y reflejan, por ende, la vida masculina; pocas mujeres participaron en la recopilación de estos escritos, o su información fue muy escueta. Generalmente, el marido interrumpía la entrevista para dar su versión del hecho, pero no sucedía lo contrario.

Tuve la oportunidad de conocer al señor Amado Hernández Cruz, de 53 años, en la comunidad de viejo Carmen, ahora renombrada "Francisco León", lugar donde se instauraron los poderes municipales después de la erupción, en el año de 2001. El señor Hernández Cruz resultó un magnífico informante. Ofreció con lujo de detalles un testimonio que nos ayuda a comprender la vida de los zoques antes del evento explosivo:

Mire, le voy a platicar lo que yo viví allá en Francisco León, de cómo pasaban los días antes de que el volcán hiciera erupción.

Comenzaré por decirle que me quedé huérfanos desde muy chico, y la vida de huérfano de padre es muy dura, pues había que trabajar en el campo para poder llevar algo de dinero a casa. A la muerte de mi padre me fui a trabajar con gente ladina, que sólo hablaba español, y ahí aprendí a hablar, pues me vi obligado a comunicarme con mis jefes.

En Francisco León vivía un español de nombre Abel Monte. El capataz se llamaba Aladino, de hecho con él me crié. Trabajaba en la bodega de barbasco. La lavaba, secaba, encostalaba, pesaba y la llevaba a las avionetas para su transporte hacia Pichucalco, pues en Francisco León no había carretera. El trabajo era muy pesado para mi edad, pero había necesidad de trabajo y tenía que sacarlo. Aprender español fue muy fácil para mí.

Soy huérfano desde 1971. Mi papá nos dejó una casita con techo de hojas de caña brava. Éramos siete hermanos, y pues sufrimos mucho. Si un día no trabajábamos, pues no había qué comer, así de sencillo y de complicado. La vida del huérfano es difícil. Mis padres no pudieron hacer trabajo [comprar propiedades, ahorro, inversión, etcétera]. Ahí empecé a agarrar camino hasta que fueron pasando los años. Fui a la escuela. La gente grande decía que está humeando el volcán; nosotros como niños no nos espantábamos. Nunca pensé que haría erupción. "*Te´ pyogba chu´we´ijs ne xojsu pitsi*" ["Está cociendo su nixtamal *Pyogba Chu´we*"] decían los viejitos cuando humeaba la punta del cerro *Tsitsungotsöjk*.

Trabajé en varios lugares: Chapultenango, Ixtacomitán, Peñitas, Lámina 4, Rancho del Alemán, Tecpatán. Trabajé en el campo como picapotrero, cafetal, milpa, hacienda de cacao, limpiar platanar, todo ese trabajo lo he vivido y lo sé hacer. Yo estoy hecho para el trabajo.

La vida de campo es dura. Me levanto a las cinco de la mañana y a las seis salgo al trabajo. Regreso al filo de las tres o cuatro de la tarde, según. Antes de entrar al pueblo tomaba un baño en el Río Magdalena, que estaba justo a orillas de Francisco León. Trabajo con el machete, unas veces a rozar, otras a sembrar, hacer alambrado, limpiar plata-

nares, café, cacao, picar potrero. El jornal por ocho o nueve horas de trabajo era pagado a 12 pesos por día. Cada quien llevaba su alimento. A los niños de 12 años, cuando empezaban a trabajar, les pagaban según su avance en la jornada, que seis, cinco o cuatro pesos por día. Las viudas buscaban dónde lavar ropa, moler pinol o café, tostaban café, y les pagaban dos o tres pesos, más la comida, según.

Nuestros horarios de alimentos eran: por la mañana, a las cinco de la mañana tomamos café, y si hay con qué acompañar, como plátano, camote, calabaza, pues qué bueno, y le llamamos *te tsiju ujkuy*; entre las 10 y las 11 de la mañana tomamos posol sin azúcar, acompañado de sal y chile, algunas veces con pepita de calabaza; le llamamos *wijen sa´kuy*. Entre la una o una y media de la tarde, otro posolazo, y le llamamos *te tsiju waye ujkuy*. La comida la venimos haciendo alrededor de las cinco o seis de la tarde y le llamamos *wiijön bajkuy*. Generalmente ya no cenamos, aunque algunas veces tomamos café.

Antes del volcán casi nadie sacaba a sus enfermos. Ahí nada más se atendían, muchas veces morían que de parto, de caídas u otras enfermedades. Cuando moría alguien toda la gente participaba con ayuda a la familia del difunto. Los vecinos y familiares llevaban que café molido, maíz, frijol y toda clase de comida. Todos participaban según su voluntad, hasta con dinero, que uno, dos o tres pesos, según. Otros más daban tablas para hacer la caja del difunto, otros traían leña, mataban un marrano o pollos, según.

Sabemos bien que algún día vamos a morir, y pues así como ayudamos a los familiares del muerto, nos gustaría que ayudaran a nuestros familiares a la hora de nuestra muerte. Digamos, que nos den un trato similar. Mire, por ejemplo, a la muerte de mi papá una vecina nos dio una guajolota, y lo tomamos muy en cuenta, pues cuando ella tuvo un compromiso, nosotros le devolvimos, con el tiempo, algo equivalente en carne de cerdo, y así por el estilo. Si la familia era muy, pero muy pobre, entonces no era necesidad de caja, entonces se envolvía el cuerpo en un petate y se llevaba sobre una tarima de maderos y se enterraba.

En Francisco León había otra costumbre respecto a la época de sequías. Los mayordomos de la iglesia sacaban las imágenes en pro-

cesión y pedían agua. Algunos decían: "Que sienta el calor la virgen [Magdalena], sáquenla a pasear", y rodeaban el Río Magdalena y entraban en procesión por el arroyo *Kiitpak* (arroyo de dos brazos). Tal vez no me crea usted, pero esta práctica era muy efectiva. Recuerdo que una vez acompañé a la virgen en su recorrido y acabábamos de terminar el paseo cuando empezó tremendo aguacero antes de entrar a la iglesia. Lo primero que hice fue correr a refugiarme del agua. No lo hubiera hecho, porque un anciano me reprendió muy duro al decirme: "¡Por qué corres! ¿No es que agua estás pidiendo?". No supe qué contestar y me quedé con el resto del grupo a dar gracias a Dios.

En el río Magdalena había variedad de peces; por ejemplo, abundaban las mojarras, el pez bobo o el bagre con y sin escamas. Eran enormes, como de ocho kilos. Mire, yo conozco varios lugares y he trabajado en varios sitios, pero en ningún lugar he probado peces tan ricos como los del río Magdalena. Acostumbrábamos a pescar con barbasco. En los remansos pisábamos bien fuerte el barbasco hasta que le salía como espuma y eso adormecía a los peces, y a atrapar los más grandes. ¡Qué ricos peces!

El día 22 de julio celebrábamos a María Magdalena, pero las festividades comenzaban desde una novena antes. Los mayordomos, capitanes y alférez hacían convivencia y la fiesta era muy alegre. Daban tamales, atole, arroz cocido con azúcar o panela. Una comitiva especial llevaba a la presidencia sus tamalitos y comida.

Los capitanes daban vuelta al parque con sus caballos. Los danzantes chundi pintaban sus caras de negro y bailaban frente a la iglesia. Cuando se celebraban carrera de caballos, se nombraban madrinas solamente a muchachas solteras, pues era una de las formas de saber quiénes eran solteras y potenciales novias, muchos así encontraban pareja. El premio a los corredores era sencillo; por ejemplo, daban que un par de calcetines, que un pañuelo o un billete de 20 pesos en un anillo, algo así.

El trabajo colectivo gratuito era conocido como *tö nu'kxy m'mgö'ö*, que quiere decir "préstame tu mano". Se usaba y se usa actualmente para hacer trabajo con otro compañero sin pago en metálico. Por ejemplo, si voy a levantar mi cosecha hablo con mis amigos y fami-

liares más cercanos para que me ayuden a la pizca de la milpa. Todos trabajan para mí en forma, digamos, de préstamos de mano de obra, y cuando ellos necesiten de mi trabajo, les pago de igual manera. Me pongo de acuerdo si voy a ofrecer comida o cada quien lleva su bastimento, según. Actualmente debo dos "manovueltas" de compromisos contraídos con anterioridad, sólo estoy esperando el llamado para acudir a trabajar y saldar mis compromisos pendientes.

A mi casa en Francisco León, antes de la erupción, le cambié el techo de guano por lámina galvanizada, tenía 54 láminas, es decir, medía ocho metros de ancho por 10 metros de largo. La cocina estaba aparte. Antes los animales estaban baratos, así, por ejemplo, un marrano de dos meses costaba 300 pesos, un guajolote grande valía unos 30 pesos, una gallina, 10 pesos, y un perro cazador costaba entre 500 y mil pesos, es decir, más que un marrano, pero bien valía la pena. Había gente que se dedicaba a entrenar perros cazadores.

Como le decía anteriormente, en Francisco León no había carretera, y cuando salíamos lo hacíamos a pie. Desde Francisco León hasta Chapultenango lo hacíamos, dándole duro al huarache, en cinco horas, y a Ostuacán, cuatro horas. Así que viajábamos a Chapu o a Ostuacán en un sólo día. Íbamos a vender nuestros productos o al mercado, que se celebraba los domingos. Llevábamos nuestro posol, carne asada de iguana o de conejo y a caminar duro.

Así pasaron los años y cada uno de los hermanos hizo su vida por su cuenta, es decir, sin apoyo. Trabajé en Reforma, Chiapas. Me casé en 1980 en el mes de julio y me quedé a vivir en Francisco León. Mi trabajo en Francisco León era con el machete: picar campo. No pensaba en irme a vivir a la ciudad, la ciudad no me gusta. Actualmente tengo una hermana en Guadalajara y me invita ir a vivir allá, pero no me decido totalmente.

Sin embargo, en 1981 empecé a cambiar de idea y quise militar en un partido político, en el PST, Partido Socialista de los Trabajadores, y empecé a tener más confianza en la gente. En el mes de marzo de 1982 me comisionaron a la ciudad de México a una reunión que hizo el candidato a la presidencia de la República, Cándido Díaz Cerecedo. Yo andaba peleando una diputación o algo así.

Regresé de la ciudad de México el día jueves 25 de marzo. El viernes descansé y el sábado 27 de marzo de ese 1982 me fui a Nanchital, allá bajaba el avión. Tenía una yunta que me había dado el INI (Instituto Nacional Indigenista). Eran como las nueve o 10 de la mañana cuando vienen unos amigos de Ostuacán, así me dijeron: "Vamos al volcán, a ver qué quiere el volcán. Vamos, llevamos comida y trago", y como me gusta participar, pues vamos, y me fui con ellos. Dejé el trabajo tirado. Tomamos camino a Ribera Volcán, municipio de Francisco León. No confunda la Ribera Volcán con la Colonia Volcán. La Colonia Volcán pertenecía a Chapultenango; Ribera Volcán, a Francisco León.

Allá, en la Ribera Volcán, le dije a unos paisanos: "Tengo unos amigos que quieren subir al volcán, acompáñanos. Lleven escopeta, allá hay animales, como venados, león, tigre, de diferentes clases", y nos fuimos. Como tengo confianza con esa gente fuimos caminando al volcán. Llegamos y sacamos el *lunch*.

No llegamos hasta el copete del volcán, sino sólo a las faldas del cerro *Tsitsungotsöjk* (Chichón). Salían fumarolas entre las piedras, y estaban calientes. Había azufre. Tomaron con las manos enormes trozos de azufre y se tomaron fotos. La tierra presentaba grietas y de ahí salía vapor muy caliente, era difícil respirar por lo caliente del terreno. No pudimos avanzar más nuestro camino. Temblaba de vez en vez. La vegetación era escasa y la poca que había estaba como tostada. A pesar de que la zona es famosa porque hay muchos animales, no encontramos uno solo, como que habían huido lejos. Creo que los animales advirtieron el peligro. El piso estaba caliente.

Una persona que nos acompañaba dijo: "El volcán tiene presión muy alta. Este volcán sí va hacer erupción. Hay que informar urgentemente a Tabasco". En ese sitio platicamos y comimos. Había, además, algunos agujeros de donde salía un humo amarillo muy, muy caliente. No se podía respirar, "son vapores de azufre", decían. El volcán zumbaba y se oían como explosiones muy lejanas, muy profundas en la tierra, y la tierra suelta se deslizaba en los acantilados y paredes del cerro.

Se nos hizo tarde, como a las cuatro de la tarde regresamos a la Ribera Volcán. Como está retirado de Ostuacán, se quedaron a dormir

en el lugar; yo no me quedé, me despedí y me fui a mi casa. Al llegar a casa me dice mi mujer: "¿Por qué tan tarde?", y le platiqué de los amigos y de lo que sucedía con el volcán.

El siguiente día era domingo (28 de marzo de 1982). De nueva cuenta llegaron otros amigos para subir al volcán otra vez. No los quise acompañar, y subieron. Detectaron lo mismo, como les había platicado. Esa vez no pude acompañarlos, pues tenía reunión política en la Colonia Naranjo. Nos reunimos con ejidatarios y platicamos de mi candidatura. Utilicé como bandera política varias cosas, pero se va a reír: nosotros pagábamos un impuesto "de carretera", un peso por hectárea en forma anual. La carretera por supuesto que no existía, pero la idea, decían, era formar un fondo para el pago de la construcción de la carretera, que algún día llegaría a Francisco León. Me apoyaron. Regresé a casa como a las cuatro de la tarde. Recuerdo que había un gran solazo, mucho calor. De repente se dejó caer un gran aguacerazo, llovió en forma intensa toda la tarde.

Le dije a mi señora: "Voy a dormir un rato, estoy muy cansado". Me quedé dormido. De repente oigo que me hablan, ya era de noche. Tomé mi afocador y le digo: "¿Qué pasó?". El piso estaba amarillo, como allá arriba del cerro. Dije inmediatamente: "¡Es el volcán!".

El presidente municipal en Francisco León era el señor Rodimiro Méndez Ramírez, que por cierto no se encontraba en el pueblo al momento de la primera erupción, pues estaba en Tuxtla Gutiérrez. No sé quién mandó tocar la campana de la iglesia. ¡No lo hubieran hecho! No le gustó al volcán y enfureció fiero. Entonces un rayo blanco bajó del cielo y pegó con todas sus fuerzas en el copete del mero volcán. La gente decía: "¡No toquen la campana, no la toquen; al volcán no le gusta!". La gente se volvió loca, no sabíamos qué hacer. Yo me fui a rezar frente al altar de la casa. En eso estaba cuando se oyó un ruido ensordecedor, y una roca atravesó el techo de mi casa y se estrelló en el piso, como a medio metro de mí. El polvo quedó amontonado entre el altar y yo. Me llené de miedo, y le dije a mi esposa: "Tenemos que salir, esta es mala señal. Vamos rumbo a la Ribera Campeche (municipio de Francisco León), dirección contraria al volcán". Al otro día salimos con mil pesos en la bolsa. No se podía caminar, pues el mate-

rial arrojado por el volcán al humedecerse se volvía chicloso y no se podía caminar. Decidimos no ir a Chapultenango, pues teníamos que atravesar dos ríos, y la gente decía que el agua ya estaba caliente y se estaba taponando tanto lodo que de un momento a otro haría gran arrastradero. Era mucho peligro.

En Francisco León quedaron sepultados mis recuerdos y la gente dice que los que se quedaron en realidad no murieron, sino que viven una vida feliz allá en el interior del volcán. La gente dice que en el Viejo Francisco León [ahora deshabitado] se oye el canto de los gallos, el ladrido de perros, el sonar de las campanas, tal como antes. Mientras sigamos recordándola, la gente no muere. Solamente morirá cuando no nos acordemos más de ella. Yo sueño seguido que me encuentro en Francisco León, y al despertar me cuesta trabajo aceptar que no lo estoy, pero por otro lado me da gusto saber que mis paisanos están vivos en mis sueños y están felices allá en el volcán, con la dulce señora *Pyogba Chu´we*. La gente que quedó sepultada por el volcán en realidad no murió, sino que buscó refugio a través de túneles subterráneos que conectan directamente con el volcán; ahí viven felices, así lo sueño. Así sufrimos.

El señor Eusebio Mateo Altunar, vecino del "viejo" Vicente Guerrero, explica:

Nací en 1940. Antes del volcán trabajábamos mucho. Cosechábamos café, cacao, plátano. Éramos cafetaleros y teníamos ganado. Teníamos mucho trabajo y dinero. Ahora quedamos sin dinero. Se acabó cafetal, ganado, así estamos sufriendo. Después de la erupción me quedé a vivir en Nuevo Naranjo, Tecpatán.

Allá, en "viejo" Vicente Guerrero, no podría vivir pues tengo cinco o seis niños que van a la escuela y se han acostumbrado a Tecpatán, ya no quieren regresar. Mis hijos dicen: "¿Qué tal si nos asusta otra vez el volcán?". Antes del volcán no sentíamos nada de preocupaciones, pues tenía cafetal, tierra de cacao, ahí nomás trabajábamos. No salía a trabajar ajeno. El volcán nos obligó a salir, a trabajar ajeno, a conocer, a sufrir.

El volcán nos perjudicó mucho. Antes éramos cafetaleros, tenía 5 mil matas de café en un solar, además, en Guadalupe Victoria venía el avión a sacar café. Ahora no tenemos café y el precio es bajo. Por la necesidad está cara la vida, antes puro mantener el trabajo de nosotros. Sólo compramos la mercancía de otros países. Vemos la necesidad. Antes no sufríamos, ahora está muy bajo el producto del café y del maíz.

Nuestro negocio era en Chapultenango, ahí había ricos que compraban nuestro café. No había escuelas, no había maestros, y donde había, sólo trabajan los maestros dos días y se iban. Nuestros hijos tenían que trabajar. Antes comíamos chayotes, yuca, malanga, zapote, plátanos y muchas otras plantas más que encontrábamos en el campo. El chipilín no faltaba y otras plantas también comíamos.

No había doctores en la comunidad, nosotros éramos los doctores y nos curábamos con pura yerba; nada de ampolletas ni pastillas. Mi mamá buscaba yerbas y con eso se quitaba el dolor y curaba a sus hijos o nietos. Nadie los operaba. Ahora, más de la cuenta, enfermedad que dejó el volcán. No había rebeldía, no había vicio, éramos hombres tranquilos. No teníamos problemas, algunos tomaban trago (aguardiente de caña) tranquilo. Éramos hermanos católicos y llegábamos a la iglesia a hacer tradición. La música era zoque, con flauta y tambor hacíamos las reuniones.

Celebrábamos la fiesta de Guadalupe. Éramos verdaderamente católicos, pero ahora no sé qué le pasó a la gente, jala para otro lado. No éramos rebeldes, teníamos fe. Yo salí con todos mis hijos, aunque dos de ellos murieron en "viejo" Vicente Guerrero, a causa del volcán.

En Tuxtla había INMECAFÉ (Instituto Mexicano del Café), compraban café, pero nosotros vendíamos café en Chapu. Aquí acaparaban todos nuestros productos, y veían los de Copainalá a comprar café, traían mercancía en mulas, eran arrieros y compraban café. No había carretera, puro mecapal. Cargábamos 40 o 50 kilos al lomo, hacíamos cinco horas caminando a Chapultenango. Para ir a trabajar al campo nos parábamos a las seis y éramos chambeadores.

Cuando venían los arrieros con sus mulas cargadas de mercancía provenientes de Copainalá, era una fiesta. Traían que pan, que tela,

trastes, hilos, agujas, juguetes, camisas, sombreros, medicinas, bueno, de todo, sin faltar el trago. La gente se arremolinaba a ver qué traían los copainaltecos y en un ratito vendían todo o lo intercambiábamos con café. Los copainaltecos eran muy mañosos, traían arreglada la romana, y pesaba más café del que en realidad compraban. Los copainaltecos bien que hablaban zoque para comprar nuestro café y nosotros les hablábamos en castellano o, si nos hablaban en castellano, les contestábamos en zoque. Era para ver quién podía más, o ellos o nosotros. Ya desde antes hablábamos dos idiomas.

Ahora, cuando me preguntan de dónde soy, yo siempre digo: "Soy de Francisco León", aunque en realidad vivo en Nuevo Naranjo, municipio de Tecpatán. Si digo que soy de Nuevo Naranjo, se burlan de nosotros y nos dicen, "ahhh, entonces sos chichonalero". Esa es mi historia, yo soy de "viejo" Vicente Guerrero, municipio de Francisco León.

Erasmo Mondragón González, vecino de Chapultenango, de 82 años de edad y de oficio "tamborista", narró su testimonio:

Cuando éramos chamacos recuerdo bien que mi mamá le decía a mi papá: "Ruperto, manda a Erasmo a la escuela". "No, éste va a ser trabajador. Cuando tenga hambre no va a comer letras", decía mi padre. Mi Padre quería que chambeara. Así fue como me crié con mi mamá. Fui a San Pedro Yaspac a trabajar. Gracias a mi mamá que me crió. Chambeando con los ladinos aprendí el español. Platiqué en español y me consentían porque era muy hábil para aprender; después de todo, el idioma de los patrones no tenía ninguna dificultad. Gracias que aprendí, pues antes nadie hablaba español, y eso hacía que las personas que hablábamos español éramos, digamos, respetadas.

Había una escuela y los niños jugaban. Yo no fui ningún día a la escuela, aunque me moría de ganas de ir a aprender algunas letras. Cuando pasaba atrás de la escuela me quedaba escuchando lo que el maestro decía, algo así como "Buenos días, si es de día, buenas noches, si es de noche, y buenas tardes, si es de tarde", así se saluda… Luego cantaban "Buenos días, señorita…" y eso me ponía muy triste, por no poder asistir a la escuela.

Insistí a mi papá para que fuera a la escuela, pero qué va, por el contrario, mi papá pagaba una multa con tal de que no fuera a la escuela. Yo sufrí, pues la gente no te da comida así nada más. Tenía un tío en San Pedro Yaspac y me dio tortilla. A apretar la barriga. Ahora, gracias a mis hijos, ya me dan el pan de cada día, si no, no hay quien te dé pan. Solamente Dios me cuidaba. La enfermedad pasaba por mí y gracias a Dios crecí para ser hombre de bien. Así nomás vamos a trabajar y a pasar la vida.

Por un lado, y perdone usted lo que voy a decir, yo le doy gracias al volcán que nos sacó. Gracias a él conocimos la vida de otros lugares y nuestros hijos pudieron estudiar, ahora hay jóvenes que son religiosos, doctores; estudiaron. Quién sabe cómo viviéramos en Chapultenango si nos hubiéramos quedado. De mi parte yo le doy gracias al volcán que nos sacó para despertar. Si el volcán no hubiera hecho erupción, pues tal vez seguiríamos igual o peor.

Antes qué íbamos a saber cómo era Villahermosa o cómo era el mar. El volcán nos obligó a subir a los riscos y averiguar qué había más allá de los cerros. Descubrimos que había zoques de pueblos lejanos que hablan otro zoque, que no les entendemos. Yo, aunque conocí otras tierras, siempre busqué regresar a Chapu, a mi tierra. Me trataron bien en otros lugares, pero mis sueños me hacían recordar que tenía que volver. Aprendí a querer y a respetar otros sitios lejanos. Antes sólo los conocíamos por radio. Escuchábamos que hay otras ciudades, otros pueblos. El radio también nos ayudó a aprender español.

Ahora, debido a mi edad avanzada (82 años), sólo hago trabajo de flojo, es decir, trabajo en la parcela de la casa y hago algunos arreglos a la vivienda. La gente me respeta, pues soy "tamborista" y conozco muchos ritmos antiguos, como sones, zapateados y danzas. Imagínese si hubiera estudiado. Así sufrimos antes de que tronara el cerro.

Gabriela Gómez, originario de "viejo" Carmen Tonapac, de 60 años de edad, narró:

Antes, en "viejo" Carmen Tonapac, vivíamos enemistados con nuestros vecinos de Ejido Cálido por cuestiones de deslinde de terreno. Éramos

enemigos y peleábamos. No vivíamos tranquilos, pues siempre andamos peleando. Si nos veíamos en el camino, capaz nos agarrábamos a golpes y se desencadenaba una serie de venganzas. Muchas veces íbamos armados, y pues ya queríamos echar bala de una vez.

Mis hermanos formaron la comunidad y estuvo muy bien, porque ellos lucharon para hacer el deslinde, y peleamos. Nosotros teníamos armas y la gente también. Aquí se va a ir el deslinde —dijimos—, y cortamos el potrero de Juan Gómez y allí pasó el deslinde. Mi hermano tuvo mucho valor de defender, ellos caminaban tres días a Tuxtla cargando su bastimento. Llevaban su hoja blanca (*Anthurium xanthosomijolim*)[65] y si llovía, con eso se tapaban. La gente cooperaba con 10 centavos o nada, y con eso se iba a Tuxtla para pagar su viaje (y la canoa) en Chicoasén. El río (Grijalva) se ponía hondo y pagaba su canoa.

Los comisionados cargaba cada uno dos o tres kilos de cacao para comprar su comida, además, llevaban alguna carne ahumada, como de iguana, de paloma o de conejo. Eso sí, no faltaba su posol. Me recuerdo que eran muy buenos porque empezaron a solicitar maestros para que vinieran a la comunidad; lo lograron. Aprovechaban el viaje para hacer varias cosas. Les agradezco a esos señores que lograron gestionar los terrenos, si no, no tendríamos dónde trabajar. No había iglesia, sino ermita, la hacían con chichón (*Astrocaryum mexicanum*).[66] El señor finado Alberto Pérez regaló las imágenes y lo celebrábamos. Tenía mucha confianza con los señores; con ellos consultaba y eran muy buenos. Eran caciques, pero eran buenos. Las fiestas empezaban a celebrarse en las ermitas. Todas las imágenes las celebramos. No faltaban las fiestas. Entre 1935 y 1940 cada mes había fiesta. La gente cooperaba y empezaban a nombrarse los primeros mayordomos.

Los de la ribera de Carmen Tonapac en Chapu hacían su fiesta, porque no había iglesia en las riberas. Mi hermano era una persona

[65] Miranda, 1998: 77.
[66] Martínez, 1987: 286.

http://www.gob.mx/cdi

responsable y lo nombraron comisariado ejidal y agarró más fuerza. Solicitó al ingeniero para que midiera el terreno. La gente lo apoyaba y sabía que ésta iba a tener posesión de derecho. Somos seis familias. Mi papá tenía su dinero. Ahora vamos a trabajar, que siembre café y tengamos dinero para comer. Mi papá nos decía: "Siembren café, maíz, frijol, arrozal". Todo daba, de veras.

Todo el día era trabajo. Nos parábamos a las cuatro de la mañana y a tomar café, para salir muy de madrugada al cafetal. A chaporrear, a cortar café, a despulpar, a lavar, a secar y transportar el café. A mediodía va nuestro posol, sólo o acompañado de pepitas de calabaza o chile. Ya por la tarde, al regresar a casa, traíamos leña o plátano o lo que fuera útil en la casa. Los que teníamos radio lo llevábamos al rancho para acompañarnos con bulla. Me acuerdo mucho de una canción, "Mi lindo cafetal". Ahora la escucho y parece que estoy allá… me da tristeza. Siento el viento que me canta "Mi lindo cafetal".

Eusebio Mateo, originario de "viejo" Vicente Guerrero, 54 años de edad, narra su experiencia en los siguientes términos:

Antes —en la comunidad— había ricos. Los hombres no tenían ganado, su comida eran patos, guajolotes, venados, "cochimonte" (pecarí de cuello blanco), iguanas, conejos, armadillos, tejón. Las plantas eran buenas, cacao, chipilín, calabaza tierna, naranja. No, no teníamos ganado, Yo era pobre. Terreno teníamos, 10 o 15 hectáreas, aunque mi casa era grandecita, de 50 láminas, y estaba galanota.

En Francisco León éramos pobres, en Ixtacomitán eran ricos. En ese tiempo yo no hablaba español, puro zoque. Sólo palabra zoque con mis hijos y mi familia. Aprendimos español gracias al volcán que nos empujó a otras tierras, nos llevó como el agua del río a partes más bajas. Si sigues el río te lleva a lugares donde la gente ya no habla zoque. Las aguas se van mezclando, como el idioma. Primero el agua es clara, después, oscura, y es cuando sirve el español. Ahora ya hablo un poco de español, pero antes sólo mi lengua.

En Francisco León vivía pura gente de Ixtacomitán. Los ricos se apoderaron de los terrenos del centro, y los pobres, a la orillada. Antes

del volcán el gobierno no daba ningún tipo de ayuda, tuvo que tronar el cerro para que voltearan a vernos; estábamos en desierto, andábamos con mecapal. El volcán hizo que la gente se fijara en nosotros.

No había carretera. Yo cargaba al lomo 70 kilos de cal. Recuerdo que la gente era más alta, ahora salen muy chiquitos porque no los desparasitamos. En Chapu había un gigante de más de dos metros, todo mundo le temía. "Ahí viene el gigante Guili", decía la gente.[67] Yo me casé de 25 años, ya aguantaba carga. Ahora los muchachos no cargan ni sus morrales. Mi papá era fuerte, aguantaba 100 kilos al lomo, y medía cerca de dos metros. Eso sí, pura comida de rancho.

Una vez llevé a Chapultenango 300 kilos de café y sólo me pagaron 250 kilos, es decir, el rico me robó 50 kilos, ¿pero cómo reclamarle si no hablaba español? A otros les robaba hasta 500 kilos. Ellos mandaban ahí, acaparaban. Pagaban un peso, dos pesos o 50 centavos el kilo de café. Sufríamos mucho. Otra vez decidimos ir en plebe para vender café hasta Ixtacomitán. Recuerdo muy bien que iba con nosotros Máximo Sánchez y otras personas más. Los ricos no dejaban salir del pueblo, nos bloqueaban, pero salimos a las tres de la mañana con 20 kilos cada uno. Resultó peor, pues me gasté mi dinero tomando. A los ocho días me llamó don Álbaro y me maldijo: "Por qué vendiste tu café, la próxima vez te vas a la cárcel", así me amenazó. Sólo salíamos de noche. Aquí nos pagaban a 50 centavos el kilo; allá, a peso.

Los ladinos también atajaban a los profesores, no les permitían llegar al pueblo. A los ricos no les convenía que estudiáramos. La escuela "Francisco I. Madero", en Chapultenango, se fundó en 1968 y el profesor era un tal Romero, magnífico maestro. La construcción de la escuela costó sangre, hubo pleito. Las comunidades participaron en la construcción, cada ciudadano aportó ocho viajes de arena y grava.

[67] Se refiere a don Guilivaldo Díaz Díaz, de 85 años de edad, originario de Chapultenango. Actualmente está ciego y muy enfermo. De joven era policía y gozaba fama de rudo. A su edad, y ya encorvado, mide casi dos metros, y es conocido, justamente, como "el Gigante". Era el encargado de cargar a los enfermos en silla para llevarlos a servicio médico a Ixtacomitán o Pichucalco.

Tenía un sobrino que cargó el doble: 16 viajes. Cooperamos con 1.50. Costó nuestro sudor.

Mi abuelita me contaba cómo enterraban a los muertos cuando hubo epidemia. No alcanzaban a enterrar en una sola tumba, sino en mantel o petate varios muertos. El difunto lo traíamos cargado desde Guadalupe Victoria. Lo traíamos en mecapal. En caña brava [*Gynerium sagittatum*][68] o en tablas amarradas con majagua [*Hampea tomentosa*],[69] y se traía a enterrar a Chapultenango. Así era la costumbre.

Isabelino Gómez, originario de San Antonio Nanchital, Chapultenango, de 70 años de edad, comenta:

Por la mañana, a las cuatro de la mañana, hay plátano, y a comer temprano. Nos vamos al trabajo. Salimos a las cinco al trabajo. Llegamos como a las seis y trabajamos la tierra. Si es cafetal, cortamos café; si maíz, cultivamos la tierra. A las 10 de la mañana comemos un poco, tomamos posol y algunas veces lo acompañamos con pepita de calabaza con chile. De ahí descansamos a las tres de la tarde y comemos lo que haya de comida, como fruta o algo de comida preparada que traemos de la casa. Sólo teníamos animales de rancho, como gallinas, patos y guajolotes.

Mi papá nos platicaba cosas de antes, que cuando revienta el volcán mata a toda la gente. Decía que el volcán Chichonal es el más grande del mundo, y es cierto, pues me acuerdo que en 1979 llegó a temblar mucho por el volcán, pasó el temblor y los trastes se cayeron. Se rompieron las ollas, el comal, platos y tazas. Se oía cómo ruge el volcán y parecía que la tierra se iba a partir. Platicábamos que ya pronto va a reventar el volcán. En 1980 o 1981 estuvo temblando. Mi mamá decía: "Las ollas y los trastes de barro no van colgados en la pared, sino en el suelo. Cuando tiembla se caen".

[68] Martínez, *ibid*.: 150.
[69] *Op. cit*.: 560.

En 1982 volvió a sacudirse la tierra, y los que estaban cerca del volcán, como los de San Antonio Acambac, miraban cómo salía humo de la punta del cerro. Entonces los viejos decían, "va a llover", esa era la creencia.

En la Nochebuena o Navidad, a la media noche hacemos santo rosario. Las mujeres hacían *poreane* (pan *marquesote*) con pinol y huevo. Es un pan especialmente elaborado para los compadres y comadres. Lo reparten en el pueblo con café. La Navidad era una fiesta muy alegre, hasta ahora así la acostumbran. Cada quien visita a sus compadres.

Bueno, como soy músico de cuerda toco violín, aunque toco de todo. A veces acompaño rezos y, otras, oraciones. Hay costumbre de hacer velorio, en la noche hacemos santo rosario y termina. Si queremos alegría, se puede y tomamos trago, tamales, galletas. Tocamos flauta y tambor y alegre pasa la fiesta. Tocamos el violín. Bailamos, es el gusto. Es la tradición. La gente me respeta, pues soy músico viejo, y saben que si me piden ir a tocar a sus casas, pues voy con gusto.

Recuerdo que allá por 1948 mi mamá se levantaba a la tres de la mañana a moler en metate, pues no había molino como ahora. Una vez mi abuelo, que tenía fama de enamorado, viajó a Pichucalco y allá compró el primer molino de nixtamal, de esos con manivela, y cuando llegó a su casa le dijo a mi abuela: "María, te traigo tu molendera para que te ayude", y mi abuela se puso muy celosa, pero qué va ser, se trataba de un molino de nixtamal, y entonces se puso muy contenta. A las cuatro de la mañana hace las tortillas. A las cinco está el posol listo para su marido o sus hijos, para que se alisten para ir a trabajar. La mamá buscaba el morral para que lleve el posol y sus tortillitas y le echaban mecapal o redes para traer chayote, yuca. Nadie usaba zapato, todos andaban descalzos. Mucho después se empezó a usar huarache "pie de gallo", hechos con piel de vaca, y le ponían lazo, como para sujetarlo al pie. En 1960, cuando tenía unos 25 años, se usaba "chipil" (modelo de zapato). Sólo la gente rica usaba zapatos; los pobres, "pie de gallo".

A las cinco de la mañana se iba al trabajo y se regresaba al filo de las cinco o seis de la tarde. Esa era la costumbre anterior. El hombre

traía leña a casa o algo de comer. Después de comer, mi madre me decía, "lava tu traste, ya comiste". Antes no había ropa como ahora, la madre hacía la ropa, y eran calzones de manta. Tenía su molde y ella hacía ropa, calzón o camisa, así como andan los "chamulitas", nadie usaba pantalones. Yo lo sé porque nací en 1935. La mujer usaba listón, no como ahora. Una muchacha era prohibido que anduviera con el cabello corto. Tampoco le era permitido que hablaran con los hombres en la calle. Los niños empezaban a trabajar a partir de los 10 años. Cortaban café, frijol. Los padres les enseñaban a poner trampas para atrapar aves. La primera pieza que atrapé fue una paloma, y estaba bien sabrosa.

En la tarde vienen juntos a preparar la comida. No había luz ni máquina (molino de nixtamal). Todo se hacía a mano. Tampoco se usaba cuchara de metal, todo con la mano y en jícara. Se fabricaban unas cucharas de palo o se hacían de la cáscara del coco, así comía la gente. Nadie tenía plato, después vino el plato de barro, dulces y juguetes de San Cristóbal. No había taza, todas las cosas eran bonitas y las hacía la gente. El día de muertos se invitaba a la gente a comer su tamalito. Colocaban una mesa porque los difuntos comían y fumaban, y ponían arcos de flores y frutas de ofrenda.

Antes para hacer una casa se invitaba a los amigos y vecinos. Se repartían tareas tanto para hombres como para mujeres. La gente era unida. Todos trabajaban, como 25 o 30 personas, y terminaba en fiesta. No conocíamos lámina, tampoco material (cemento, concreto). Usaban cal, pero ellos mismos la quemaban. Todavía en 1950 no había casas de material, eso es más reciente. Cuando aparecieron las láminas galvanizadas era un gran orgullo decir: "Mi casa es de 50 láminas" (7.50 metros de ancho por 9.50 metros de largo, aproximadamente), eso indicaba lo grande que era la casa, ya ni hablar del techo de concreto. La construcción de casa se hacía con trabajo "manovuelta", es decir, tú tienes necesidad de trabajadores y yo ofrezco mi ayuda sin pago con dinero. Sé que cuando yo necesite ayuda tú me la vas a ofrecer en pago por el trabajo prestado. Se hacían comisiones. Unos van a cortar zacate, otros a cortar troncos, otros más a hacer lodo, y así cada quien tiene su trabajo. Lo mismo sucedía con las mujeres,

unas llevan un guajolote, otras maíz, otras más leña, otras muelen y así, hasta que se complete la "manovuelta". Mi casa se construyó con "manovuelta" en un sólo día. Trabajamos 38 personas en diferentes comisiones y terminamos bien enfiestados. Poco a poco fui pagando mi "manovuelta" hasta quedar completamente sin compromiso. Todos necesitábamos de todos. Extraño todavía esa forma de trabajo, pues es un compromiso que se contrae y hay que cumplirlo, pase lo que pase.

Gabriela Gómez explica su vida antes de la erupción.

Yo también viví tiempos de antes, como cuando nos criamos. Éramos cuatro hermanos y, bueno, la escuela no había en ese tiempo, estaba muy incomunicado y no llegaban los maestros. Nuestros papás siempre nos llevan al monte a trabajar. Nos enseñaron cómo cortar leña, a afilar el machete. Si uno no aprende, no puede hacer el trabajo. Ese tiempo era muy fácil, no había modo de comprar algo porque no había dinero. No había luz, sino que se usaba vela, candil de petróleo. El día de mercado vendía en Chapultenango unas varitas de ocote y con eso se aprovechaba para comprar lo más necesario. Las mujeres trabajábamos duro porque molíamos con el metate. A las dos de la mañana nos levantábamos y, terminando de moler, luego a hacer toritillas. Después se empieza a desgranar maíz para mantener los puercos y los pollos.

Por la mañana, a lavar la ropa y barrer la casa. Había que terminar lo más temprano posible para luego limpiar frijol o yuca. La mujer trabaja todo el día. Todo ese trabajo era muy pesado para las mujeres. Al cafetal llevan a la criatura, aprovechaban para cuidar a su hijo.

Así era todo el trabajo y poco a poco fuimos haciendo algo, porque si el padre no es trabajador, pues no alcanza hacer algo. Con la venta del frijol se ahorra el dinero y a comprar puercos para tener algo, así fuimos formando nuestras cositas, que luego el volcán nos quitó de vuelta. Cuando trabajábamos ajeno, como éramos mujeres, nos pagaban apenas 20 o 50 centavos, era poco el sueldo. Los hombres ganaban el doble.

La mujer tiene que trabajar no sólo en la casa, sino también en el campo, y además traer leña de regreso a casa, y encima todavía nuestro "pichi". Para la mujer no hay descanso, sólo trabajo. Así sufrimos. Mi historia es de trabajo.

El señor Lucio Altunar, de 50 años de edad, vecino de la Colonia Volcán, Chapultenango, narra lo sucedido justo un día antes de la primera erupción del volcán.

El 27 de marzo, un día antes de que tronara el cerro, fui a trabajar a mi terreno que estaba muy cerca del volcán, como a cuatro kilómetros. Estaba rozando, pues en abril teníamos pensado quemar el terreno para aprovechar las primeras lluvias de mayo. Trabajábamos en el terreno con mi hermanito. Nos llamó la atención que por esos días encontramos pájaros muertos, después un armadillo y otros animalitos más. Creo que era el volcán que los estaba matando, digo yo, tal vez gases venenosos. No los quisimos comer, pues pensamos que habían sido envenenados.

Yo tenía mi trabajadero (cafetal, milpa). De hecho ese día pensábamos dormir allá en la montaña, pero decidimos bajar a la colonia (Volcán) porque se avecinaba la fiesta de San Vicente Ferrer y la Semana Santa, y teníamos compromiso con el encargado de la fiesta para ayudarle a rajar leña. Nos estábamos preparando para celebrar la fiesta.

En mi trabajadero tenía mis animalitos, como dos mulas, una vaca "cargada" (preñada) que tenía "a medias".[70] Mi cafetal tenía tres mil matas de café y había rozado una hectárea de maíz.

Esa tarde tembló mucho en el cerro y se oían ruidos extraños, pero ya estábamos acostumbrados, era cosa de casi todos los días. Sabíamos que el cerro es volcán y que algún día tronaría. Mi abuelo me contaba que mucho antes ya había lanzado cenizas, y cerca de mi tra-

[70] Práctica también conocida como "al partir", donde el primer producto pertenece al dueño de la vaca; el segundo, al cuidador, hasta que el becerro cumpla seis meses más o menos, y así sucesivamente.

bajadero había un manantial con agua muy caliente. Sabíamos también que en el volcán hay mucho petróleo.

Más antes, mi papá contaba que en el cerro del volcán había *Mönganan*. Y yo lo creo, pues cuando era niño clarito oía cómo, por la noches, talaba grandes árboles con su hacha de plata. Se escuchaba "*tu´un, tu´un*", y mi papá decía: "Es *Mönganan*[71] que anda buscando miel". Entonces mi papá fumaba su tabaco para ahuyentarlo. Al otro día íbamos a ver cuántos árboles había tirado y todo estaba igual, sin daño. Me decía mi papá: "Si escuchas que [*Mönganan*] dice *´du´ñi´* (ya vine), no le abras, pues habla igual como si fuera tu mamá o tu papá o tu hermano; no le abras". Me contó que gente de Ocotepec y de las montañas de Blanca Rosa (Tapalapa) atraparon un *Mönganan* y le han quitado su hacha de plata, y ahora son ricos.

En el cerro del volcán había muchos animales, como venados, "cochimontes" y un gallo cimarrón que chiflaba igualito como la gente. Yo lo escuché varias veces y le contesté el chiflido pensando que eran los paisanos, pero qué va, me estaba "jugando". Era bonito el monte, ahora quedó todo pelón. Lástima.

[71] Literalmente *mö*, "rayo", y *kanan*, "viejo": "rayo viejo". También conocido como "Salvaje", se cree que es el dueño o señor de las colmenas. En la cultura mexica es conocido como "hacha nocturna".

Pronósticos de la erupción

Antes de que el volcán hiciera erupción en marzo y abril de 1982, los zoques ya estaban acostumbrados a convivir con el Chichonal, y sobre el inminente evento explosivo se tejía una serie de historias fantásticas que la gente considera hechos reales, que no se ponen en duda. No deseo repetir lo que ya otros autores han escrito sobre el tema,[72] sino más bien dar a conocer nuevos testimonios recogidos durante mi trabajo de campo, que, en general, coincide con lo reportado en otros trabajos.

Por principio de cuentas, los zoques ya sabían, por medio de la tradición oral, que el volcán había hecho erupciones otras veces. Así, por ejemplo, en 1852 se presentó un evento explosivo que obligó a la población a retirarse de las faldas del volcán y buscar refugio en Chapultenango. Los abuelos cuentan que llovió ceniza candente y apostaron que era el fin del mundo. En fechas más recientes, en 1964, se incendió el cerro Chichón, tembló constantemente y hubo derrumbes importantes. La actividad telúrica continuó amenazante hasta diciembre de 1981. Sólo faltaba saber la fecha exacta del

[72] Véanse los trabajos, por ejemplo, de Báez-Jorge *et al*., 1985; Pérez Bravo y López Morales, 1985 y 1997, entre otros.

evento definitivo. Entonces, los rumores de una inminente erupción empezaron a correr en las aldeas.

Silva Mora[73] apunta que durante toda la historia del hombre los volcanes han sido rodeados por el misterio y la superstición. Aún en nuestros días, no obstante el avance de la ciencia, la gente continúa haciéndose preguntas respecto a éstos. Los zoques no son la excepción, ya que en su territorio, además del Chichonal, se encuentra otro conocido como Monte Santo, descubierto por el profesor Weber y registrado en la carga geográfica de Chiapas, en las proximidades de la cabecera municipal de Tecpatán.[74]

Los zoques esperaban la inminente erupción con profundas ansias, nerviosismo y temor, pues los temblores y las fumarolas eran cada vez más intensas; alrededor del fenómeno telúrico se tejió una serie de interpretaciones simbólicas que pretendían dar respuesta a la preocupación latente de una erupción violenta, para ello recurrieron a diversos mecanismos culturales. No me detendré en hacer mención especial de *Pyogba Chu´we* (literalmente, "vieja que se quema", "que arde", mujer —algunas veces— maligna que se dice vive en el volcán). Esta vez haré énfasis en otros aspectos culturales de la cosmovisión indígena zoque, donde la religión católica se fusiona con la indígena en busca de un pronóstico del evento. La primera interpretación se da a través de la acción onírica; la segunda, por medio de una lucha entre San Marcos —y su nagual, el león alado—, en calidad de santo protector, contra la Señora del Volcán, y la tercera, a través del vaticinio de una caja parlante.[75]

LOS SUEÑOS

En la comunidad zoque de Tapalapa muchas personas dijeron haber soñado la erupción del Chichonal dos años antes; aunque no se profetizaba la fecha exacta del evento, sí se sabía la suerte que habría de correr la comunidad en su conjunto.

---

[73] L. Silva-Mora, 1983: 23.
[74] *Número uno*, 1982, p. 4.
[75] Conocido en lengua zoque como *Te´ dö gomi wewenebyabö*, y significa, justamente, "caja parlante". Véase el trabajo de Román Díaz Gómez.

Los sueños, en términos generales, se centraron en San Agustín —santo patrón del pueblo—, quien los cobijaba con una gigantesca sombrilla evitando que su gente sufriera daños ante la lluvia de sangre y "víboras de fuego" (lengüetazos de fuego, actividad eléctrica) que arrojaba el volcán enfurecido. De suerte tal, que el día en que se hizo realidad la fase eruptiva la mayoría de los habitantes se sentía protegido, por lo que no abandonarían el lugar, pues estaban seguros de que San Agustín cuidaría de ellos. No obstante que Tapalapa se encuentra a unos 15 kilómetros en línea recta respecto al volcán, los daños fueron menores. La gente que evacuó la zona volvió a la semana siguiente de haber salido.

San Marcos y sus espadas flamígeras

En el municipio de Ocotepec se asevera que se llevó a cabo una singular batalla: dos meses antes de la erupción llegó al pueblo la maléfica *Pyogba Chu´we* a invitar a los habitantes de la cabecera municipal de Ocotepec a su fiesta de cumpleaños, misma que celebraría con abundantes fuegos artificiales. San Marcos, comprendiendo el lenguaje metafórico de la anfitriona, y ante la imposibilidad de evitar la fiesta, retó a *Pyogba Chu´we* a batirse en singular duelo en donde se jugaría el destino que habría de correr su pueblo. Los acuerdos a que llegaron fueron: si *Pyogba Chu´we* ganaba la batalla, sus invitados principales serían los habitantes de Ocotepec, a quienes halagaría con abundante lluvia de luces multicolores; si perdía, no los podría invitar a su fiesta y aunque durante la celebración de su cumpleaños lanzara cohetes, éstos no los alcanzarían.

Una vez establecidos los pormenores se inició la batalla. Grandes temblores se dejaron sentir en el área, la tierra producía ruidos extraños y las fumarolas de volcán se hicieron más intensas. San Marcos, valiéndose de su nagual, el león alado, y con dos espadas de oro, mismas que lanzaban llamas, logró por fin vencer a *Pyogba Chu´we*.[76] Tras ser derrotada, buscó refugio en el volcán. Aunque el cumpleaños

[76] No se menciona las armas que utilizó para su defensa, pero en la mitología se explica que tiene la vagina dentada, y su atuendo la complementa con víboras que hace las veces de brazalete. Se le atribuye la habilidad confundir al hombre haciéndose pasar por la esposa, la amante o la novia.

se celebró, los cohetes que anunciaban su fiesta con fuertes explosiones y las nutridas luces que iluminaron el cielo, por fortuna, no causaron mayor daño, y el fuego tomó el cauce de las cañadas. Aunque los habitantes de Ocotepec buscaron refugio temporal en otros lugares, la comunidad no fue destruida, no obstante estar situada a escasos 10 kilómetros en línea recta respecto al volcán. San Marcos había hecho valer su triunfo.

Se dice que el león alado que se encuentra en la fachada de la catedral de Tuxtla Gutiérrez está de vigía cuidando que la malvada *Pyogba Chu´we* no haga de las suyas.

SAN MIGUELITO Y LA CAJA PARLANTE

Un grupo de vecinos de las colonias Volcán y Esquipulas Guayabal, ante la amenaza latente de la erupción, consultaron a San Miguel Arcángel por medio de una caja parlante que manejaba don Patrocinio Sánchez, vecino de San Antonio Las Lomas, municipio de Ixtacomitán.[77] La consulta a San Miguelito debía hacerse los días jueves o viernes —por ser particularmente "calientes"—, además de llevar veladoras, flores y la limosna correspondiente, pudiendo ser ésta en especie o en efectivo. Don Patrocinio, en su papel de *medium*, serviría de interlocutor con el propio San Miguel Arcángel. El *medium* tocaría tres veces la caja con los nudillos de la mano y lanzaría una pregunta, por ejemplo: "¿Cuándo tronará el cerro y qué suerte correremos?". El manejador de la caja pondría las orejas pegadas al cofre para escuchar el mensaje y la información se la dictaría a su hijo, quien fungía de secretario.

Ante la interrogante planteada, San Miguel Arcángel, por mediación de la caja parlante, pronosticó que "a finales de marzo o a principios de abril de 1982 tronaría el cerro". Justamente, la primera erupción se produjo alrededor de las 21:00 horas del día 28 de marzo de 1982, tal como había vaticinado la caja parlante.

[77] Para mayor información al respecto véase: L. Reyes y S. Villasana, 1991: 98.

Pronóstico de la erupción

San Miguelito aconsejaba a sus seguidores vender sus pertenencias, abandonar el lugar e irse a vivir a la propiedad de don Patrocinio, quien les prestaría lotes para que construyeran sus viviendas, bajo ciertas condiciones, como prestar un día de trabajo gratuito al año en los cacaotales de don Patrocinio, un pago anual de mil pesos por jefe de familia por concepto de "contribución", hacer colectas para la fiesta de San Miguelito, solicitar ayuda al gobierno para introducir servicios de urbanización a los terrenos de don Patrocinio, etcétera.

El señor Félix Gómez, de 64 años de edad, originario de Carmen Tonapac, narró su experiencia de cómo hizo caso omiso del pronóstico de San Miguel Arcángel:

> No me acuerdo bien, pero mi papá me dijo que ya sabía que el volcán iba a reventar. Nos dijo: "Vendan sus animales, pues ya llegué a Ixtacomitán a consultar a San Miguelito".[78] Lo creyeron los sanmigueleños y vendieron sus animales. Nosotros no creímos, por eso no salimos pronto. Resultó cierto lo que San Miguelito dijo, pues anunció la fecha exacta del volcán. No, nosotros no creímos, pero mi papá sí. Vendió sus animalitos y salió con tres meses de anticipación.
>
> La verdad, yo no quise salir porque tenía sembrado yuca, camote, café y en potrero tenía mis animalitos. Si así nomás me voy, pues capaz me roban mis cosas, y me quedé, pero yo ya sabía que va a reventar el volcán, pero ¿a dónde voy? Si no tengo casa dónde llegar. La gente quería robar cuando las casas están cerradas, abandonadas. En el radio también escuchábamos que hay peligro de volcán. De todos modos no valía correr, pues el volcán iba a destruir toda la tierra, fueras a donde fueras, pues me quedé. Cuando empezó el mero problema no nos fuimos luego, pues fui a escarbar un pozo

[78] Se refiere a la caja parlante de San Miguel Arcángel, que se consultaba o consulta en San Antonio Las Lomas, Ixtacomitán. Para mayor información véase Reyes Gómez y Susana Villasana, 1991: 95-112.

para que tomaran agua mis animalitos, después abandonamos todo, así nada más.

Sí, sí sabíamos que iba haber erupción. San Miguelito lo dijo muy claro y además los animales lo presentían. Los caballos estaban intranquilos, los perros aullaban inquietos y las gallinas se iban a su nido muy temprano. Llegaron pájaros que no habíamos visto antes. La gente tenía miedo pues no sabíamos cómo era un volcán. Pero también la gente no quiere dejar sus bienes. Los que tienen su animalito no lo quieren dejar, sólo decían: "Si va hacer erupción, si revienta, pues ni modos, a salir". Empezamos a platicar cómo salir en caso de erupción. Si salíamos [desde Chapultenango] por Nicapa nos llevaría tres horas por camino de terracería, pero la carretera pasa muy cerca del volcán; lo mejor era salir caminando rumbo a Ixtacomitán y nos llevaría unas cinco horas, la ventaja era alejarnos cada vez del volcán a medida que avanzamos en el camino. Otros decían que nos fuéramos a esconder a Töötxychadöjk (Cueva del Murciélago), pero la gente que tenía compromiso de celebrar las fiestas de San Vicente Ferrer y la Semana Santa, definitivamente decía que no iban a salir, pues tenía que cumplir con las costumbre de la fiesta, y que ya tenía promesa de hacer la fiesta. Faltar a la palabra empeñada con el santo patrón sería visto como una falta de respeto muy grande. La costumbre son compromisos, se cumplen y ya.

La seña de que iba haber erupción ya estaba, porque había mucho temblor, era muy constante. La gente entonces puso estampas de la virgen de Guadalupe en sus casas para no sufrir daño.

Otros decían: "Si me voy a morir, que sea en mi tierra, no donde nadie me conoce. Aquí nací y aquí voy a morir algún día, total". Había un borrachito que gritaba: "Échame la tierra encima, de una vez". Los catequistas, por su parte, decían que solamente se cumplía la Palabra, que todo estaba escrito en la Biblia y que se avecina el Fin, y debíamos estar preparados.

Al parecer sólo tres familias hicieron caso al pronóstico de San Miguelito; posteriormente, 60 familias arribaron a San Antonio Las Lomas buscando refugio en las propiedades de don Patrocinio. Otros

más, al no poder abandonar su hogar o sus parcelas, perecieron calcinados bajo roca candente, ceniza y gases. Se registraron temperaturas superiores a 90 grados centígrados, a 10 centímetros de profundidad, a más de una semana de la primera fase eruptiva.[79]

Los tres casos antes vistos —sólo por mencionar algunos— reflejan el temor de los indígenas ante el evento telúrico y buscan refugio en pronósticos que culturalmente están avalados por el grupo, donde se muestran diversos mitos que tratan de dar una explicación racional, desde su perspectiva, de fenómenos que científicamente son de origen natural. Para los zoques son de origen sobrenatural, obedecen a la voluntad de Dios o de las deidades nativas.

Aunque parecería una actitud irracional, mucha gente se negó a abandonar sus hogares, principalmente los ancianos, quienes prefirieron morir en su pueblo. Esta actitud obedecía a varias razones: dejar el lugar y no limpiar de ceniza los techos era perder su vivienda; por otro lado, pensaban que sólo se consumaba un pasaje bíblico; otros más se quedaban a cumplir compromisos, como las mayordomías.

En Chapultenango, por ejemplo, cuando se empezaron a organizar los viajes en camioneta para evacuar la zona, el primero en abordarla fue un sacerdote católico que, presa del pánico, invitaba a los feligreses a iniciar el éxodo. Ante semejante actitud, al unísono obtuvo una respuesta contundente: "¡Hombre de poca fe!".[80] El discurso evangelizador utilizado por el clérigo no sólo fue neutralizado, sino puesta en evidencia su convicción religiosa. Las monjas, en cambio, se quedaron a brindar atención médica a la población, principalmente en partos que se habían adelantado.

Respecto a la visita que hizo *Pyogba Chu´we* a diversos pueblos antes de la fase eruptiva, cuento con el testimonio de doña Rosa, de

[79] J. Cochemé y A. Demant, 1983: 83.

[80] Comunicación personal de Rafael Alarcón L. No está por demás añadir que el clérigo perdió toda autoridad moral y lleno de vergüenza, llorando, con "el rabo entre las patas" abandonó el pueblo.

38 años de edad, originaria de Viejo Guadalupe Victoria, Chapultenango, quien me confió en forma por demás convencida:

> Mire, yo le voy a contar la verdad, no como andan diciendo por ahí que *Pyogba Chu´we* esto, que *Pyogba Chu´we* aquello. Como tres meses antes de hacer erupción el volcán Chichonal llegó *Pyogba Chu´we* a la Colonia Guadalupe Victoria, municipio de Chapultenango. Ahí vivía yo, tenía entonces como 15 años, y estaba soltera. Yo platiqué con ella y la visité casi por una semana. Vivía en casa de don Mauro, un rico del pueblo. La noticia corrió rápidamente en el pueblo.
>
> Al principio no sabíamos que era en verdad *Pyogba Chu´we*, pues es una señora como nosotras, de buen tanto, ni alta ni chaparra. Fue mucho después que nos dimos cuenta quién en verdad era esa mujer. Cuando le preguntamos: "¿Cómo es que es tu nombre?", ella respondía: "Mi nombre cambia según la hora del día".[81] Eso sí, viste con ropa como nosotras, aunque tiene joyas en cada uno de sus dedos de la mano, todas de oro. En ese entonces *Pyogba Chu´we* tendría unos 29 años, y es bellísima. Tiene una sonrisa que en zoque llamamos "*ne miu'xijku*".[82] Es de piel blanca, de cabellos güeros y el color de sus ojos era como el de los gatos, güeros también. Siempre invitaba a puros jóvenes, tanto hombres como mujeres, para que fuéramos a visitarla. No le teníamos miedo, por el contrario, nos decía que nos invitaba a su fiesta de cumpleaños. Decía: "Va a ser el 28, va a ser el 28", pero no decía de qué mes, y nosotras nos reíamos. *Pyogba Chu´we* es un poco tartamuda[83] y sólo habla español. La verdad no le entendíamos muy bien lo que quería decir,

[81] En la mitología zoque *Pyogba Chu´we* vive tres etapas etarias durante el día. Es decir, por las mañanas es niña y se le conoce como *Pyogba une*, "Niña que arde"; al mediodía es moza, y se hace llamar *Pyogba pabiñomo*, "Señorita que arde", y en la tardes es anciana, es entonces cuando se le conoce por el nombre genérico de *Pyogba Chu´we*, la "Señora que arde".

[82] Literalmente "sonrisa coqueta"; se atribuye a personas que tienen o forman hoyuelos en las mejillas al sonreír. Las embarazadas tienen como práctica soplar la olla del atole caliente para que se formen "caracoles" y sean transferidos en forma mágica al producto y tenga este distintivo de belleza.

[83] Se refiere a que hablaba con metáforas, o en voz de la informante, que "disfrazaba la palabra".

pues siempre hablaba diciendo una cosa, pero significaba otra. Por ejemplo, cuando iba a comprar cosas para darnos de comer decía: "Voló el pájaro" y hacía ademanes a la hora de hablar: "Voló el pájaro". Eso significaba "no tengo dinero", pero qué va ser, tan sólo se cruzaba de brazos y sacaba grandes fajos de billetes.

Pyogba Chu´we también buscaba novio, por eso invitada a puros jóvenes. Los jóvenes iban por las tardes a cantar con sus guitarras, se sentaban en una piedra grande y desde ahí le cantaban a la *Pyogba Chu´we*, y nosotras nos reíamos, pues también éramos solteras. Llegaban varios jóvenes, no le tenían miedo, por el contrario, coqueteaban. Cuando un joven pone su sombrero ladeado o viste pañuelo al cuello, quiere decir que anda enamorado.

Cuando decía "dame mi masa", era cal lo que pedía. *Pyogba Chu´we* hacía tortillas galanas de pura cal. Eso sí, para qué le voy a mentir, nunca vimos que comiera esas tortillas hechas de pura cal, el caso es que al otro día ya no había tortillas de cal, seguramente se las comía todas [otras personas, justamente de la Ribera Guadalupe Victoria, informaron: "*Pyogba Chu´we* regaló a un joven de la localidad un *pushcawa*[84] de tierra. *Pyogba Chu´we*, cuando hacía tortillas, se cocían en sus manos, no en el comal, y al lavarse las manos le escurría agua de cal en vez de "agua de tol", es decir, líquido blanquecino donde remojan las manos al manipular la masa. En zoque es conocido como *pyares*, término también referido al líquido amniótico].

Nadie en el pueblo le tenía miedo, pues era una señora como nosotras, no nos hacía daño y además era muy buena gente. Un día los señores dijeron: "Vamos a seguirla", y *Pyogba Chu´we* se fue al monte, pero qué va, no pudieron alcanzarla. Pero sus huellas iban rumbo al volcán, entonces dijeron: "¡Es *Pyogba Chu´we!*". Era señal de que el cerro estaba por reventar.

[84] Un puñado del algo, generalmente de alimentos no cocidos y envuelto en hojas de plantas, papel, plástico o servilleta. Suele usarse en carne no cocida, u otros alimentos tales como posol, pimienta, sal, queso, etcétera. El *pushcawa* de tierra la interpretaron algunos como "necesidad de buscar tierras" o "hambre".

Ahora sabemos que cuando decía "va a ser el 28", quería decir "el 28 de marzo", y su "fiesta de cumpleaños" quería decir "erupción". Si decía "voy a tocar tambor", debía entenderse como "explosión"

Pyogba Chu´we existe, yo la conocí, conviví con ella una semana, es buena persona y muy guapa. En zoque decimos *suñi* cuando algo es bonito o hermoso, pero cuando algo es mucho más que *suñi*, entonces decimos *sa´sabö* ["guapérrima", "excelsa"], y eso es exactamente *Pyogba Chu´we*.

Pyogba Chu´we es muy rica. Tiene joyas en cada dedo de las manos y de los pies. Hay que saber escucharla, pues cuando habla no dice directamente las cosas, sino, digamos, disfraza la palabra, y si no sabemos interpretar, nos confunde.

Mire, cuando dice "castillo" debemos entender por ello "fuego en el cielo", si habla de "víboras de fuego" son los rayos. Cuando dice "baile" es temblor, y así las cosas. La verdad tiene una forma de hablar que no se le entiende muy bien, hay que pensar qué es lo que quiere decir. Entiende muy bien zoque, pero no lo habla, sólo español habla para confundirnos. Es una señora muy elegante y he soñado que regresa, y espero que pronto venga, para saludarla. Varios jóvenes que buscaron enamorar a *Pyogba Chu´we* lo consiguieron, pues con la erupción se los llevó a vivir al volcán, donde viven felices, llenos de riquezas. Yo visité a *Pyogba Chu´we* por una semana. Es mi palabra.

El éxodo. Testimonios

Una ancianita que no quería dejar su pueblo
—y ante el temor de morir fuera de su comunidad—,
antes de subir al camión que la transportaría
tomó con su balde un poco de tierra para llevarla consigo.
El soldado le dijo: "¡Deja esa tierra, abuelita, que allá donde vas
va haber mucha tierra!", y se la tiró.
La viejita cayó fulminada por un paro cardíaco.

En este capítulo presento cinco testimonios que dan cuenta cómo la gente sufrió la crisis del Chichonal durante el proceso eruptivo violento, cómo abandonó sus lugares de origen y de las vicisitudes sufridas.

Es interesante saber que la gran mayoría de los testimonios fueron escritos por los directamente involucrados en el evento explosivo, yo sólo recogí los escritos y les di el orden que, a mi juicio, debían tener. Así, el primero de ellos, de Félix Gómez, narra la salida de su comunidad cuando aún era niño; el segundo trabajo, el de Alfonso Esteban, describe la vida de su pueblo antes del evento explosivo y la posterior pérdida de sus padres; el tercer trabajo corresponde a José Rueda Sánchez y describe, a manera de diario, su experiencia con el volcán. El cuarto trabajo es de César Silva; tuve acceso al documento gracias a una copia que me diera Antonio Alcocer, compañero de equipo de

salvamento del primero. Posteriormente César Silva autorizó su publicación. El quinto y último testimonio es de Antonio Alcocer, es una trascripción que hice de su experiencia cuando integró un equipo de salvamento por parte de trabajadores "de la INI" (Instituto Nacional Indigenista), en su participación en el Primer Encuentro de Migrantes Zoques Expulsados por el Volcán Chichonal, celebrado en el pueblo de Chapultenango, Chiapas, los días 4 y 5 de noviembre de 2005, y organizado por el Centro Coordinador Indigenista de Ixtacomitán, dependencia de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). Veamos, pues, cada uno de los testimonios.

"MI SALIDA DE CARMEN TONAPAC". FÉLIX GÓMEZ ARIAS

El señor Félix Gómez, de 38 años, oriundo de "viejo" Carmen Tonapac, me confió su testimonio en la comunidad de Chapultenango, Chiapas, el día 5 de noviembre de 2005. Su narración fue grabada, con su permiso, en audio *cassette*. Este es su testimonio:

> Era chico, tendría unos 10 años y ya estaba acostado. Me acuerdo muy bien que esa noche cenamos cafecito, plátanos y chayote hervido. Eran como a las siete de la noche. Ni en cuenta lo tomaba yo, de repente mi papá estaba acostado en una hamaca y me dijo: "No duermas mucho porque el volcán va a reventar ya", y zumbaba como el viento y se oía como si tocaran tambor; era el volcán. Comenzó con rayos y como a las ocho ya subió el fuego, mero en la punta empezó a tirar arena y con rayos. Empezó a gritar la gente. Los niños, las mujeres lloraban, gritaban y van por uno y otro lado. Unos corrieron a la iglesia y otros a la montaña, ya no se daban cuenta a dónde iban, por la noche no se sabe a dónde ir. La gente corría por todos lados. Los que tenían lámpara ya no sabían con tanto miedo a dónde ir. Había mucha arena. Yo lloré primero a escondidas, después, con mi mamá.
>
> Empezó el relampagueo. Se veía bonito, se mira la lumbre y se ve como castillo de distinto color, directo (cerca). No había duda, había comenzado la fiesta de *Pyogba Chu´we*. Empezaron a repicar campana y se reunió la gente y entraron a la iglesia; estaba llena y hasta los adventistas entraron a la iglesia hasta donde esta la imagen

[del Carmen]. "Recen, hermanos, ustedes que saben rezar", decían los católicos a los adventistas, pero los adventistas estaban temblando, y ya no se fueron a su templo. En la iglesia ya caía la ceniza, y la madera se cayó con todo techo, entonces se pasaron al curato. Era iglesia grande, y el curato se estaba construyendo. Ahí salió la gente y a mí me aplastaron. La gente vino encima de mí. La gente gritaba de tanto miedo.

Mi tío, quien era autoridad, dijo: "El único lugar seguro es la cárcel, porque es de material. Voy a sacar a los presos para que podamos entrar ahí". Primero no quisieron salir, estaban más seguros en "el bote", pero después ya no supimos más de ellos.

Del volcán salían como lengüetazos de fuego que corrían por las cañadas a gran velocidad y fuerza que quemaba todo a su paso. Los potreros, los cafetales, grandes árboles, todo quemaba y quedaban tirados de un sólo lado, formaditos. El suelo temblaba y se sacudía con mucha fuerza. Todos llorábamos, pues sabíamos que era el fin. La gente decía "*Pyogba Chu´we* está quemando su petróleo" y se oía cómo aventaba los cubetazos, chilloteaba como castillo. Las piedras calientes atravesaban con facilidad las láminas de las casas y bailoteban en el piso, hasta se veía bonito. Esto duró como una hora, hasta que poco a poco se fue calmando, aunque seguía cayendo arena bien caliente. La gente poco a poco salía de donde estaba escondida.

Cuando terminó la lluvia de piedras salimos a ver cómo habían quedado nuestras casas. Nos dio lástima ver nuestra casita destruida, la mitad había caído. Mi papá dijo que el peligro había pasado y que la levantaríamos de nuevo. Así nos quedamos dos días más tratando de arreglarla. Pero qué va, la gente de Vicente Guerrero llegaba a nuestra colonia a informar qué había sucedido y cómo habían sufrido. Gente quemada y varios muertos reportaron. Se nombró una comisión para pedir ayuda a Chapu. Mi tío formó parte de la comisión, pero las noticias eran malas. Más gente llegaba huyendo de sus colonias; buscaron refugio algunos en Ocotepec, otros en Chapu. Las cosas se complicaron, pues los potreros se incendiaron, los cafetales se quemaron, el agua se hizo lodo y la comida empezó a escasear. La gente se volvía loca y no sabía qué hacer. Ni modo, a salir a buscar ayuda. Mi papá no

quería salir, pues tenía algunos animalitos que cuidar. Les hizo un pozo para que tomaran agua y nos fuimos. No había comida para los animales, todo el zacatal estaba quemado. En la primera erupción murieron, nada más en Carmen Tonapac, 80 pollos y 30 pavos. Animales grandes, como caballos, burros, cochinos, fueron muertos, no sé cuántos, por grandes piedras, quemados, y tenían la nariz tapada de tanto polvo. Se inflaron. Daba tristeza ver nuestros animales muertos, con las patas estiradas. La segunda erupción causó más daños aún; por ejemplo, el camino que llevaba al panteón quedó pelón. Todo se quemó, eran como cuatro kilómetros. Era como si la lumbre hubiera abierto camino con mucha fuerza. Entonces mi abuelo dijo: "*Jibiöbö ti yö*" ["es mal augurio"]. Los árboles estaban tirados bien formaditos hacia un sólo lado. Mi papá tenía en el potrero 10 árboles enormes de chipilcoite [*Diphysa robiniodes*];[85] todos fueron arrancados de raíz y hechos cenizas. Ahí nos dimos cuenta qué fuerza tiene el volcán, y nos asustamos más. No había duda, teníamos que salir urgentemente.

La gente venía de San Pedro Yaspac, de Guadalupe Victoria, venían ensangrados porque la piedra los lastimó. Mi casa tenía techo de lámina de cartón y pues no aguantó nada. Mis pavos y gallinas se murieron todos. Al otro día salí con mis papás a las cinco de la mañana y dejé maíz en costal tirado. Nos dio lástima. Antes de salir de Carmen Tonapac mi papá le habló al volcán y le dijo algo así: "*Üjtsi' ji' nüj ne' magdyo'u, pero ne´majkpü'yaju´tsi. Yü´ki pü'naaju'tsi', yü'ki ye´ngbujtu'tsi', yü'ki ne´sutu'tsi ka'ü. Ne´m maku'küjtsi umi ngomü'yü ke maka´tsi' mij a'mwiru'i1 porke maka'tsi' wiru'i. Y maka'küj mij ijswiru'i' wü'kte jana'müj wiru'ü nijujche*" ["Yo no quiero irme, pero me corres. Aquí nací, aquí crecí, aquí quiero morir. Cuando me vaya ni creas que voy a voltear a verte, porque regreso, y cuando vuelva a verte será para no regresar más"], y luego rezó en silencio. Mi mamá lloró. Yo quería hacerme el fuerte, pero qué va, también lloré. Por otro lado, estaba contento, pues no conocía más allá de Chapu y quería conocer, total, y así salimos varias familias.

[85] Martínez, 1987: 298.

Tomamos lo más necesario, como un poco de comida, dinero y ropa. Mi papá dijo: "Pase lo que pase no volteen la mirada hacia atrás, pues el cerro los va a jalar. Caminen con la mirada hacia adelante". Qué bueno que salimos de Carmen Tonapac, pues a la mitad del camino empezó lo bueno. Hizo gran tronadero el cerro y se sacudía con fuerza la tierra. Relámpagos aquí y relámpagos allá que iluminaban nuestro camino. Ya sabíamos qué seguía. La gente gritaba: "¡Tapen sus cabezas, tapen sus cabezas!". Yo me paré debajo de un gran árbol que tenía pocas ramas y empezó a llover piedras y más piedras y arena y ceniza calientes. Todos lloramos; éramos muchos paisanos que salíamos del pueblo.

Las señoras embarazadas pedían ayuda y nadie las ayudaba, pues apenas podíamos nosotros mismos escondernos. A otros enfermos los dejaban tirados. Muchos niños estaban perdidos o sus papás habían muerto. Era como de noche, pero era el mediodía. Así sufrimos y conocimos lo que es el miedo grande. Era difícil caminar en la lluvia de piedras. Ni modo. Entre nosotros venía un anciano al que ya le fallaba la vista y no podía caminar bien. Dicen que traía cargando un costalito con bastante dinero, pero le cayó una piedra en la cabeza y tiró el costal. Como era todo oscuro no podía encontrarlo. En eso estaba buscando dónde había caído, cuando le cayó otra piedra en la cabeza y no se movió más. Se quedó muerto; nadie lo enterró.

Llegamos a Chapultenango y salimos a Ixtacomitán a pie, cargando mi maleta. Tenía dos hermanos gemelos de año y medio (un hombre y una mujer). Una de ellas se murió. Mi papá cargaba a mi hermanita y mi mamá a mi otro hermano. A mi hermanita le cayó una piedra y murió. La verdad es que no nos dimos cuenta a qué horas murió, el caso es que a las dos horas de estar caminando en la oscuridad mi papá dijo: "Ya se durmió la pichi", pero qué va, estaba muerta. En la subida de Movac, después de cruzar el río que está antes de Chapu, mi papá hizo un hoyo en la arena y ahí la dejó. Mi papá dijo: "¿Por qué no me morí yo?". Lloramos de miedo, de coraje, de tristeza, de desesperación. Todos lloramos y rezamos. Se hacía muy difícil respirar y los ojos ardían. La sed, el hambre y el cansancio aumentaban. El camino era difícil, pues la arena era resbaladiza. Aunque era de día no

se veía nada. Caminábamos como adivinando el camino o seguíamos a otros que conocían cómo y dónde era el camino, ahora tapado de tanta arena, grava y cenizas candentes.

No éramos los únicos, en el camino quedaron muchos. Entonces decidimos caminar bajo los árboles para protegernos de la lluvia de piedras, pero tampoco se veía bien, pues, aunque había amanecido, parecía de noche. En el camino las mujeres embarazadas ya no podían, y se quedaban. No sé qué pasó con ellas. Los enfermos decían "ayúdame", pero qué va, nadie los ayudaba, pues apenas podíamos nosotros. Mucha gente dejaba sus maletas en el camino, ¡quién les iba a hacer caso! El camino ya no se conocía, la gente ya no se conocía. Los pozos de agua estaban tapados o el agua hecho lodo. Teníamos hambre, cansancio y sed. Los pies estaban lastimados, quemados.

Con tanta arena ya no se conocía quiénes eran compañeros. No se veía si teníamos pestañas. No había agua para tomar, todos los arroyos estaban sellados de tanta arena. El camino no se veía y sólo con la mente íbamos a Chapultenango. Nos guiábamos por los cerros y por los arroyos. Mi papá dijo: "Aquí hay agua", escarbó y encontró agua sucia, y esa tomamos. Llegamos a Chapultenango como al mediodía y toda la gente está huyendo. Mi pie se peló. Yo estaba todo tiznado de la cara, y nos reímos.

En Chapultenango la gente estaba muy asustada, venía gente de muchos lugares que yo no conocía. De hecho, el lugar más lejano que conocía era Chapultenango. No sabía qué había más allá de Chapu. Mi papá se encontró con un enemigo en Chapu que peleaban tierras, tenían 15 años peleando, pero ahora nadie tenía tierras, ni uno ni otro. Todos estábamos iguales, quien ganó fue el volcán, dijo mi papá.

Todos escuchábamos radio y sabíamos que el presidente de Francisco León, Rodimirio Ramírez, quedó preso en la cárcel, pues quiso escapar así nomás, y que lo agarran los paisanos. No sabíamos de los demás paisanos, pues algunos caminaron hacia Ocotepec y a Blanca Rosa, municipio de Tapalapa. En Chapultenango mi papá tenía un compadre y ahí nos alojamos para descansar. Comimos, y

mientras descansamos, el compadre de mi papá contó cosas que me daban mucho miedo.

Dijo que unos señores que venían de Guadalupe Victoria (pueblo vecino de Carmen Tonapac), en la montaña, camino a Chapultenango, habían encontrado una casa nuevecita hecha de madera y cercada con "cuero de capulín" [¿*Pseudocalymma alliaceum*?],[86] árbol muy apreciado en la región. En el patio había muchas aves de corral y cantidad de guineo (plátano) maduro, pero que entre la arena se dibujaban enormes huellas del Gigante[87] y huellas de "tigre". La casa del Gigante no había sufrido ningún daño, tampoco sus animales, pero si nos veía, podía matarnos.

Ahí creí que en realidad sí existe el Gigante, mis paisanos vieron sus huellas. A mí me dio mucho miedo, pues teníamos que seguir el camino rumbo a Ixtacomitán, y teníamos que atravesar más montañas.

Al otro día, por la madrugada, tomamos el camino que nos llevaba a Ixtacomitán. Caminamos 11 horas. Sufrimos en el camino. No se podía respirar bien de tanto polvo. Era triste ver los animales muertos, como las vacas y los toros, otros más andaban sin poder encontrar comida, pues todo el pasto estaba lleno de arena. Las mujeres rezaban y pedían que les ayudaran con sus hijos; nadie les ayudaba. Teníamos mucha hambre y sed. Yo quería llegar a donde le dicen Ixtacomitán, pues no conocía.

Pasamos el río de Chapu y subimos hasta la desviación que va a Río Negro. Cuando llegamos a un lugar conocido como Escobillal, la gente decía "ya pasó el peligro del volcán", pero qué va, apenas estaba comenzando la fiesta grande. De pronto se oyó una fuerte explosión y la tierra se sacudió con fuerza que nos tiró. Empezaron los rayos a iluminar con mucha fuerza y el viento zumbaba como trompo hasta que nos quedamos sordos. Sólo veía, entre la luz de los rayos, que la gente corría hacia los pocos árboles y yo hice lo mismo,

[86] Martínez, 1987: 247.

[87] Se refiere a *Mönganan* (hombre-rayo), que vive en las montañas. Suele abusar de mujeres solitarias. Es dueño de las colmenas, para derribar enormes árboles usa un hacha de plata y tiene su bule de oro. Hay una danza tradicional en honor al Gigante.

pero corrí hacia mi mamá que me cubrió con su cuerpo. Ya sabíamos lo que seguía: lluvia de piedras calientes que golpeaban con mucha fuerza y quemaban el cuerpo. Como una hora duró la lluvia de piedras y ceniza. El temblor se fue haciendo menos intenso hasta que desapareció. Poco a poco fuimos saliendo de nuestro escondite. La gente no dejaba de rezar y llorar. Tan pronto como terminó la lluvia de piedras reiniciamos la marcha.

El camino ya no se conocía, los árboles estaban tirados. La arena no dejaba caminar bien y se cansaba uno mucho. Llegamos a donde le dicen Ixtacomitán como a las tres de la tarde, pero parecía de noche. Allá el ejército me dio agua para mi cara y unas gotas para mis ojos, pero antes pasamos al río que está antes de llegar a Ixtacomitán a lavarnos. Es río grande. Montonal de gente estaba en el río lavándose, y decían "ya ahí nomás está Ixtacomitán" y eso me daba alegría, pues estaba muy cansado.

Estuvimos como tres días donde nos daban comida y después nos subieron a un camión hasta Villa [hermosa]. En el camión, donde iban puras mujeres, cuando pasamos donde hay torres de petróleo, empezaron a llorar: "¡Aquí también hay volcán!", decían. Como no conocíamos, pues también me asusté. Otras señoras decían: "El gobierno nos quiere matar, por eso nos han separado a las mujeres para tiranos al mar", y lloraban más. El camino a Villa es pura planada, pero primero pasamos donde le dicen Pichucalco. Calorón todo el camino.

Pero no fue así, no nos querían matar. Cuando llegamos en Tabasco conocimos a una familia que nos atendió muy bien. La señora se llamaba Yolanda, me acuerdo muy bien. En su casa me daba de comer y me vestía de catrín.[88] Ahí aprendí español. La señora Yolanda quería que me quedara como su hijo, pero nos fuimos a vivir al estado de Campeche, donde nos dieron tierras para trabajar. Doña Yolanda le decía a mi mamá: "Déjame a tu hijo", pero mi mamá me agarró fuerte

[88] Le compraron ropa nueva y calzado y era tratado como hijo de familia. Ayudaba en lo quehaceres del hogar.

del brazo y le dijo en zoque a la señora: "*Tumö jöyö n´une, tumö npajk, tumö nö´bin; tumö ndöwöy, ndsokoy*" [literalmente: "Es mi único varón, carne de mi carne, hueso de mi hueso; lo que más quiero, mi corazón"], y se quedaron tristes. La gente de Tabasco es muy alegre y muy buena gente. El volcán nos sacó para conocer otras maravillas que hay en la Tierra.

En Tabasco escuchamos noticias del volcán, que Francisco León había desaparecido. Carmen Tonapac estaba cerca de Francisco León, así que pensamos que también nuestro pueblo no existía más. Mi papá quería regresar para ver cómo estaba nuestra casa y nuestros animales, pero era peligro el volcán. Así sufrimos, así pasamos nuestra vida. Ahora sé cómo es el volcán, pues desaparece pueblos completos y desaparece gente. Mi hermanita tendría ahora 25 años. ¡Lástima!

La historia del volcán Chichonal. Alfonso Esteban Álvarez

Tuve la oportunidad de conocer a Alfonso Esteban Álvarez e1 27 de febrero de 1992, durante una estadía de trabajo de campo en la localidad Nuevo Francisco León, municipio de Ocosingo; un asentamiento zoque de reubicados en la Selva Lacandona a consecuencia de la erupción del volcán Chichonal.

Ya hacía 11 años que el Chichonal lo había dejado prácticamente a la deriva, pues tuvo la desgracia de perder a sus padres durante la catástrofe, cuando tenía tan sólo 12 años de edad. Alfonso Esteban narró, a tirabuzón, cómo perdió a sus padres. El hecho de recordar los difíciles días que pasó le mortificaba, se resistía a hacerlo, prefiriendo guardar silencios prolongados...

Alfonso se encontraba en Tapalapa, Chiapas, ubicada a 10 kilómetros del Chichonal, donde estudiaba el sexto año de primaria. El domingo 28 de marzo de 1982 por la noche llegaban de diversas comunidades, huyendo a pie a Tapalapa; buscó en vano a sus padres, tenía la esperanza de que hubieran huido a otras comunidades, pero diversas fuentes le indicaban que sus padres se habían quedado en Ribera Candelaria a resguardar la pequeña Ermita, según algunos, ya que tenían "cargo" (mayordomía); otros decían que a cuidar las pocas pertenencias que poseían, pues pensaban que el volcán ya no haría

más erupción y que el peligro mayor había pasado. Después de dos semanas, un grupo de vecinos fue a ver lo que quedaba de la Ribera Candelaria y el espectáculo era dantesco, y es justamente lo que Alfonso quisiera olvidar; sus padres calcinados e irreconocibles. Por eso, cuando le pedí que escribiera la historia de cómo su pueblo huyó del volcán, lo hizo omitiendo la muerte de sus familiares.

El siguiente escrito es el testimonio del señor Esteban Álvarez, lo presento lo más apegado posible al manuscrito que me confió, salvo algunas pequeñas correcciones que me autorizó hacer después de una lectura en conjunto, a fin de hacerlo más entendible, pero en general se respetó su estilo de redacción. Pasemos, pues, a conocer su interesante versión.

> Enero del presente año (1982) pasaba un poco de temblor, y los siguientes meses se sentía más seguido; el volcán dio un tiempo de tres meses (antes de hacer erupción). En el mes de marzo se sentían a cada ratito los temblores.
>
> Al principio, cuando se empezó a mover la tierra, toda la gente del pueblo no sabía por qué se movía, ya que en el mes de febrero empezaron a anunciar en la radio que la gente del pueblo tuviera precaución, pues el volcán estaba activo; y se esperaba una erupción de tipo violento, lo que representaba un peligro para la comunidad, pero la gente hacía caso omiso de las indicaciones de la radio, diciendo que eran mentiras, que no era cierto; otras personas, en cambio, sí tenían miedo, no querían morir. Algunos más se burlaban de los que tenían miedo; otros, en cambio, no hacían caso de lo que estaba pasando.
>
> Trabajaban contentos en su hacienda, y los catequistas decían que "oren todos los días", y las demás personas no creían en las noticias que seguían pasando, donde comunicaban que en el mes de marzo va haber peligro con el volcán.
>
> Pocas personas querían salir a la ciudad e ir a Tuxtla Gutiérrez o Mérida, Yucatán, que son lugares lejanos del volcán, y los familiares no querían que salieran porque muchas personas decían que el volcán es el más grande de todo el mundo, que no había ningún cerro como ese volcán, que si explotaba iba acabar con todo el mundo,

que aunque salieran del lugar tenían que morir. Se anunció el fin del mundo.

Por eso la gente no quería salir, porque iban a morir, mejor que se mueran en su casa, porque ya tenía muchos años que se había quemado ese cerro y se veía el fuego que ardía y apestaba mucho a azufre. Y nada más se había quemado y quedó bien pelón. Hacía 18 años que se había quemado y echaba mucho humo en la mañana, pero no nos dábamos cuenta de lo que iba a suceder.

Hasta que un domingo, 28 de marzo de 1982, como a las cuatro de la tarde llovió muy fuerte, y empezaron a platicar los jóvenes en la escuela que va haber peligro con el volcán; otros decían que no querían morir porque son jóvenes, y algunos no han hecho la obra espiritual y material, como Dios quiere. Salieron de la escuela y fueron al monumento (a la bandera) a platicar porque el tiempo estaba claro: había estrellas y luna.

Como a las siete de la noche empezó el ruido. Pensaban que era un helicóptero que venía, pero no se veía nada, porque el cerro se divisaba bien en una comunidad llamada Ribera Candelaria, municipio de Francisco León. Tardó como media ahora cuando empezó más fuerte el ruido, y más fuerte cada vez. Se oía como agua que está hirviendo en el fuego, cuando de repente ¡explotó el cerro! y vimos fuego que subió, y de ahí empezó a formar una nube como una pelota, como un hongo, hasta que se cerró completamente el cielo y se puso oscuro y empezó a llover puro lodo con azufre, y la gente que pudo salir de sus casas se fue a la iglesia, porque en esa comunidad eran católicos, no había otra secta religiosa.

En esa comunidad había muchos catequistas. Hombres y mujeres hacían domingo bíblico cada semana, y la casa de reunión se llenaba y también había un programa de alcohólicos anónimos donde participaban hombres y mujeres, chicos y grandes. Hacía tres días que había pasado el programa de alcohólicos anónimos; participaron diferentes comunidades y diferentes municipios y sus alrededores. Esta historia es de la comunidad Ribera Candelaria, y en esa ribera y en el municipio había mucha organización, por ejemplo, las catequistas se turnaban diariamente para dirigir el Misterio. Antes de comenzar la

oración, los niños tenían que estar sentados en orden, de acuerdo con las indicaciones, para que los vigilen y no estén jugando y para que canten todos los niños y se acostumbren a cantar y a rezar.

La oración era diario, cinco veces al día: a las 4:00 horas, hombres; a las 9:00, mujeres; a las 12:00, mujeres; a las 13:00, mujeres, y a las 16:00, hombres y mujeres.

El fin de semana, domingo bíblico, doctrina, programa de alcohólicos anónimos. Las catequistas algunas veces iban a tomar cursos a la ciudad de Mérida, Yucatán, o en retiro espiritual a diferentes comunidades. También en la ciudad de Pichucalco, en la parroquia, llegaban a recibir curso de catequistas, y cuando regresaban a la comunidad hacían la reunión primero con las catequistas y después con la comunidad o el pueblo. Había además caja popular (ahorro, préstamos) y organización para la limpieza de la comunidad.

Había dos señoras, ancianas ellas, que vigilaban a las personas, que nadie se quede en la entrada del templo, cada persona que llegaba la acomodaban en lugar vacío, para que así vayan en orden y la gente se acostumbre a ocupar su lugar.

Ese día (28 de marzo de 1982) empezaron a rezar y la tormenta estaba fuerte; llovía grava y piedras con fuego, de manera tal que no se podía salir, pues la arena llovía en abundancia, además de que los rayos y relámpagos partían las piedras que arrojaba el cerro. Empezó a zumbar el volcán, se sentía como que se va hundir la tierra, llegó un momento en que no se oía nada, pues tanto ruido nos volvió sordos; otros lloraban por sus pecados. Yo lloré, pues un miedo que no podía controlar se apoderó de mí.

Eso sí, a la hora de la hora, los que no acostumbraban mucho entrar a la iglesia, cuando hubo peligro fueron los primeros en entrar.

El techo de la iglesia ya no aguantó el *pesor* de la arena. Cayeron piedras, cruzaron la lámina; cuando cayó el relámpago muy fuerte, la gente quedó sorda y al momento cayeron los techos de las casas y la gente quedó aplastada adentro de la iglesia, y las vigas estaban bien amarradas con alambrón, porque adentro de la iglesia estaba llena de bancas; abajo de las bancas se quedó la gente, y en ese momento murieron dos niñas, y ahí mismo las enterraron

con la arena, una de tres años, la otra de seis, quedaron aplastadas con las vigas de la casa. Toda la gente pensó que se habían muerto, porque no había lugar por donde salir; quedaron bien aplastadas las bancas y la gente estaba debajo, y en ese momento no se oía nada por tanto ruido.

Todo era confusión en ese momento cuando estaba fuerte el relámpago y llovían muchas piedras calientes y con fuego. No se podía salir al patio para ver llover piedras, grava, arena. Sólo había mucha humazón, y en ese momento hubo mucho calor, hasta se sentía uno ya sordo.

Cuando se cayó el techo de la iglesia estuvo la gente ahí aplastada como dos horas, ya después empezó a salir uno por uno con muchísimo miedo, y fueron a la otra casa que llamamos salón, donde se hacían las reuniones de los adoradores; al momento vieron que la casa o salón ya se iba a caer; volvieron a salir, y en ese momento salieron muchos heridos, otros golpeados, quebrados, porque estaba fuerte la tormenta, y al siguiente día mucha gente resultó quemada, porque las piedras llovían con fuego.

Y al siguiente día (29 de marzo) llegaron los médicos de la Cruz Roja a recoger a los que estaban heridos y los llevaron a la ciudad de Pichucalco, porque nos quedaba cerca; otros médicos entraron a las comunidades rurales a curar gente y a dar primeros auxilios.

Algunos salieron con su familia de su comunidad y agarraron diferentes lugares: bien por el rumbo de Ostuacán, unos, y otros más a San José Maspac. Tardaron de tres a cuatro días en ese lugar porque el peligro seguía. La gente que se había quedado en la comunidad de San José todos los días se iba a ver a sus animales, y algunos que se habían quedado le exigían a sus familiares que salieran porque el peligro va seguir, y los que habían quedado no lo creían y se burlaban de ellos, que son miedosos porque no quieren morir, porque no aman a Dios, porque ellos (los que se quedaron) están con Dios, decían que la Sagrada Escritura dice el que no se acerca ahora a la palabra de Dios…, son ellos los primeros que van a tener miedo a la hora del fin del mundo, y algunos los conversaban (convencían) y volvieron a regresar, y otros volvieron a salir el día 2 de abril, y los

que no salieron era por motivo que no querían dejar sus casas y sus animales, sus haciendas.

E1 día 3 de abril los que estaban en San José Maspac volvieron a su casa para ver a sus animales y a sus familiares, pero ya no pudieron entrar porque había pura ceniza, pero con fuego. No se podía entrar, y las personas que no habían salido ahí se murieron; en ese momento regresaron a San José, a dar aviso a los demás compañeros, y en ese momento empezaron a llorar las personas porque sentían algo en el corazón, y las gentes que habían escapado se salieron en ese momento con rumbo a Tecpatán, Chiapas, y ahí se quedaron. A1 día siguiente el gobierno de Juan Sabines nos mandó vehículos a Tecpatán para recoger a los damnificados de Francisco León y nos llevó a Copainalá, y otros a la capital, Tuxtla Gutiérrez, en la feria La Chacona.

El peligro que hubo fue el 3 de abril. E1 día 4 del mismo mes el gobierno del estado mandó al ejército a cuidar la zona, área peligrosa, para que la gente no vaya a ver a sus familiares muertos, ya que todas las personas querían entrar a ver a sus familiares y se encontraban muy tristes, pero esa zona era un área de puro fuego, porque la arena era doble a los ochos días y ya se podía entrar porque no había fuego.

Tiempo después, cuando llegamos donde estaba la familia, encontramos puros cadáveres revueltos con los huesos de los animales (como caballo, ganado, *cuchis* [marranos], etcétera); sentimos una tristeza que nos pusimos a llorar de lástima por los compañeros, y en esa zona donde pasó el fuego todo quedó liso y pelón, ya no se veía nada parado, ni casas, ya no se parecía el lugar; quedó como si fuera que habían tirado el piso y se veía cerca la iglesia de la comunidad Ribera Candelaria, nada más aparecía la torre y un tubo de fierro que sujetaba la campana y la virgen, nuestra patrona, que era la virgen de la Candelaria, que la celebraban del 1° al 2 de febrero.

La virgen estaba tirada en el suelo y la cortaron con machete en el pecho y en el hombro; la recogimos y la trajimos donde estamos ubicados actualmente, en el poblado de Nuevo Francisco León, municipio de Ocosingo, y de ahí la llevamos a otro ejido, La Nueva Unión,

zona Marqués de Comillas (cuando en 1985, un grupo de 223 ejidatarios solicitó dotación de tierras, formaron dos pequeñas secciones, primera y segunda).

Esa es la historia del volcán Chichonal, cuando vivimos esa desgracia en el año de 1982. A veces sueño que estoy allá, y cuando despierto me cuesta trabajo aceptar la realidad.

En el Viejo Chichonal los ejidatarios cultivaban diversos productos, principalmente maíz, frijol, cacao, café, pimienta y arroz. También se dedicaban a la ganadería y tenían árboles frutales, como zapote, chinini, cacahuate, cacaté, aguacate, naranja, limón, toronja, mandarina, cahetón, guanábana, plátano macho y cuadrado; cultivábamos también yuca, chayote, camote, tomate, malanga y calabaza. En ese lugar el día lo pasamos tranquilos, porque no nos hacía falta nada; cualquier cosa que queríamos comer la teníamos y no sufríamos así la carga en la espalda, porque teníamos caballos y éramos ganaderos.

[En las noches no podía dormir con la luz apagada, pues empezaba a recordar como encontré a mis papás muertos. Cuando lo tomé del brazo, me quedé con su brazo en mi mano, se le zafó del cuerpo. Lo mismo sucedía con los animales, se cocieron como barbacoa. Las narices estaban totalmente tapadas de tanto polvo y los cuerpos se hicieron chiquitos y explotaron sus cuerpos… Después de enterrar a nuestros muertos abandonamos Ribera Candelaria sin volver la vista atrás y sin hablar. Nos formamos por edades, adelante caminaba el más anciano. Él indicaría hasta cuándo podríamos voltear, y sólo lo hicimos hasta después de bañarnos en el río Grande, de Vicente Guerrero. Allá quedaron nuestros recuerdos].

Testimonio de un sobreviviente de la erupción del volcán Chichonal. José Rueda Sánchez

José Rueda Sánchez nació e1 18 de septiembre de 1937 en Vicente Guerrero, municipio de Francisco León. Al momento de la erupción del volcán Chichonal contaba con 44 años de edad; su familia estaba conformada por su esposa, Lucía Altunar Altunar, cuatro hijos que vivían en la comunidad y dos más en la ciudad de Villahermosa, Tabasco.

Este testimonio es importante, ya que las experiencias de nuestros personaje en diversos momentos de las actividades explosivas del volcán contradicen, al menos en el caso del Chichonal, la idea de que la población migró no sólo en forma masiva, sino que el proceso migratorio se dio en forma mecánica, a manera de estímulo-respuesta, es decir, que la gente huía inmediatamente de la actividad explosiva. En realidad no sucedió así; mucha gente se negó a salir y prefirió morir en su aldea.

Fue tal el sufrimiento de Rueda Sánchez al no abandonar la comunidad, que reconstruyó en forma escrita, a manera de diario, sus vivencias y su lucha por sobrevivir a la catástrofe natural; su información nos permite conocer la suerte que corrieron, no sólo él, sino muchos otros pobladores.

Este trabajo se presenta lo más apegado posible al manuscrito; sin embargo, el informante amplió con su narración el escrito original, por lo que a lo largo del texto se encontrarán comentarios entre corchetes que pretenden enriquecer sus vivencias.

Don José escribió y narró con lágrimas en los ojos, y con una mezcla de coraje e impotencia, lo que sufrió durante esos largos y penosos 18 días. A continuación su testimonio.

> Yo, José Rueda Sánchez, les voy a contar una historia del volcán Chichonal. Les advierto que no es cuento, yo lo viví.
>
> El día sábado 20 de marzo de 1982 fui a la Colonia Volcán Chichonal, del municipio de Chapultenango, a comprar maíz. Al llegar a la colonia encontré una mujer y una muchacha que estaban lavando en la tubería; al mirarme de lejos, me dice una:
>
> —Oye, señor, ¿de dónde vienes?
>
> —Pues yo vengo de la Colonia Vicente Guerrero, del municipio de Francisco León.
>
> Y me dice pronto la señora con fuerte voz:
>
> —Oye, señor, ¿ustedes ya saben que el volcán ya está para reventar? Porque vino un señor científico, él vino a avisar a la gente de esta colonia para que salga ya, porque para el 28 de este mes va a ser la primera erupción del volcán.
>
> Y yo le contesté:

—Pero nosotros no tenemos cuenta [no tenemos preocupación] del volcán, por el contrario, nos estamos preparando para la fiesta del 5 de abril, del patrón San Vicente Ferrer.

Dice la señora:

—Si es así, a ver si nos compran puercos, pollos, pato, pavo, gallina; cuestión de animales grandes, como vacas, becerros. Están de venta para poder pagar el pasaje, ya para que nos vayamos al otro rumbo, porque muchos compañeros ya están preparados para salir.

Y yo le dije:

—Pues yo no vine dispuesto a comprar cosas, animales, pero les voy a avisar a mis compañeros —y compré mi poquito de maíz.

Regresé a la Colonia Guerrero y por la tarde les conté a mis compañeros de Guerrero, y no creen tampoco del volcán.

Cuando el día domingo 28 de marzo me cuenta también el señor Pablo Juárez que fue a Francisco León y que encontró un señor del pueblo que se llama Amancio Febrero, que es un comerciante de Francisco León, quien le dijo:

—Oye, Pablo, ¿la gente de Guerrero no se está saliendo a ninguna parte?, porque el volcán ya está para reventar hoy en la noche.

—Sí, lo cuentan mucho, pero nosotros no le tenemos miedo al volcán —y le dijo el señor Amancio:

—Si quieren algo, cosas de mercancías, les voy a dar fiado arroz, azúcar, maseca (marca de harina de maíz), frijol, maíz, harina, cosas comestibles para la fiesta del 5 de abril, avísale a tus compañeros.

Pablo les vino a avisar a los demás compañeros de Guerrero y dijeron que mañana nos vamos a Francisco León.

Y cuando el domingo 28 de marzo, como a las nueve de la noche, oigo que gritaba la gente: "¡Ya el volcán está reventando!", y pasaba la gente gritando atrás de mi casa que se iba a ver el volcán donde se revisa [divisa], y me salgo de mi casa y me voy también a revisar pronto, y es que estaba ardiendo como castillo, tronaba como bombas y cohetes, echaban humos negros, humos rojos, y la tierra se sacudía. Dentro de un momento se empiezan a caer las piedras y gravas, y mis compañeros algunos querían salir huyendo, que se iban a Ocotepec, algunos más para Campeche [ribera de Francisco León]

y otros regresaban en el camino, y otros tantos se iban a la iglesia a hacer la oración.

Yo con mi familia me cambié a la otra casa nueva de lámina de zinc, porque tenía siete días de que se alivió mi esposa y tres personas que estaban enfermas de sarampión, mis hijos con calentura [además del recién nacido], y dentro de un momento empezaron a caer más piedras y grava y arena, yo me fui también a la iglesia unos momentos y toda la gente estaba llorando por tanto miedo, porque pensaban que era el fin, y dentro de dos o tres horas empezamos a bajar la arena del techo de las casas para que no se caigan las casas por tanto peso de mucha arena, y además de eso volvió a caer más y más ceniza candente. Así pasamos la noche.

Lunes 29. La mañana amaneció muy triste, como muy nublado y amarillo, también los arroyos estaban muy amarillos, y como a las 9:10 de la mañana [tenía reloj de pulso] me fui al campo a ver mis animales, que eran una vaca con cría y una bestia; los encontré muy tristes, pobres animalitos, bien bañados de pura ceniza, y la pastura gigantales toda tapada de pura ceniza, y el aguaje donde toman los animales bien turbio y espeso de pura ceniza, ni para tomar agua o comer la pastura, no se podía, se iban que por acá y por allá y no encontraban nada qué comer.

[Martes 30 y miércoles 31 de marzo. No hay registro de estos días, pero la comunidad se organiza para solicitar ayuda del exterior; muchos salen a buscar refugio a comunidades vecinas, otros más son comisionados para resguardar la iglesia y celebrar la novena al santo patrón].

Jueves 1 de abril. Salió la comisión [integrada por ocho personas que el pueblo había elegido] para ir a Pichucalco a reportar cómo quedamos, y pasando por el municipio de Chapultenango encontraron al sacerdote que trabajaba en la zona, quien les preguntó para qué iban y les dijo "no se vayan porque la erupción del volcán va a ser más fuerte para el día siguiente", y entonces regresaron para atrás. Llegaron como a las cuatro de la tarde de vuelta a decir todo lo que dijo el sacerdote.

Avisaron a la gente de Guerrero, quienes salieron al mismo tiempo en la tarde entrando la noche, y todos salieron para caminar como

ocho leguas (32 kilómetros, aproximadamente) a pie para llegar a Ocotepec. Algunos quedaron a medio camino por no tener lámpara, en tanto que otras mujeres se aliviaron a media montaña.

Yo me quedé con mi familia [en Vicente Guerrero], porque estaba de siete día de alivio mi esposa y tres de mis hijos enfermos de calentura y sarampión [más el bebé recién nacido]. Por ese motivo no pude salir de mi colonia, en vez de cargar a mi esposa, y tengo tres enfermos, de ninguna manera, no puedo salir, y me cambié a otra casa de material y me vieron que me quedé y quedaron [para ayudar a mi esposa en sus quehaceres, pues estaba convaleciente] el señor Regino Pablo con su esposa y Ventura Altunar Pablo con su esposa y Secondino Pablo [y] Vicente Pablo, quedaron porque son mis conocidos, casi son mis familiares.

Viernes 2 de abril [a seis días de la primera erupción]. Llegaron como tres personas, gente para mí que me quería ayudar a cargar, yo les dije que no se podía porque era mucho caminar ocho leguas a pie con carga, porque era muy feo el camino, árboles caídos, tapados de ceniza y pura piedra por la subida de Ocotepec, y como tengo tres enfermos y mi esposa y mi pichi [les agradecí la ayuda, pero ¿cómo caminar en la ceniza caliente?, en vez de avanzar retrocede uno].

Y como a las 11 de la mañana llegó un señor de la Ribera de Trinidad que se llama Gregorio García Hernández, y Eulalio Cruz, Refugio García Pablo y otros dos muchachos que me vinieron a visitar, que cómo estoy, pues yo les dije:

—Yo estoy en gracia de Dios, aquí con grande pena, porque hemos visto grandes maravillas que hemos visto jamás, y yo no puedo salir para ningún lado por mi familias enfermas que tengo.

Y el señor Gregorio me dijo:

—Pues pídele a Dios. Haga tu oración para que Dios nos ayude donde estamos todos sufriendo con nuestra familia.

[Las costumbres son compromisos que se cumplen, así que] Cuenta de las 12 del día nos fuimos a la iglesia a rezar el santo rosario y el salmo o intermedia, y era el séptimo día de la novena del patrón San Vicente Ferrer. Rezamos la novena porque estábamos invitados para la novena de la Ribera Trinidad, como padrinos, así como la costumbre

anterior, y después nos despedimos con el señor García, y [antes de irse] me contó todo lo que sabe de la Sagrada Escritura, lo que dice el Señor, que no era el fin, que se hizo la erupción del volcán, eso todo lo tenemos que pasar aquí en el mundo, y por último, me saludó, me dijo que iba a venir a visitarme otra vez el lunes, que era el mero día del patrón San Vicente, para festejarlo, pues tenía el compromiso y tenía que cumplirlo, y se fue a su ribera.

Como a las seis de la tarde llegaron dos señores: Cleofas López [y] Raymundo Altunar Altunar, que vinieron de Pichucalco, quienes fueron comisionados a pedir ayuda para su comunidad de Guerrero, y me preguntan que a dónde se fue toda la gente de Guerrero y yo le dije que todos fueron rumbo de Ocotepec, y ellos venían muriendo de hambre, estaban muy enojados por sus familias, pues no se encontraban en sus casas, y yo les dije:

—Vamos allá donde estoy, vamos a comer algo, y nos fuimos. Comieron, y me cuentan cómo caminaron en el camino porque venía puro ceniza por la cara, como borrachos, y no eran [no estaban borrachos], estaban en juicio [nos reímos], y dijeron que habían quedado dos en el camino: Damacio López Pérez y Pablo Sánchez López, quienes venían borrachos, por eso no avanzaron de caminar.

El sábado 3 de abril, al filo de la medianoche llegó Damacio López Pérez y pidió comida y la prepararon para que coma y comió, y el otro ya no llegó, el Pablo Sánchez López, porque quedó en medio del camino, porque propasó de tomar, se quedó durmiendo en camino [tiempo después me enteré que en realidad Pablo Sánchez había sido muerto al pretender conseguir alimentos mediante el saqueo, presumiblemente en la ribera Guadalupe Victoria], y Damacio llegó con un litro de matacaña [aguardiente].

Después de la comida empezaron a tomar y tenían grabadora, empezaron a bailar con tres personas, y me daban, me invitaban que yo tome también, pero yo no quise tomar porque estábamos en peligro. Casi esperar la muerte, y me dicen tómalo para que no lo sintamos en cuanto haya otra erupción del volcán, y le dije:

—Ni lo quiera Dios, en vez de que hagamos la oración vamos a morir de borrachos, no es posible. Y cuando de repente, como a las tres de

la mañana, ya para tres de abril, cuando oigo otra erupción que viene con fuerte viento y fuego, con trueno y tronando rayo que por acá y por allá se veía cerca de la colonia donde estamos, como a 500 metros de distancia alrededor, y el viento lo levantó el polvo o sea la ceniza, y el borracho se venía donde estoy yo tapando a mis hijos para que no se murieran por tanta ceniza que se levantó por mucho viento, y el Damacio que estaba borracho se quedó agarrado en un seto de caña brava [pilar de construcción] que era cuarto, rezando el Padre Nuestro antes que muera, y Dios no quiso que nos morimos en ese mismo tiempo.

Cuando se calmó el fuerte viento y el fuego que venía y los tres borrachos se durmieron, yo no me dormí por tanto miedo de fuego, porque apestaba a puro como pelo quemado y fuerte azufre que apestaba en el momento hasta que amaneció.

Domingo 4 de abril. Como a las siete de la mañana salieron a buscar al borracho que se había quedado en el camino y no pudieron pasar por el fuego donde se ardió toda la planta; tuvieron que regresar en el mismo momento y me vinieron a avisar pronto que por ahí viene el fuego, y mi esposa empezó a llorar, caminando con su pichi [bebé], que era de 12 días de nacido, y yo cómo los llevo a mis tres enfermos, y me fui también a seguir a mi esposa. Caminamos como un kilómetro, allí en el río Grande y en el otro lado del río estaba el fuego que nos impedía el paso y tuvimos que regresar muy despacio porque era pura subida, y les dije a los demás: "Ahora vamos a la iglesia, allí vamos a morir", y nos fuimos y allí quedamos, y al llegar en la iglesia rezamos la oración y el santo rosario; ahí pasamos el día, y como a las seis de la tarde nos cambiamos al curato, les dije yo: "Allí vamos a dormir que haya otra erupción".

Volvemos a entrar en la iglesia y nos acomodamos para dormir, y como a las siete de la noche cuando empieza otra erupción más fuerte, y pronto tuvimos que estar en la iglesia con mi familia, inmediatamente [nos] metemos abajo del altar con todo y mi familia para que no nos lleguen las piedras encima, porque el altar era de concreto, y el volcán es que tronaba más fuerte.

Pero qué tan tremenda maravilla, y se veían las piedras, se pasan por la lámina, se brincotean las piedras sobre el piso, sobre las ban-

cas, sobre las mesas de la iglesia, y temblaba la tierra y se sentía como que se está rajando la tierra, y nosotros rezamos la oración, el santo rosario con letanía, y como hermanos adoradores tenemos puesto el distintivo,[89] y así esperamos la muerte y oramos como lo hizo nuestro Señor Jesucristo en el Monte de Olivo antes de entregar su vida, en el Evangelio de San Juan, capítulo XVII, verso entero, y así orando, orando, se calmó poco a poco y allí dormimos, abajo del altar, sentados, allí pasamos la noche.

Lunes 5 de abril [a nueve días de la primera erupción]. El mero día de San Vicente Ferrer, como a las cinco de la mañana, otra erupción; empezamos a rezar la oración y estuvimos allí como a las ocho y media de la mañana y no amanecía, estaba bien oscuro, y se oye que se estaban cayendo las casas, escuela, casa ejidal, casa de los maestros, y más se cae la ceniza, y nosotros hacemos oración abajo del altar y otro gran temblor, nosotros muy apenados, esperamos la muerte, y como a las nueve de la mañana cuando se cae [el techo de] la iglesia como de 35 metros de largo, quedamos encuevados abajo del altar y se levantó la ceniza que estaba sobre el techo de la iglesia y esperamos hasta que se aclaró, como a las 11 de la mañana o 12 del día, y enseguida empecé a buscar dónde puedo salir, porque quedamos tapados completamente; no se dejaba pasar por las vigas y tijeras, reglas, láminas y fibracel y tanto clavo que no se dejaba pasar. "¡Dios mío, y mi familia, todos enfermos!". Dios quiso y no nos golpeamos.

Y teníamos [con nosotros] una viejita como de 75 años de edad que [la] habían dejado tirada sus hijos, porque sus hijos ya habían salido. A su mamá la dejaron porque era una ciega, que no mira, por eso sus hijos la abandonaron. Sus hijos se llaman, uno, Lorenzo Jiménez González, y otro, Juan Jiménez González, y yo la tuve que mantener y proteger a la pobre viejita durante los días que estuvimos sufriendo.[90]

Martes 6 de abril. Llegaron mis compañeros que vinieron de Ocotepec, me vinieron a ver, que ellos pensaban que yo ya estoy muerto.

[89] Un medallón con imagen religiosa; se cuelga del cuello con listones de vistosos colores.
[90] La práctica de abandono de familiares fue más común de lo esperado. Por ejemplo, un testimonio narra la siguiente experiencia: "Mi primo tenía su mujer buena y sana, pero la quiso

Yo les dije: "Pues gracias sea Dios que yo estoy sufriendo con mucha paciencia con mi familia enferma, pues ya lo pasamos todo el peligro tan tremendo que tan grandes maravillas que nunca hemos visto, lo sentimos que ya era el fin del mundo, pues yo me imaginé que era prueba de Dios". Vieron sus casas destruidas, recordaron muchas cosas y lloraron amargamente por mí, y yo lloré también.

[Miércoles 7 y jueves 8 de abril. No hay registro de estos días, pero la gente trataba de rescatar sus pocas pertenencias y guardaba celosa ya una fotografía, ya una moneda, ya una imagen cristiana o lo que fuera. Se prestaban ayuda unos a otros y se visitaban de una colonia a otra].

El 9 de abril era Viernes Santo, recé la oración del *Via Crucis*, me fui a la Ribera de Trinidad a ver los hermanos que me vinieron a visitar el jueves pasado: Gregorio, Eulalio, Refugio y otros muchachos; me pasé en el campo de aviación y estaba quemada la bodega de café de muchas toneladas, como 250 toneladas de café embodegado; bueno, y seguí mi camino y me pasé en el cafetal, todo estaba quemado, no había nada, nomás pura ceniza, no parecía camino donde era, no se podía pasar, muchos árboles caídos y llegué al río Grande, encontré bien seco, no había nada de agua, pura ceniza, encontré varios ganados muertos en el río, toros sementales, vacas, becerros, novillonas, por cientos de cabezas, daba lástima por los animales muertos.

De suerte que yo conocía algunos manantiales, así llegué a la Ribera Trinidad y no se podía entrar, no más fui a revisar [divisar] que no aparecían las casas, la iglesia, la escuela, otras casas de materiales, pues por fin no había nada [todo había sido sepultado por la ceniza], y me regresé por el rumbo de Colonia Naranjo y tampoco había nada, sólo muerte, y el viento lo levantaba a la ceniza [comprendí entonces que mis hermanos no habían vuelto, pues habían perecido sepultados bajo toneladas de roca candente].

dejar botada en el camino; los demás le obligaron a llevarla, a él no le preocupaba; lo que le importaba era su vida. Y otro mi primo estaba dejando a su hija durmiendo en su cama y vino el otro primo y le dijo que la niña se está quemando. 'Qué no importaba que quede ahí', pero tuvo compasión el primo y sacaron corriendo a la pobre niña. Así fue rescatada su vida". López García, 1990: 34. Un testimonio más justificó el abandono de los hijos, bajo el argumento: "Dejemos nuestros hijos a medio camino y no nos va a castigar Dios. Él ve que estamos en sufrimiento".

No se podía caminar y al mismo tiempo oigo el reporte en el radio [que me había dejado a cuidar mi sobrino cuando huyó rumbo a Ocotepec, el cual me servía de único medio de comunicación con el exterior], se reportaba mi hijo Filogonio Rueda Altunar, quien estaba en Villahermosa, Tabasco, dice en el reporte: "El joven Filogonio Rueda Altunar le comunica a su papá, José Rueda Sánchez, porque no sabe nada de él". Y me arrepentí por mi hijo que está en Tabasco y yo en peligro, entonces le dije a mi esposa que ya son tres veces que está pasando el reporte de nuestro hijo en Tabasco [entonces lloramos de tristeza y nos abrazamos] y le dije: "Yo voy a ver mis dos hijos cómo están".

10 de abril, Sábado de Gloria. Hoy es el día más triste [para entonces una de mis hijas, enferma de sarampión, ya había muerto; la enterré a orillas del poblado]; salí [con 340 pesos en la bolsa] como a las cuatro de la mañana, con Modesto Hernández Juárez, quien estaba cuidando la bodega de café; se fue conmigo a reportar la bodega que se estaba quemando.

Llegamos a Chapultenango, no había nadie; y más adelante, como por medio camino, venían 50 federales [a 15 días de la primera erupción] a prestar ayuda. Habían salido de Pichucalco, y me preguntan que dónde nos íbamos y yo le contesté que voy para Tabasco a ver a mis hijos cómo están, y me preguntan cómo estuvimos, y les platiqué todo lo que sucedió por la colonia y me dio una carta que le entregué en la oficina en Ixtacomitán al capitán y me fui. Me llegué como a las tres de la tarde y me dieron de comer y me tomaron los datos que traigo de mi casa y todo lo di lo que sucedimos con mi familia, y como a las cuatro de la tarde me salí de Ixtacomitán en una camioneta y no me cobró nada mi pasaje hasta Tabasco.

[Nunca antes había estado en la ciudad de Villahermosa, Tabasco] Y me llegué directo a la oficina radiodifusora [según el relato, se trataba de una oficina de televisión que cubría el evento telúrico] en canal 13 y me dieron de comer; a cuenta de la cena, enseguida me tomaron los datos, lo que llevo, y lo di todo lo que sucedimos con mi familia en mi casa y me dijeron: "Descanse un rato, José Rueda, a las 12 de la noche te vienes a dar dato otra vez". Y llegaron las 12 de la noche. Me llamaron de nuevo y me fui y me dieron una silla,

"pasa a la mesa", y empezaron a tomar dato, me tomaron foto y me grabaron mi palabra [ahora sé que son cámaras, esas chingaderas], todo lo que dije como una hora me tardé dando mis datos, y me televisaron.

Al otro día, domingo 11 de abril, como a las siete de la mañana, los reporté a mis hijos que dónde se encuentran, que lo estoy esperando en el canal 13, y hasta las 11 de la mañana llegó mi hijo Filogonio Rueda, en el canal 13; de lejos lo miré, estaba saliendo en taxi, me acerqué [no pudimos hablar, sólo nos pusimos a llorar], después me saludó mi hijo y me empezó a preguntar que cómo estoy, y me puse a llorar, y después de eso me invitó a comer y nos fuimos hasta en casa de su patrón y llegué, ahí nos platicamos y después nos fuimos a buscar otro mi hijo, José Cirilo Rueda Altunar. Y llegamos. En cuanto lo miré, mi hijo empezó a llorar; después de reponernos un poco nos fuimos a pasear un rato con mis hijos. Ahora sé por qué Villahermosa se llama así, es de verdad hermosa la ciudad.

Y al otro día, lunes 12 de abril, me dieron regalos, muchas cosas para mi familia, y salí de Tabasco y me llegué como a las cuatro de la tarde a la Colonia Guerrero, y mi familia ya no estaba en la casa y me quedé muy arrepentido por mi familia, que dónde fueron; anduve por toda la colonia y no estaban, entonces agarré mi camino para Ocotepec, ya muy tarde, con mucha hambre [ignoraba que mi esposa me había dejado posol y algunas tortillas entre las vigas de la casa; de igual manera, que habían venido por ella mis paisanos desde Ocotepec para llevarla a como diera lugar].

[A la viejita ciega de la que hablé anteriormente, la dejé, pues pensé: "Si me quedo a cuidarla van a venir esos soldados y me van a obligar a cargarla hasta Ocotepec, mejor doy parte a la autoridad para que vengan por ella, pues sus hijos la han tirado"].

No había nada que tomar, ni agua; como a las cinco de la tarde caminé como ocho kilómetros y me quedé en el camino, en una troje.

Al otro día, martes 13 de abril, como a las seis de la mañana me salí ya para Ocotepec, casi muriendo de hambre. Llegué como a las 12 del día a Ocotepec y encontré a mi esposa en la calle que me estaba esperando, y yo llorando con mucha hambre, y le dije a mi esposa:

"Y cómo vino que estaba de 20 días de alivio, que yo me imagino que llegó muy maltratada de tanto caminar a pie muchos kilómetros, y tan larga la subida y mucha piedra en la subida".

Y me descansé y me dieron de comer, y ya más tarde llegó el [camión de] volteo ya para mí, que yo me salga para La Chacona [campamento de damnificados en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez] y le dije al chofer que no puedo, por mi esposa, porque la traigo enferma, y le dije si me dan cabina para mi esposa, y me dijo que no, y yo le dije que no es piedra o arena mi esposa para que la lleven así no más arriba, y más se pone bravo el chofer y me quedé para el otro día.

Miércoles 14 de abril. Hasta que encontré camioneta entonces me dieron cabina para mi esposa; le supliqué con buena manera, y me tengo que salir de Ocotepec para Coapilla, de Coapilla a Copainalá y a Chicoasén. En Chicoasén agarré combi a La Chacona y de La Chacona me quedé a un lado y fui a buscar a mi hermanito Antonio Rueda Sánchez, y empecé a llorar amargamente y había mucha gente, millones de gente, y me tomaron mis dos enfermos que tengo, me mandaron al hospital Seguro Social por un mes y dentro de un mes no pude trabajar en ninguna chamba, y en La Chacona nos dan comida pero muy mal hecha y hasta con gusano, se da lástima que ya no es igual como en la casa.

[Los soldados nos trataban muy mal. Nos apuntaban con sus armas, nos querían matar, nosotros no temblábamos. Al otro día nos fuimos a quejar ahí donde hacen el periódico. Los soldados fueron corridos, pero llegaron otros. Si son bien chingones, los jefes volando en helicópteros; los federales que enviaron, muchos dicen que murieron durante las incursiones que hicieron en las diversas etapas del Chichonal, al parecer no es cierto, pues por acá llegó uno y me contó que en realidad desertaron. Fue mucho después que llegaron a la verdadera zona de desastre, pero esa es otra historia].

Finalmente sólo un favor te pido, que cuando vayas a [Viejo] Vicente Guerrero, busques a Lorenzo Jiménez González, quien vive atrás de la iglesia, y pregúntale que ¿dónde dejó a su mamá?, si acaso tienes miedo, dile que vas de mi parte.

[La viejita ciega murió ocho días después de haber llegado a La Chacona].

Memorias de un sobreviviente. César Silva Hernández

El siguiente es el testimonio de un sobreviviente del volcán Chichonal, el doctor César Silva Hernández, dado en Querétaro, Querétaro, el 8 de septiembre de 1982.

Antes de iniciar este relato quiero decir que hay algunos detalles que no recuerdo muy bien, como son los nombres de algunas personas que estuvieron conmigo o, mejor dicho, con todos los compañeros que tuvimos la fortuna de presenciar, a escasos 12 kilómetros, uno de los fenómenos naturales más impresionantes y devastadores que pueda haber, como es un volcán en plena erupción o, mejor dicho, erupciones, así que vamos a comenzar esto que espero sea para ustedes algo interesante.

Para mí todo comenzó un lunes 29 de marzo, un lunes que parecía ser muy tranquilo, ya que me encontraba en compañía del doctor Rodolfo Posada Posada en la ciudad de México para arreglar asuntos personales. Al caminar por las calles vimos los periódicos que a ocho columnas decían: "Volcán en erupción", "Nace un volcán" y cosas por el estilo; pensábamos que seguramente sería en algún país de esos exóticos, en los cuales todo puede suceder.

Al mediodía, estando de descanso, nos cayó como bomba escuchar por el radio que, aproximadamente a las 11:00 p.m. del domingo (28), había hecho erupción un volcán en Chiapas; aún siento que el cuerpo se me enchina al recordarlo, pues la noticia, a pesar de ser muy escueta, al igual que todas las notas posteriores, daba como desaparecidas algunas poblaciones, entre ellas Pichucalco e Ixtacomitán. En ese momento pasó por mi mente la imagen del Centro Coordinador Zoque de Ixtacomitán y la de mi compañero el doctor Eduardo Molina, odontólogo de ese centro. No sé cuánto tiempo pasó antes que nos decidiéramos a hacer algo, de momento conseguimos boletos de avión para el día siguiente.

Ya con los boletos en la mano, nos fuimos pensando miles de cosas; yo notaba la preocupación de Posada, pues su familia estaba allá en Chiapas, ese Chiapas que tiene todo, hasta volcanes en erupción.

Creo que era lo único que faltaba para terminar de hundir al campesino chiapaneco de esa zona.

Esa noche (día 29) dormimos en casa de Carlos, cuñado de Posada, y esperamos las noticias con ansiedad, pues habíamos imaginado que el aeropuerto podía estar cerrado y esto nos podía retrasar la salida; la verdad es que no dormimos bien, pues con la tensión, y gracias a algunas gentes que se pusieron a tirar cohetones como a las tres de la mañana, estábamos más nerviosos.

El día 30 (martes) llegamos al aeropuerto y, en efecto, los vuelos estaban suspendidos, así que el buen Posada consiguió boletos en el Cristóbal Colón para las 19:00 horas y cada uno se dirigió a visitar algunos parientes. Yo llegué con mi tía cerca del mediodía; se alegraron mucho de que no estuviera en Chiapas, pero en cuanto les dije que me iba porque seguramente me necesitaban, se preocuparon mucho, seguimos platicando y sonó el teléfono. Era mi mamá que llamaba desde Los Ángeles, California, pues ya había escuchado la noticia del volcán en la televisión, se puso muy contenta cuando habló conmigo y me dijo que me quedara en México, pero yo sentía que allá podía ser útil, aunque, a pesar de que mi trabajo como odontólogo en Bochil me agradaba, para ser un trabajo de campo no era todo lo satisfactorio que debería.

Por la noche partimos Posada y yo más tranquilos y tuvimos un viaje sin contratiempo, aunque muy cansado como siempre. Cuando llegamos a Tuxtla Gutiérrez el (miércoles) 31, ya nos estaban esperando, no recuerdo quiénes eran. Llegamos a Bochil después del mediodía y nos encontramos con una situación caótica, Toño Alcocer no estaba, se había ido a Ixtacomitán, y el ingeniero Carlos Capiz estaba a cargo del centro, se tenía guardia en el radio, que era Chary, y recibíamos noticias francamente trágicas. Yo pensaba que eran un poco exageradas, pues ese día estuvo muy bonito, con mucho sol, y no parecía que tuviéramos un volcán a menos de 70 kilómetros de nosotros.

La mayoría de los choferes estaban en la zona del volcán evacuando a la gente, llevando víveres y agua, ayudando en lo que fuera. Se sentía un ambiente muy pesado, algo así como si fuera el fin, pues las noticias que llegaban eran desconsoladoras. Por la tarde nos informa-

ron que urgían víveres, agua y personal médico; aprovechando que era fin de mes y que el personal de las unidades rurales estaba en Bochil, nos dedicamos a localizarlo e informarle la situación, pero como no teníamos opción de mando sobre ellos y a su vez ellos tenían miedo, no pudimos hacer gran cosa.

Era de noche cuando nos preparamos para salir. Ya teníamos una camioneta cargada con agua en bidones, algunos medicamentos y materiales de curación. En tono de broma dijimos al doctor Montaño (veterinario del centro) que teníamos que concentrarnos todos en la zona del volcán y le pareció una locura; nos dijo que estaba cansado y lo curioso es que no lo volvimos a ver, pues al día siguiente tomó sus vacaciones. Ya con todo listo, salimos alrededor de las 21:00 horas; la primera parte del camino fue muy tranquila, al llegar a Rayón notamos el camino un poco raro, pues la carretera estaba llena de una especie de gravilla fina, similar al cemento, aunque un poco más gruesa. Así siguió en aumento y llegó el momento en que la visibilidad se hacía muy difícil, pues se levantaba gran cantidad de polvo o ceniza volcánica.

Llegamos a Ixtacomitán un poco después de las 23:00 horas, el panorama era deprimente; iluminándose con veladoras y algunas lámparas de gasolina, la gente descansaba en el piso del centro, había niños llorando y en general todos tenían un aspecto desolador. Esto era comprensible pues acababan de perder lo poco que tenían y, como se dice ahora, no sabían qué onda.

Mi compañero Molina estaba tomando fotos y me dio mucho gusto verlo, platicamos un poco y me dijo que la cosa estaba muy fea, aunque parecía que lo peor había pasado ya. Teníamos que localizar al doctor Delmar, que era nuestro coordinador estatal, y Molina nos dijo que estaba con el doctor Hinojosa en su casa, fuimos a buscarlo y sucedió algo un poco molesto, pues Hinojosa se portó muy grosero con Posada, que siempre lo había tratado muy bien; conmigo ya había tenido algunos problemas, así que a mí no me importó. Pasando este incidente, nos fuimos a dormir a la casa de Molina en Pichucalco, que estaba llena de arena, ceniza o como se quiera decir. De Molina obtuvimos la primera información más o menos verídica de lo que estaba pasando y aún recuerdo cómo se emocionó al contarnos el inicio de

la erupción; nos comentó que fue algo así como una gran caldera que está al máximo de temperatura, y de pronto reventó el volcán arrojando gran cantidad de piedras y ceniza que dañaron muchas casas en Pichucalco y lugares vecinos. Nos comentó algo que nos pareció increíble por tratarse del gobernador Juan Sabines, ya que su aparente trayectoria en apoyo al campesino indicaban otras cosas; esto es, que él ya tenía conocimiento de la actividad del volcán y jamás hizo caso alguno, inclusive después de la primera erupción no había personal del gobierno de Chiapas haciéndose cargo de la situación, y fue el licenciado Rovirosa Wade, de Tabasco, el que más ayuda prestó a los damnificados en los primeros momentos.

El día siguiente (jueves 10) recorrimos Pichucalco buscando a Toño Alcocer y lo encontramos camino a Ixtacomitán, así que nos concentramos ahí. El doctor Delmar nos indicó que debíamos quedarnos a coordinar los albergues del Centro Coordinador Zoque, esto nos pareció como una bofetada, pues no habíamos viajado más de mil kilómetros para no hacer prácticamente nada, así que hablamos con Toño y nos fuimos con él a Pichucalco. Recuerdo que le dijo Posada: "Queremos estar en lo grueso", y dicho y hecho, recorrimos el pueblo, hablando con los campesinos, etcétera. Toño dio una entrevista para el periódico *Uno más uno*, y aquí nos llevamos otra sorpresa (una más) del gobernador Sabines; había enviado camiones para sacar el ganado de la zona y no había uno sólo para evacuar a los damnificados. Realmente resulta contradictorio y a mí, en lo personal, me parece insólito y degradante ignorar de esa forma la vida de miles o cientos de indígenas zoques. Pero en fin, en su conciencia lo cargará durante mucho tiempo, espero.

Pasamos gran parte de la mañana de aquí para allá, tomé algunas fotos, escuché comentarios de todo tipo, inclusive un campesino dijo que "preferían pertenecer a Tabasco, pues el gobernador de ahí sí se preocupaba por ellos", el pueblo aparentemente no había sufrido muchos daños en general, la gente se había organizado y estaba limpiando sus casas, en algunas había una gran cantidad de ceniza y ése era el peligro, pues podría venirse abajo el techo, como sucedió en algunas casas, las más humildes, por supuesto.

Recuerdo mucho a una compañera doctora de San Cristóbal, que nos decía que le había pedido una pistola a su papá; esto era, según ella, "por si me agarra allá arriba, pues papas", y creo que de haber ido con nosotros sí la hubiera utilizado.

Al filo del mediodía, un día seco y muy caluroso en el que apenas se notaba el perfil del sol, salimos a Chapultenango, que está a 10 o 12 kilómetros del volcán. Íbamos en la *willys* blanca Toño Alcocer, Posada, un muchacho de Tabasco de un periódico cuyo nombre no recuerdo y yo. El paisaje era realmente desolador; lo que conocí como una zona con vegetación exuberante, grandes plantaciones de café y plátanos y unos pastizales increíbles, estaba reducido a un paraje semidesértico, todo aquel verdor y esa humedad tan característica ya no existían, era impresionante, no recuerdo haber visto animales silvestres durante el camino, si acaso una vaca o una mula desorientada, pero nada más, íbamos detrás de un camión de volteo y una camioneta de tres toneladas, que nos llenaron de cenizas hasta las orejas. Al parecer el camioncito era de una persona que estaba sacando gente y el volteo iba con soldados y dos residentes médicos de la zona de Tabasco.

Poco después llegamos a Nicapa, que estaba aproximadamente a siete u ocho kilómetros del volcán. Había muchas casas destruidas, aquí se vino abajo la iglesia, no tengo datos de que haya habido muertos, pero es probable que sí. Seguimos adelante y encontramos una camioneta que estaba sacando damnificados y nos informaron que llevaban a un niño grave, así que los médicos residentes lo atendieron, al parecer sólo estaba un poco deshidratado y se le dio suero, y seguimos nuestro camino. Poco antes de llegar a la Colonia Volcán nos detuvimos y en ese momento se veía, aunque no muy claro, el perfil de la fumarola del volcán. Tomé algunas fotos y sentí un pequeño "temorcillo" que aminoró al llegar al volcán y encontrar ahí uno de nuestros camiones de volteo manejado por Romeo. Ese día había algún movimiento en la población, que se veía bastante destruida. A pesar de esto, se mantenían en pie algunas chozas y la iglesia del lugar. Aquí me di cuenta de que realmente les pegó muy fuerte, pues en ese momento había unos 25 o 30 centímetros de grosor de ceniza, y

que esta población estaba como a unos cuatro kilómetros del volcán y de éste tomó su nombre.

Seguimos adelante y, en una finca entre la Colonia Volcán y Chapultenango, encontramos dos avionetas que, según nos dijeron, eran de unos finqueros que llegaron de fin de semana a una parranda y los sorprendió la erupción, quedándose las avionetas, que eran dos *cesna* de cinco plazas, o al menos así me parecieron; hay que imaginarse la cantidad de dinero que tienen estos señores para ir de *weekend* en avioneta, mientras que a pocos metros de ahí habíamos visto la pobreza acrecentada por un fenómeno natural. Qué contraste de la vida o el sistema.

Llegamos a Chapultenango por la tarde y grande fue mi sorpresa al encontrarme a un gran amigo, el doctor Rafael Alarcón, y al doctor Rafael Rodríguez, de Ocosingo y San Cristóbal, respectivamente. Ellos estaban ahí desde el lunes y suponían que nosotros íbamos a relevarlos, pero decidieron quedarse con nosotros. El resto del día lo pasamos sin novedad, comimos algo y platicamos de la situación. En esos momentos la población está tranquila y se suponía que lo peor ya había pasado, y constatamos que no había sufrido grandes daños. Nos encontramos con un gran número de refugiados.

En Guadalupe Victoria, Guayabal y otras rancherías cercanas, en realidad el problema médico estaba resuelto, lo verdaderamente grave era la imposibilidad, a futuro, de alimentar a tanta gente y darles agua, al menos eso pensé. Pasamos una noche aceptable.

El viernes (2 de abril) todo estaba muy tranquilo, tuvimos oportunidad de hablar con el presidente municipal de Chapultenango, y él nos aseguraba que ya no iba a pasar nada, pues el gobernador Sabines lo había dicho en conferencia de radio, y como eran palabras del gobernador, cómo dudarlo. Esto surgió a raíz de que nosotros invitamos a la gente para que saliera de ahí a un lugar más seguro y, principalmente, para que el gobierno del estado se hiciera cargo de esa gente, que ya no tenía nada, y es que hasta ese momento no teníamos conocimiento de ningún apoyo por parte del gobierno.

Hicimos un recorrido a las cercanías del volcán, específicamente a Guayabal, distante del volcán cuatro kilómetros, teníamos la inten-

ción de acercarnos más, pero la verdad es que a mí me dio miedo cuando llegamos allá, pues lo que habíamos visto no era nada comparado con Guayabal. Estaba desierto y con gran cantidad de ceniza y piedras, parecía un paisaje suizo pero sin nieve. Aquí la visibilidad era muy mala, molestaba el polvillo en los ojos. Encontramos a tres personas, dos que estaban a cargo de una motoconformadora que arreglaba el camino y un viejito que cuidaba la iglesia del lugar. Ellos nos dijeron que el volcán hacía ruidos, pero nada más, y que ellos no se salían porque ya no iba a pasar nada. Así que regresamos un poco desilusionados y más temerosos.

El presidente municipal recibió el informe de que habían ido a buscarlo en helicóptero para hacer un recorrido por la zona; y en efecto, cuando veníamos de regreso escuchamos el ruido del aparato, pero nunca lo vimos. Otro detalle que nos molestó mucho fue el comentario de una autoridad, al parecer de volcán, que decía que él tenía copia del oficio que le enviaron al gobernador para que mandara a alguien a estudiar el volcán, pues ya tenía más de un mes con ruidos muy extraños; así que con el mismo comentario dos veces, no nos quedó más remedio que creer en la indolencia del gobernador hacia ese asunto. Este día fue de visitas ya que llegó una brigada de rescatistas muy equipada y haciendo gran aparato de presentación, todo para que a los 20 minutos se regresaran; eso sí, tomaron sus fotos y toda la cosa, creo que no se daban cuenta de cuál era el verdadero problema. Llegó también una caravana enorme del Seguro Social a cargo de los doctores Rigoberto Hernández y Tapia. Ellos habían estado la noche anterior aquí y nos habían pedido una lista de necesidades; además, le habían pedido a Pedro Zamudio y Alejandro de la Torre, médicos de Unidad Médica Rural, que salieran, pues estaban ahí desde el lunes. Pero ellos no quisieron y con esto mostraron una gran solidaridad con la gente, cosa que nunca les fue reconocida por parte del Seguro Social; llegaron también con un gran aparato, con cinco o seis vehículos para evacuar a la gente, yo los estaba viendo desde la torre de la iglesia. Después de tomar algunos fotos me comentó Posada que el doctor Rigoberto había puesto como campeón a un chofer por no haberse estacionado en la misma fila,

y que esto no se veía bien. Qué momentos para fijarse en la estética de la formación.

Dejaron un montón de cobertores (para el frío), una estufa, latería y creo que una lámpara de gas; se las dejaron al cura, pero como él se fue con la brigada, todo quedó a cargo de la presidencia municipal. Uno de los campesinos le gritó al cura: "Hombre de poca fe", a mí me dio pena, pero al padre le dio lo mismo y se fue. También salió un grupo de religiosas que nos ayudaron mucho y trabajaron mucho con la gente en la labor de convencimiento; esperamos que al ver esto mucha gente saliera aprovechando los vehículos, pero no fue así. Ya cuando partieron me sentí el sujeto más solitario de esta tierra, pues tuve el presentimiento de que ya no los volvería a ver. Poco después llegó Toño Alcocer con Rafa Rodríguez, Hinojosa Ublester (sociólogo) y otro "barbón" de San Cristóbal que no conocía; se incorporaron también el ingeniero Vicente Guerrero y Juárez de SAHOP (Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas) con sus dos "aguerridos muchachitos", como él les decía; así que, si no mal recuerdo, ya éramos 14 personas. Hay que imaginarse eso, 14 contra el mundo, ya me sentía un poco mejor. Poco después llegó Fernando Aceves, coordinador estatal del INI, con su inseparable perola; ya no alcanzaron nada de las dos botellas que llevaron los de la SAHOP, pero sí de los víveres.

En esto estábamos cuando el Chichonal nos dio un gran espectáculo; a plena luz del día arrojó una fumarola gigante que en pocos minutos se elevó enormemente, todos estábamos maravillados y temerosos de que fuera algo más grave, tomé algunas fotos y, de pronto, Fernando Aceves tomó las de villadiego, se fue y nos quedamos como al principio: solos. Esto es muy comprensible ya que Fernando tiene parálisis de los miembros inferiores y en condiciones como ésas era mejor que estuviera lo más alejado posible. Más tarde llegó una brigada del ejército al mando de un mayor que es cirujano, con su respectivo equipo; no hablamos con ellos gran cosa. La sorpresa fue la llegada de un señor que resultó ser el ingeniero Mosser, sismólogo de CFE (Comisión Federal de Electricidad) en Tuxtla y especialista del gobernador en estas cuestiones. Se nos presentó como algo fuera de lo común, hasta esos momentos, pues no sabíamos a qué venía. Nos

explicó que lo había mandado el gobernador Sabines para analizar la situación de cerca, después nos daríamos cuenta de que fue un pequeño tinglado para la supuesta visita del Presidente de la República y el general Félix Galván, secretario de la Defensa Nacional. Así que por eso era la brigada del ejército con el cirujano y su equipo y el sismólogo del gobernador, para aparentar que estaba todo en calma y no había problemas; llegamos a la conclusión de que era una farsa más.

El ingeniero Mosser nos dio una cátedra de vulcanología en cuestión de dos o tres horas, dijo además que no era un volcán peligroso y que lo peor ya había pasado, nos habló de una nube ardiente que a mí me enchinó el cuero, pues, según el ingeniero Mosser, acaba con todo a su paso. Comentó que en el Vesubio fue lo que mató a mucha gente, pero dijo también que en el caso del Chichonal era imposible, o por lo menos muy difícil, que eso sucediera. Tal parece que esto nos infundió mucha calma, pues continuamos con las bromas y nos fuimos a dormir temprano.

Nos despertamos como a la una de la mañana del sábado (3 de abril), pues se inició una tormenta eléctrica que a mí me pareció bellísima. Mosser se levantó y nos explicó lo que estaba pasando, era una nueva erupción y dijo que las piedras comenzarían a caer en cuestión de minutos. De pronto escuchamos un ruido muy especial, algo similar a un calentador o una caldera que está por reventar. Si alguien tuvo la oportunidad de ver la película Terremoto con sus efectos de sonido especial, lo podrá imaginar mejor, sólo que aquí era al natural, todos sentimos en los pies la vibración de la tierra, era fabuloso estar ahí. Comenzó la lluvia de piedras y arena, duraría unos 30 minutos y, de pronto, todo en calma, las piedras dejaron de caer, no así la arena. Maravillados en este espectáculo y con la seguridad, según había dicho Mosser, de que había sido lo último, nos fuimos a dormir. Algo que me pareció increíble fue un comentario de Mosser, y es que, siendo él vulcanólogo, jamás había visto una erupción, así como para nosotros ésa era nuestra primera erupción, y no sé por qué cuestiones de la naturaleza no sería la última. Aproximadamente a las dos o tres horas, se repitió el espectáculo; en esta segunda ocasión no me levanté, pues ya me sentía muy cansado y creí que con una vez había sido

suficiente. Alcancé a escuchar a Mosser decir que no se preocuparan, que ya no habría erupciones.

El sábado (3 de abril) va a ser inolvidable para todos los que estuvimos ahí por muchas razones. Temprano en la mañana salió Mosser con su equipo rumbo a Pichucalco, iban en una camioneta *dodge* de la Escuela de Geología del IPN (Instituto Politécnico Nacional); esta camioneta la manejaba un señor de unos 60 años más o menos y se notaba que era un buen chofer. Más tarde, y ya con la seguridad de que habíamos sido muy afortunados al poder ver muy de cerca la actividad del volcán, decidimos regresar el doctor Posada, Rafael Rodríguez, de San Cristóbal, Rafael Alarcón, de Ocosingo, y yo, tomamos el *jeep* de cinco plazas y nos fuimos. La verdad es que no se notaba gran cambio en el camino hasta que llegamos a la finca, a las dos avionetas cubiertas de ceniza volcánica se les notaban impactos de las piedras. Aquí nos detuvimos y tomé algunas fotos, seguimos avanzando y cambió completamente el panorama al llegar a las primeras casas de volcán: los árboles obstruían el camino, era impresionante ver árboles arrancados de raíz, quemados; las viviendas se vinieron abajo empujadas por una gran fuerza y vencidas por el peso de la ceniza. Dimos un pequeño rodeo y volvimos al camino, a lo que se veía como camino, pues seguimos las huellas del vehículo de Mosser; los alcanzamos al estar haciendo ellos unas observaciones en las capas de ceniza. Comprendíamos perfectamente que las diferentes capas correspondían a cada una de las erupciones. Ellos seguían platicando cuando pasó un perrito atemorizado y cubierto de polvo al igual que nosotros. Al seguirlo con la vista, notamos un bulto ligeramente enterrado, resultó ser un cerdo completamente calcinado, en este momento nos dimos cuenta que todo lo que estaba derribado estaba hacia el mismo lado; incluso la poca hierba que sobresalía parecía estar doblada por un viento constante o alguna fuerza invisible.

Aquí comenzamos a sentir algo de temor y seguimos adelante, tomé más fotos del lugar incluyendo la que fue la iglesia del pueblo, la cual quedó completamente destruida. Al llegar al puente encontramos debajo unas mulas ciegas, quemadas y con la mucosa nasal sangrante, además de otras ya muertas. Mosser pidió una pistola y

fue una lástima no llevar ninguna para terminar con el sufrimiento de aquellos animales. Aquí comenzamos a tener problemas con el vehículo de Mosser porque ya no avanzaba con facilidad debido al espesor de la ceniza. Nosotros seguimos en el *jeep* y nos cuestionamos todo lo que habíamos visto. Estábamos realmente preocupados y muy temerosos, pues sonaban en nuestras cabezas las palabras de Mosser sobre las nubes ardientes que eran casi imposibles en el caso de este volcán; estábamos ante el peligro más grande en este tipo de situaciones, y sin posibilidad de protegernos.

Recuerdo haber visto pasar a un señor caminando rápidamente hacia Chapultenango, poco después de llegar a la finca de las avionetas. No sé cómo lo había olvidado, pues este señor representa una anécdota aparte. Al seguir avanzando encontramos más muerte y desolación y, para nuestra desgracia, el camino estaba bloqueado por los árboles. Cortamos algunas ramas de buen tamaño sin grandes resultados, para colmo, el vehículo de Mosser se atascó y fue imposible sacarlo, ante la desesperación y el coraje de todos. El ingeniero Mosser tomó su portafolio y con la mano en la cintura nos dijo: "Bueno, jóvenes, yo tengo una cita con el gobernador, ahí se quedan", esta reacción del ingeniero nos infundió, o al menos a mí, mucho miedo y traté de partir una gran rama con el pequeño machete sin conseguirlo. De pronto vimos regresar al ingeniero y le pedimos que nos dijera la verdad, y nos dijo tajantemente, si no más recuerdo éstas fueron sus palabras: "Muchachos, está de la chin..., tengo tanto miedo como ustedes, todo lo que ven lo provocó una nube ardiente", hizo algo que ahora nos parece chusco, pues se humedeció un dedo y lo levantó para saber la dirección del viento y nos dijo: "Dejen todo, vámonos de aquí, la nube puede estar atrás de nosotros y, si cambia el viento, hasta aquí llegamos". Al oír esto pensamos en nuestros compañeros que se habían quedado, así que nos montamos todos en el *jeep* y regresamos con un pánico tremendo. El personal de Mosser abandonó todo su equipo en la camioneta. En esos momentos pensé en la posibilidad de salir caminando en dirección contraria al volcán o por el camino de herradura hacia Ixtacomitán, que serían 20 kilómetros, o esperar a lo que viniera.

Era curioso vernos en el *jeep* a todos y sobre todo el ingeniero Mosser, que iba sentado al frente como capitán y los demás colgados o apretujados en el interior. Al llegar a Chapultenango se creó una situación un poco confusa, pues nosotros comentábamos abiertamente lo que habíamos visto para convencer a la gente de que se tenía que salir, pues todos estábamos en peligro; en el inter, el ingeniero Mosser pidió comunicación a Pichucalco con la radio del ejército y pasó un informe urgente para que evacuaran Francisco León, que era una población que estaba exactamente frente al cráter del volcán; después habló Toño Alcocer con Fernando Aceves y le dio una lista del personal del INI, además de las necesidades que teníamos. Hicimos una junta entre los compañeros y se tomó la decisión de hacer trabajar a los refugiados en la construcción de albergues, por si se presentaba una nueva erupción, ya que el ingeniero Mosser nos había dicho que ese volcán ya no tenía un comportamiento "normal". Se hizo la reunión con la gente y la mayoría votó a favor, y comenzaron a organizarse. El presidente municipal de Chapultenango apoyó con algo de herramientas y el ingeniero Guerrero y Juárez cooperó comprando algunos machetes y dirigiendo las obras; en total se construyeron seis albergues que esperábamos no tener que utilizar.

Mientras tanto, el mayor del ejército mandó a cinco de sus hombres para que abrieran el camino y se fueron con éstos dos o tres de los geólogos que acompañaban a Mosser para recoger su equipaje.

El ingeniero Mosser se fue a la unidad médica y se desvistió, tomó un poco de nueces, se acostó y nos dijo: "Yo de aquí no me muevo, hay agua, comida y esta construcción resistente", a nosotros se nos hizo una posición muy cómoda por parte del ingeniero Mosser, pero no dijimos nada.

Más tarde fuimos a darnos un baño a un arroyuelo cercano, estábamos contentos y tranquilos, veíamos pasar a la gente que ya había decidido salir. Yo pensaba que eso era lo que debíamos hacer todos y se acentuaba en mí la idea de salir caminando. Hicimos algunas bromas durante el baño, que nos cayó de perlas, pues Posada parecía un cavernícola y creo que todos. Ya de regreso, como a las 15:00 horas, nos reunimos afuera de la unidad médica y contamos chistes, se acer-

có el mayor y de pronto escuchamos algo así como un *jet*, y pensamos que sí era, pero los *jets* no vuelan de reversa y eso fue lo que nos pareció, inclusive Alarcón bromeó con esto con el mayor.

No recuerdo si comimos, pues las provisiones estaban bastante escasas, lo que sí recuerdo y nunca se me va a olvidar es el momento en que llegó un teniente o sargento a decirnos que se les había descompuesto la camioneta *power*, la famosa *power* del ejército, y lo peor de todo era que se habían quedado tres soldados a cuidar la camioneta, era increíble el sólo pensar en dejar a alguien, a tres seres humanos, en un lugar de extremo peligro para que cuidaran un vehículo. De qué o de quién lo iban a cuidar, es algo que no alcanzo a comprender.

Pues bien, necesitamos un mecánico, y el ingeniero Vicente Guerrero y Juárez tenía uno que, creo yo, era el más joven de todos los que estábamos ahí, pero dijo que no sabía nada de eso; pienso que tuvo un poco de miedo, además muy justificado. Toño Alcocer, sabiendo que a mí me gusta la mecánica y la entiendo un poco, me pidió que los acompañara, si quería, con la condición de que lo principal sería sacar de ahí a los tres soldados y dejar la *power* en caso de no poder arreglarla.

Así que salimos en un *jeep*, una camioneta *willys* para remolcar la *power* y un pequeño grupo en esta peligrosa aventura; nos lanzamos Toño Alcocer, el doctor Posada, dos soldados y yo.

En el camino encontramos un conejito ciego, lo queríamos para comer, pero estaba tan pequeño que no nos iba a alcanzar para nada, así que preferíamos matarlo tirándolo a una laguna para que no sufriera más, pues tarde o temprano moriría sin comer y sin poder acercarse al agua. Este detalle me apenó mucho y pensé que podía sucedernos lo mismo.

Cuando encontramos la *power* estábamos como a siete kilómetros del volcán, casi a la salida. Los soldados se alegraron mucho de vernos y nos comentaron que habían escuchado ruidos muy extraños, así que me apresuré a revisar la camioneta y encontré que la bobina no funcionaba, recordé que en la finca de las avionetas había una camioneta *willys* parada y pensé que se podía usar esa bobina. De pronto

el volcán dejó caer una piedra que rodó por toda la ladera, fue un espectáculo impresionante, pues se veía majestuoso y ya se notaba la forma de cono. Esta fue la única vez que pudimos verlo con claridad, pues ya había aumentado su tamaño.

Decidimos, pues, remolcar la *power* con nuestra camioneta; una vez amarrada salimos y creo que todos nos sentimos más tranquilos, pero más que nadie, los soldados. En el camino me dijo Posada que le quitáramos la bobina a la camioneta que estaba en la finca y no sé por qué le dije que mejor regresáramos al día siguiente.

Por el camino encontramos unas vacas que nos retrasaban; uno de los soldados quería dispararles para espantarlas y a mí no me pareció mala idea. Fue toda una odisea llevar arrastrando la *power* del ejército, pues Toño iba manejando la camioneta nuestra y tenía que hacerlo con mucho cuidado para evitar jalones bruscos que pudieran reventar el cable.

Llegamos a Chapultenango cerca de las 7 p.m., justo cuando comenzó la tormenta eléctrica, así que a duras penas nos dio tiempo de desenganchar la camioneta y pedirle a la gente que se protegiera en los refugios. No recuerdo qué compañero pasó corriendo con unos pollos a medio desplumar que habían comprado para la cena.

Nos refugiamos en la unidad médica apenas a tiempo para tomar algunas fotos antes que empezaran a caer las piedras; tuvimos que aceptar algunos refugiados en la clínica. No estoy muy seguro, pero calculo que habíamos más de 100 personas adentro.

Esta fue la primera vez que tuve la horrible sensación de muerte inmediata, pues la tierra vibraba como nunca antes, el volcán rugía mucho más que las otras ocasiones y caían piedras a granel. Tuve la impresión de que en cualquier momento se vendría abajo la construcción y moriríamos todos.

Procuramos ordenar a toda la gente que se había refugiado, pasándola al cuarto más seguro, pues las piedras entraban rompiendo los cristales. Recuerdo que les pedí que se mantuvieran juntos por familia y que rezaran, era tremendo; los niños y las mujeres lloraban, algunas cantaban cosas religiosas, alumbrados apenas con la luz de unas velas.

Tuvimos que colocar una cortina biombo, un *cheslón* y un anaquel en uno de los costados de la unidad, pues los vidrios volaban y la entrada de piedras amenazaba con herir a alguien.

En esos momentos le pregunté a uno de los geólogos que cuál era su opinión y me dijo bastante preocupado: "Después de lo que vimos en la mañana y esta erupción, hay que esperar lo peor", así que le comenté esto a Posada y me dijo que en caso necesario nos podíamos proteger en el baño o bien debajo de una cama de tránsito que parecía bastante resistente.

Hay algo que deba tomarse muy en cuenta y es el hecho de que jamás perdimos el aplomo ante una situación tan critica y que nos mantuvimos todos al borde de la muerte, pues era tal la cantidad de piedras que caían, que los vidrios de las camionetas estaban ya rotos y la lámina se veía picada; se escuchaban los impactos en el techo y es que seguramente eran piedras muy grandes. Considero que si algún compañero hubiese tenido algún ataque de histeria o algo así, toda la labor que hasta ese momento habíamos desarrollado para mantener la calma entre la gente se hubiese venido abajo.

Era tanta la presión que, cuando nos miramos a los ojos, por dentro decíamos "hasta aquí llegamos, compañeros".

Todos nos sentimos mejor cuando dejó de vibrar la tierra y el volcán ya no rugía, clara señal de que había pasado la erupción, no así la lluvia de arena, que sabíamos seguiría durante un buen rato. Pasado el susto grande, nos organizamos en parejas y salimos a dar un recorrido por el poblado por si encontrábamos heridos. La sorpresa más agradable fue que la mayoría de la gente construyó tapancos dentro de sus casas, con lo que se redujo el número de heridos, pues las piedras pasaban las láminas como si fueran de papel, y sí encontramos casas completamente perforadas, pero afortunadamente sin heridos serios.

Pasó un detalle muy curioso: unos compañeros encontraron a un señor supuestamente muerto, pero lo que pasó es que el señor era sordo y se encontraba tranquilamente dormido, y otro también que se metió como hombre de goma debajo de una silla.

Por fortuna sólo tuvimos 17 heridos leves y la determinación, al fin, de toda la gente de salir del poblado a primera hora. Así que acor-

damos salir a las 4:00 a.m. del domingo (4 de abril). Ya tomada esta decisión dimos una ronda final a los albergues construidos por los refugiados, y de verdad que era de dar risa o algo así, pues todos tenían levantados los brazos sosteniendo la construcción; de no haber sido por esto, sí hubiésemos tenido que lamentar cosas más serias.

Al compañero Posada le sucedió algo increíble, pues escuchó al ingeniero Mosser decir a un grupo de indígenas que "se regresaran a sus casas, pues ahí tenían sus reservas de agua y maíz". Es increíble que una persona conocedora de los peligros que eso implicaba, siquiera pensara en esa posibilidad, pero parece ser que era una orden del gobernador, pues él dijo exactamente lo mismo en una emisión de radio. Pedro Zamudio y Alejandro de la Torre se encargaron de cocinar los pollos que compraron, y como a las 2:00 a.m. terminaron, y se repartieron más o menos equitativamente; por fin, nos fuimos a dormir, más por el cansancio que por otra cosa, pues los acontecimientos nos tenían muy preocupados y difícilmente descansábamos

Me despertaron cerca de las 4:00 a.m. aunque yo tenía un presentimiento y no quería moverme; después de que Alarcón me dijo algunas cosas, decidí salir con todos.

La sorpresa de ese día fue que la mayoría de la gente ya estaba en camino, se nos había adelantado pues llevaba muchas cosas. Algunas personas llevaron sus animalitos y pocas pertenencias.

Era impresionante ver esa gran fila de lucecitas a lo largo de la montaña, parecía una gran peregrinación. Por todo el camino íbamos recomendando a la gente que, si era necesario, dejara sus cosas, pues lo más importante era alejarse de ahí.

La caminata se nos hacía muy pesada, pues era difícil avanzar por la cantidad de arena que había. A pesar de esto, logramos adelantar a mucha gente, hubo algo que a mí me impresionó mucho, pues aproximadamente a las 6:00 a.m. seguía la oscuridad de la noche, y en esa época del año ya debería estar claro.

Como a las 6:40 a.m. llegamos a una cañada de paredes muy altas y nos detuvimos porque la gente caminaba muy despacio en la subida, y aquí empezó lo que para todos resultó el enfrentamiento más serio con la muerte. Si el día anterior había sido difícil, durante

esta erupción tuve la seguridad de que en cualquier momento moriríamos. Nos refugiamos debajo de una peña Alarcón y yo, los otros también se protegieron, las piedras nos caían en las piernas y, a pesar de que eran pequeñas, dolían mucho. La posición que teníamos era muy incómoda, pues el peñasco nos protegía sólo la cabeza y teníamos que pegar la espalda a la piedra para que no nos golpearan las piedras en todo el cuerpo.

La gente a nuestro alrededor rezaba con aquellos cánticos que parecían lamentos. Recuerdo a una señora que le gritaba a su papá que su hija estaba muerta, y pensé que sería lo mejor para todos.

Los relámpagos nos dejaban ver por momentos a la gente y la tremenda lluvia de piedras y arena. El tronar de éstas era ensordecedor. Rafael Alarcón y yo nos tomamos de la mano y pensé que si íbamos a morir no sería tan malo estando acompañado de un buen amigo.

Hubo un momento en que sentí unos deseos enormes de dormir, es curioso, pues parecía que me estaba rindiendo ante la naturaleza, me parecía increíble que fuera a quedar ahí aplastado o quemado y sin posibilidades de volver a ver a mi familia; todo esto me tenía al borde de la histeria.

La gente seguía cantando sus oraciones. Pienso que la gran fe de los zoques los mantuvo serenos, o por lo menos resignados a lo que viniera.

No sé cuánto tiempo pasó, parecía que estaba terminada la erupción pero de pronto, como si el diablo le hubiera echado más carbón, tomó una fuerza increíble, la tormenta eléctrica se agudizó, la tierra empezó a rugir con más fuerza que nunca y volvieron las piedras.

Hubo un momento en que sentí que se movía el peñasco y pensé que se iba a derrumbar y a sepultarnos; tuve pánico y unas ganas enormes de llorar por no poder hacer nada; me decía por dentro que era injusto que sucediera eso y rogué porque pasara pronto. En ese momento le pedí a mi madre que no me abandonara, aquel olor a azufre me hizo pensar en el infierno y casi tenía la seguridad de que realmente era el infierno mismo.

De pronto dejó de rugir el volcán y cesó la lluvia de piedras. Así que ya había pasado lo peor, no así la tormenta eléctrica, que nos

acompañaría dos o tres horas más. Todos nosotros nos organizamos para seguir adelante, así que nos reunimos y empezamos a gritarle a la gente que había que irse, y si no nos ven caminar, tal vez ellos no se hubieran movido. De aquí hasta terminar los 20 kilómetros de camino, fue una odisea, pues nos adelantamos a toda la gente para guiar la marcha, encontramos gente metida en el cerro que esperaba resignadamente la muerte; otros, protegiendo a sus niños, hicieron hoyos en la arena, metieron ahí a los niños y luego cubrían el hoyo con hule y arena. Es increíble, pero no hubo heridos a pesar de estar a la intemperie. Como no conocíamos el camino nos perdimos en una pendiente, que fue cansadísima. Casi al llegar a la cima nos dimos cuenta de nuestro error: era tal nuestra desesperación que no pensamos en que el indígena jamás hace un camino en línea recta y de subida, así que tuvimos que regresar y en el camino salían pequeñas viborillas que mataban con los machetes.

Había momentos en que la marcha se hacía muy lenta, pues los guías no reconocían el camino y nosotros seguíamos haciendo caminar a la gente. Hubo uno que nos dijo que no eran burros para que los arrearan, creo que nos pusimos un poco exigentes con ellos, aunque ellos también no se daban cuenta real de la situación.

La oscuridad completa nos acompañó lo menos hasta las 12:00 p.m. Íbamos ya separados por parejas, yo caminé gran parte del camino con Ublester y después con Posada. Llegamos a un río cercano a Ixtacomitán y ya nos sentíamos salvados, los últimos cuatro o cinco kilómetros pudimos caminarlos gracias a que Posada guardó una bolsita de pasas dulces que parecieron gasolina para nuestros organismos; yo guardé una bolsa de suero glucosado hasta el último momento.

Llegamos al Centro Coordinador de Ixtacomitán cerca de las 2:00 p.m., esto es, después de casi 10 horas de caminar. La recepción fue muy cálida, nos encontramos bien en general y recibimos la noticia de que ya nos tenían como desaparecidos.

Un detalle que merece ser del conocimiento de todos es que el compañero doctor Pedro Zamudio caminó más de 15 kilómetros cargando un niño, demostrando una gran fortaleza de carácter y un respeto por la vida muy grande.

Al observar con más calma la situación reinante en el Centro Coordinador, me di cuenta que eran muchos los damnificados y que el ejército ya comenzaba a evacuar toda la zona.

Comimos algo ligero y solicitamos nuestro vehículo, que tenía arena y piedras hasta el tope, además del cristal trasero roto, como la mayoría de las camionetas que se quedaron descubiertas. Tomamos la carretera y nos detuvimos en el retén militar, donde nos advirtieron que la carretera estaba muy peligrosa, pero para nosotros eso ya no significaba nada.

Llegamos a Bochil cerca de las ocho de la noche, fui a llamar por teléfono y encontré al licenciado Burguete, director de la PRODESCH (Procuraduría de Desarrollo Social de Chiapas), que trataba de conseguir camiones para evacuar a los damnificados y pensé que si eso lo hubieran hecho desde al principio no habrían tenido mayores problemas.

En una parte de este relato hago mención de un señor que vimos caminando muy aprisa hacia Chapultenango, el sábado que tratamos de salir; pues bien, este señor cuidaba la iglesia de Guayabal. Cuando empezó la erupción del viernes en la madrugada, resulta que sintió que algo lo empujaba, algo caliente, y que no podía respirar; para su buena suerte, cayó cerca de un balde de agua, y en su desesperación metió la cabeza al agua y esto le salvó de morir, pues había pasado una de las temidas nubes ardientes, que sólo le quemó el pabellón de la oreja que le quedó fuera.

Yo me pregunto ¿cuánta gente no tuvo la misma suerte que este señor y murió calcinada?, me imagino que mucha, así como la que no pudo salir de otras rancherías pequeñas cercanas al volcán, o aquella que hizo caso al gobernador y regresó a su casa creyendo que el peligro ya había pasado.

Al menos a todos los compañeros y a mí que estuvimos en Chapultenango durante los momentos más difíciles, nos queda la gran satisfacción de haber cooperado en la salvación de más de dos mil personas que algún medio noticioso dio por desaparecidas; sobre todo, de haber salido vivos de aquel infierno que la naturaleza en su infinita sabiduría puso en uno de los estados más contrastantes y bellos de la República: Chiapas. ¡Gracias al Chichonal por dejarnos vivir!

Experiencia de apoyo a damnificados por el volcán Chichonal Antonio Alcocer

El siguiente testimonio corresponde a Antonio Alcocer, quien en 1982 era director del Centro Coordinador Indigenista del Instituto Nacional Indigenista (INI) con sede en Bochil, Chiapas. Fue tomado del Primer Encuentro de Migrantes Zoques del Volcán Chichonal, realizado el 4 y 5 de noviembre de 2005 en Chapultenango, Chiapas.

> Fue uno de los primeros indigenistas que lideró (junto con Héctor Jiménez y Fernando Aceves, entre otros) el desalojo de Francisco León y pueblos vecinos. Antonio me platicó el esfuerzo que tuvo que hacer para que la gente abandonara el pueblo: "No querían salirse de allí. Les explicamos que el fuego, los gases y las cenizas los devorarían, pero muchos se resguardaron en la iglesia convencidos de que era el fin del mundo y de que sus santos los protegerían. Entonces se me ocurrió cargar [con mucho respeto] con los santos en la camioneta del INI y la gente se fue detrás de mí. Cuando salieron de la iglesia, el techo se vino abajo; afortunadamente nadie se había quedado adentro".[91]

En el primer Encuentro de Migrantes Zoques, Antonio Alcocer fue invitado para que compartiera su experiencia vivida en el proceso eruptivo del Chichón, y cómo, desde su trinchera, apoyó con servicio médico-social a la población damnificada. Este testimonio es, en realidad, una síntesis muy breve de su participación y experiencia vivida junto con los zoques.

> Saludos. Me da mucho gusto estar aquí presente. Lo digo con emoción; miren, compartimos con ustedes el sufrimiento. Pertenezco a una generación de médicos, de servidores públicos en el término exacto del servidor del pueblo, que decidió trabajar para los indios hace muchos años. Compañeros, en esos tiempos, en 1982, varios médicos, varios

[91] Valdivia Dounce, 1994: 102.

técnicos del Instituto Nacional Indigenista de Ixtacomitán, de Bochil y de San Cristóbal de Las Casas, vimos la posibilidad de ser congruentes con nuestras ideas, y muy por encima de lo institucional, y sí muy humildemente a favor de ser congruentes con nuestras ideas de servicio, de solidaridad, decidimos acompañarlos en esos tiempos difíciles en que el volcán Chichonal reventó. Tuvimos la oportunidad de ser testigos con ustedes de lo que hace rato se estuvo comentando, de lo que hace rato se estuvo expresando por parte de nuestros compañeros. Esa palabra que se dijo aquí es la palabra de la verdad, es la palabra del corazón, es la palabra del sufrimiento. Nosotros, los trabajadores de *la* INI, estuvimos al lado precisamente de ese sufrimiento, de ese dolor, y lo hicimos con mucho respeto, con mucha solidaridad y con plena congruencia con nuestras ideas.

Tuvimos junto con ustedes la oportunidad de ver parir fuego a la tierra, de ver cómo el volcán, la tierra misma, paría fuego, le salía lava, le salía dolor, le salía fuerza, le salía fuego. De ver cómo el pueblo zoque de Chapultenango se quedó solo. Se fueron curas, se fueron los maestros, se fue toda la gente. Se quedó la autoridad, sí, porque había por ahí una consigna del gobierno de Juan Sabines de pedirles a todas las autoridades que la gente no saliera de los pueblos; por alguna razón, no querían que saliera de los pueblos que eran afectados por el volcán. Nosotros veníamos de todos estos centros coordinadores de *la* INI con la idea de convencer a la gente de que se regresara porque era inminente que el volcán iba a reventar, iba a reventar fuerte. Ni idea teníamos nosotros de lo que iba a pasar, pero sí lo presentíamos, lo presentían las señoras, lo presentía la gente, lo presentía la misma naturaleza. Había esa convicción: la gente no se quiso ir, pero fue abandona por las autoridades, por los propios sacerdotes, quizás estos últimos con la idea de que al salir se pudieran ustedes convencer de regresar. Pero la verdad, compañeros, que lo único que nos convenció a nosotros, a todos ustedes, de que saliéramos fue el propio volcán, en esa erupción que tuvimos aquí en Chapultenango, porque el volcán creció enorme a grado tal que desde aquí nosotros veíamos al volcán enorme, grande, poderoso; nos quería comer, nos quería tragar.

Nosotros como trabajadores de *la* INI decidimos entonces quedarnos con ustedes hasta las últimas consecuencias, olvidamos para esto a nuestra familia; y sobre todo, lo que hicimos fue tocar nuestro corazón y nuestros principios y estar al lado de ustedes, de estar juntos a ustedes, aunque la muerte y, en efecto, el volcán nos tragaran. Recuerdo bien esa noche o esa tarde, más bien, como las siete o seis de la tarde, en la que el volcán empezó a rugir, en la que el volcán empezó a jalar mucho viento y en la que al volcán empezaron a salirle rayos por todos lados e hizo una luz enorme, cada vez más grande, hasta que reventó, y aquello llegó hasta alturas muy grandes, y al llegar a su límite las piedras empezaron a caer y nosotros también a correr, a protegernos.

Compañeros, recuerdo con mucha tristeza cómo había una enorme bola de fuego en el cráter del volcán que veíamos desde aquí, desde Chapultenango. Esa bola de fuego se venía hacía nosotros, era la sensación; pero esa enorme bola de fuego, por alguna razón del destino, se fue justamente del otro lado, cayó encima de Francisco León, compañeros, y en efecto, ahí murieron dos mil personas, porque se decía que había muerto poca gente y no es verdad; aquí ya se expuso eso, ya se dijo: murió muchísima gente. Por lo pronto, en Francisco León había el número de gente que habíamos aquí en Chapultenango; de la ranchería de Francisco León se fueron a refugiar a su templos, se fueron a refugiar allá a aquel lugar. Lo mismo pasó aquí en Chapultenango, de las distintas rancherías vinieron a acá. Nos decían los compañeros de aquella época que es la misma gente que estaba allá, y en ese momento éramos testigos de cómo morían quemados por el azufre, por el volcán, dos mil compañeros, muchas familias zoques.

El volcán, les recuerdo, nos convenció a salir, salimos por ahí de las cuatro de la mañana, nos agarró en el camino, pero ya íbamos juntos, íbamos esta institución, el INI, el Nacional Indigenista, tratando de ser congruente con ustedes, con mucho respeto, padeciendo lo mismo de iguales a iguales; ser testigos, sí, de un principio de transformación de esta cultura zoque, pero ser también testigos de ese dolor, nos ayudó a fortalecer nuestro alma, a fortalecer nuestro co-

razón. Bien decían que muchas señoras tuvieron problemas, fue un caos tremendo, el volcán nos querían comer, la tierra temblaba, pero ya le conocíamos nosotros el ritmo al volcán; nos protegíamos donde podíamos, mucha gente se cayó en barrancas, otros nos protegíamos debajo de piedras, pero afortunadamente el volcán cedió su fuerza, cedió su fuerza y nos permitió caminar, nos permitió decirle a la gente que caminara, que avanzara, la gente misma decía que el mundo ya se había acabado y la verdad es que parecía que así era, que el mundo se había detenido.

Se había quedado todo oscuro: Si eran las ocho de la mañana, parecían como las ocho de la noche; si eran las 11 de la mañana, parecían las 11 de la noche. Llenos de rayos anaranjados, enormes, la angustia de todos, y entre ellos recuerdo bien la angustia de una mamá que se jalaba el pelo desesperada porque se le había caído el niño; un niño de brazos se le cayó a una barranca profunda. Pasamos por ahí, y uno como médico, como *jpoxtabane,*[92] como servidor de indios, como médico de indios, por lógica tratar de ver cómo ayudar a esa pobre madre, los rayos nos dieron la oportunidad de ver el cuerpecito en el fondo; y ahí voy caminando, y se los digo con mucho orgullo porque es parte de esta experiencia, ahí vamos caminando, voy, bajo hasta el fondo, encuentro el bulto, lo volteó y el niño estaba vivo. La madre no sabía que estaba vivo, para ella estaba muerto; entonces, tener el privilegió, ese gusto, esa posibilidad de llevar ese niño a la madre, que pensaba que su hijo estaba muerto, y llevárselo vivo, eso fue una satisfacción que poco servidor público tiene, la de poder servir, la de poder ayudar, la de poder llevar una satisfacción y la de poder llevar la vida tan siquiera en la mano.

Ese niño ahorita ha de tener 23 años aproximadamente, y ésa fue la posibilidad en la que caminamos juntos los trabajadores del INI con la gente, porque esto es real, no es discurso; está Dios de testigo, está el volcán del testigo; yo era director del INI cuando caminamos no-

[92] En lenguas tzotzil y tzeltal, "médico tradicional" o médico alópata.

sotros por 10 horas aproximadamente y nos amaneció a la una de la tarde por Ixtacomitán.

A mí me dieron noticias que me llenaron de gusto. Del Centro Coordinador de Bochil nos llegaba la noticia de que de todos los pueblos de aquella otra zona, de Simojovel, de Huitiupán, de mismo San Andrés Larráinzar, de una parte también de Amatán, una parte del mismo Bochil, todos habían llegado de estos pueblos a refugiarse no a la presidencia municipal, no al DIF (Desarrollo Integral de la Familia), no a ningún espacio público de las autoridades municipales o estatales, sino que se habían ido a refugiar a su espacio, al espació de sus compañeros, al espacio de la confianza, que fue y es el Centro Coordinador Indigenista de Bochil y de Ixtacomitán.

Para nosotros ésta fue la señal de la relación de compañeros, de la relación igualitaria y de respeto y de confianza, que afortunadamente se construyó con el trabajo de todos mis compañeros, de médicos que se vinieron a entregar acá. Hubo instituciones, aparte de nosotros, como fue la SAHOP, pero de ahí todos los compañeros, 14 o 15 compañeros, éramos del Instituto Nacional Indigenista, ahora se llama de otra manera. Para nosotros será siempre la INI que está al servicio de los pueblos.

Compañeros, esa vez nos reafirmó a nosotros los principios de luchar a partir de estos 23 años, de poder luchar en contra de la desigualdad permanentemente. Los trabajadores, los servidores del pueblo, estamos en distintas trincheras; nos reafirmó el volcán Chichonal nuestro principio de luchar a favor de la igualdad, a favor de la propia democracia, en contra de la discriminación, en la búsqueda, insisto, de la unidad de los pueblos, del respeto de todos, porque ése es el legado que nos dejó el volcán Chichonal, estos principios que fueron fortalecidos por el fuego, que fueron fortalecidos y se reafirmaron por el dolor de ustedes, y en esto vamos a seguir hasta que nos muramos, porque por eso, para cumplir con ellos, nos dio permiso de vivir el volcán Chichonal.

Ese sería mi testimonio para reafirmar algunas de las cosas que hay acá. Lo hago con mucha humildad, lo hago con mucho respeto y agradezco mucho al grupo de danzantes zoques, agradezco mucho a

mis compañeros de *la* INI que me hayan invitado a participar de este evento. Este es un evento de los zoques, ni siquiera es un evento del INI o de la Coordinación de los Pueblos Indios, es un pueblo el que tiene en su control precisamente estos actos, estos eventos. Y por consecuencia, con más razón me da mucho gusto el que me hayan invitado, y agradezco. Me da mucho gusto estar aquí, pero sobre todo agradezco que haya yo expuesto esta palabra y que haya sido escuchada. Muchas gracias.

El reacomodo

Como hemos referido anteriormente, a pesar de que se tenían evidencias suficientes de una inminente erupción volcánica no se había instrumentado plan alguno para hacer frente a la contingencia, de forma tal que el evento explosivo desencadenó en caos en todos los niveles de gobierno. Así, todavía el 2 de abril, a cinco días de la primera erupción, el gobernador Juan Sabines declaraba en conferencia de prensa que desde 20 días atrás conoció del movimiento sísmico en derredor del volcán y pidió —no dijo a quién ni a dónde— que vinieran al lugar vulcanólogos "para que, en lo posible, se evitaran daños a la población".[93] La ola migratoria forzosa ya no pudo contenerse más en las comunidades del complejo volcánico, y fue así como el gobierno se vio obligado a recibir a la población damnificada en las instalaciones de la feria La Chacona, en Tuxtla Gutiérrez, después de que buscaran refugio, primero, y dada la posición geográfica del evento, en las ciudades del norte de Chiapas y en el estado de Tabasco.

[93] *Uno más uno*, 3 de abril de 1982.

Los pobladores de La Chacona eran, básicamente, originarios de Carmen Tonapac, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Volcán Chichonal, Xochimilco, Lindavista y Nicapa.

Los zoques añoraban cada vez más volver a sus tierras; sin embargo, esto no era posible dado que habían sido declaradas inhabitables. Sabines Gutiérrez dijo al respecto:

> Las tierras afectadas seguirán siendo de los zoques actualmente damnificados, ellos no perderán sus propiedades ahora inhabitables, pero dentro de algunos años podrán tal vez ser nuevamente ocupados […] aunque sean habitables dentro de cien años.[94]

El primer informe general de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) reportó que "un radio de cinco kilómetros en torno al cráter es inhabitable e imposible acercarse. Siguen cayendo piedras y cenizas, y la temperatura es superior a los 200 grados centígrados".[95] Ante la declaratoria de inhabitabilidad de las tierras en el complejo volcánico, el estado se apresuró a instrumentar un programa de reubicación.[96] El país vivía la época de abundancia gracias a los precios elevados y la producción de petróleo. Las estrategias para reubicar a los damnificados eran mantenerlos unificados como grupo étnico cerca de su área cultural, sin embargo, no siempre fue posible por múltiples razones: falta de terrenos disponibles, división intragrupal, problemas de liderazgo, división religiosa, etcétera. La idea original era reubicar a los damnificados "en zonas indígenas cercanas a las que fueron afectadas para evitar la desaparición de la cultura zoque, por dispersión".[97] Y bajo este principio se compraron los primeros terrenos en el municipio de Tecpatán, donde posteriormente se reubicaron Nuevo Naranjo y Juan Sabines.

---

[94] *Número uno*, 7 de mayo de 1982.
[95] *Ibid*., 16 de abril de 1982.
[96] *Ibid*., 9 de mayo de 1982.
[97] *Ibid*.

http://www.gob.mx/cdi

Los campesinos damnificados que ostentaban la categoría de "ejidatarios" y de "propiedad privada" solicitaron la reposición de sus tierras; en cambio, a los con "derecho a salvo" (avecindados en terreno ejidal, sin tierra)[98] sólo se les prometió reubicarlos en el nuevo asentamiento bajo la misma categoría y dotarlos de trabajos en sistemas cooperativos avícolas o porcícolas. Muchos avecindados, ante tal situación, prefirieron ir a la conquista de nuevas tierras, y lo hicieron tomando rumbos diversos tanto dentro como fuera del estado. El gobernador declaró: "A todos aquellos damnificados que se encuentran dentro del área de los 10 kilómetros alrededor del volcán, que es la zonas más afectada por el Chichonal, se les va a reubicar y se les va a ayudar a construir sus viviendas".[99]

Se consideró urgentemente la adquisición de 41 711 hectáreas para ser restituidas a 3 344 padres de familias, con un costo estimado en 834 millones 220 mil pesos, tomando como base un precio promedio de 20 mil pesos por hectárea.[100] Se calculaban 2 133 ejidatarios, 1 087 avecindados y 67 pequeños propietarios.[101] El área ejidal lo constituían 35 599 hectáreas, integrados por Francisco León, Vicente Guerrero, El Naranjo, Carmen Tonapac, Esquipulas Guayabal, Guadalupe Victoria, Volcán Chichonal, San Antonio Acambac, Ostuacán, Xochimilco, Lindavista, Nicapa, San Pedro Sunuapa y El Cocuyo. En tanto que el área de pequeñas propiedades lo integraban 67 terrenos, con una extensión de 6 122 hectáreas.

Cerca de cuatro meses estuvieron alojados en La Chacona. Posteriormente el estado compró terrenos para reubicar a los damnificados en lugares y condiciones más insólitas. En Nuevo Vicente Guerrero, Acala (fuera del área cultural zoque), las compras de terreno fueron

[98] Generalmente hijos de ejidatarios. Trabajan en la parcela de sus padres, rentan terreno o compran pequeñas propiedades y viven en la zona urbana del ejido, aunque no tienen las mismas obligaciones que el ejidatario. Otras veces se dedican al comercio o a actividades distintas a la agricultura.
[99] *Número uno*, 22 de abril de 1982.
[100] *Ibid*., 13 de mayo de 1982.
[101] *¿Qué pasa?*, 16 de mayo de 1982.

facturadas por encima del valor de compra y con límites desconocidos. En la distribución por comunidades de reacomodo, familias enteras quedaron divididas por diversos motivos. Unas no querían volver a vivir cerca del complejo volcánico, otras se organizaron por motivos religiosos, otras más seguían a líderes naturales, etcétera. La división podemos apreciarla, por ejemplo, por la existencia de Nuevo Vicente Guerrero en el municipio de Acala y Nuevo Vicente Guerrero en el municipio de Tecpatán.

Incluso debemos considerar un tercer "viejo" Vicente Guerrero, que es el asentamiento original del entonces municipio de Francisco León (repoblado en menos de un año), hoy administrado políticamente por la jurisdicción de Chapultenango. El asentamiento de la Selva Lacandona un tiempo se llamó también Nuevo Vicente Guerrero, de hecho así se registra en los mapas, pero después cambió a Nuevo Francisco León; el "antiguo" nombre lo heredó la escuela primaria.

Un grupo de 38 familias provenientes de la Ribera Liquidámbar tenía toda la intención de mantenerse como tal, de hecho fueron a "probar" la tierra en el municipio de Villa Flores. Al verse lejos y solos les ganó la nostalgia y pronto se reincorporaron a otras comunidades mayores. Unos se fueron al grupo de Acala, otros al grupo de Chiapa de Corzo y otros tantos regresaron al asentamiento original.

Los damnificados que se encontraban en La Chacona fueron distribuidos en 14 nuevos poblados. Diez de ellos (véanse cuadro 1 y mapa 2) dentro del área considerada zoque, en tanto que cuatro más fuera de dicho territorio. Existen dos núcleos de población más que no se acogieron al programa de reacomodo. Uno de ellos es San Antonio Las Lomas, en donde, por motivos religiosos, sus miembros formaron el grupo de los "sanmigueleños" y se fueron a vivir a una propiedad en calidad de avecinados; otro conformó el Barrio de San Sebastián, en Ocotepec, cuyos miembros fueron a vivir con sus familiares.

Otros grupos, en cambio, prefirieron reubicarse en otros estados del sureste, como Oaxaca, Campeche y Tabasco.

Cuadro 1. Población reubicada por la erupción del volcán Chichonal en el estado de Chiapas, 1982

Núm.	Municipio de origen	Reubicación	Habitantes (1983)	Hectáreas
1	Francisco León	Juan Sabines Gutiérrez, Tecpatán	800	1 115
2	Francisco León	Nuevo Naranjo, Tecpatán	1 110	1 164
3	Francisco León	Nuevo Vicente Guerrero, Tecpatán	150	340
4	Francisco León	Nuevo Vicente Guerrero, Acala	1 355	2 438
5	Francisco León	Nuevo. Volcán Chichonal, Juárez	500	1 548
6	Francisco León	Nuevo Francisco León, Ocosingo		3 293
7	Francisco León	Barrio San Sebastián, Ocotepec	30	0
8	Chapultenango	Nuevo Chapultenango, Tecpatán	s/d	365
9	Chapultenango	Nuevo Guadalupe Victoria, Tecpatán	896	1 373
10	Chapultenango	Esquipulas Guayabal, Rayón	724	1 242
11	Chapultenango	Nuevo Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo	1 074	975
12	Chapultenango	San Antonio Acambac, Tecpatán	350	758
13	Chapultenango	San Antonio Las Lomas, Ixtacomitán	452	0
14	Pichucalco	Nuevo Nicapa, Pichucalco	450	1 230
15	Ixtacomitán	Nuevo Lindavista, Ixtacomitán	250	534
16	Ostuacán	Nuevo Xochimilco, Ostuacán	1 150	1 511
		Total	**11 291**	**17 888**

Fuentes: K. Hübner, 1985; F. Báez, 1985, y *Anuario CEI*, 1991.

Nace un nuevo pueblo

El 24 de mayo de 1982 salieron con premura de La Chacona los primeros reubicados; llegaban a una nueva tierra, un nuevo mundo, una nueva vida, un Nuevo Volcán, un Nuevo Chapultenango, un

Nuevo Vicente Guerrero, un Nuevo Francisco León, a construir barracas, a conocer el terreno. Mientras tanto, la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP) construía las casas, la escuela, la clínica; introducía red de agua entubada, energía eléctrica, la iglesia, instalaciones para cooperativa porcícola o avícola, tiendas CONASUPO (Comisión Nacional de Subsistencias Populares), camino. Por otro lado, el Instituto Nacional Indigenista (INI) asesoraba y gestionaba créditos ganaderos, crédito para la compra de camionetas al servicio del ejido, tractores y herramientas de trabajo en general.

Una vez establecidos, a los campesinos le eran dotados alimentos estimados para consumo de 15 días, consistentes en:

> Siete kilos de minsa, dos kilos de frijol, dos de arroz, dos latas de sardinas, dos latas de atún, dos kilos de azúcar, 50 gramos de sal y 250 gramos de café… y herramientas necesarias para que puedan normalizar su vida agrícola… A las señoras se les dota de una olla grande y mediana, un sartén grande y mediano, dos cuchillos de cocina, seis cucharas, seis platos, seis tazas, un molino y una tortilladora.[102]

Posteriormente las despensas eran enviadas en forma "mecánica" a los nuevos asentamientos. "Esto quiere decir que se les está entregando alimentos sin que lo soliciten. Sólo que se está controlando que les alcance para 15 días".[103] Sin embargo, Pablo López, reubicado en Nuevo Vicente Guerrero, Ocosingo (posteriormente renombrado "Nuevo Francisco León"), externó: "La única vez que nos trajeron maíz fue cuando recién llegamos a estas tierras [el 8 de julio recibieron 800 kilogramos de maíz, que les duró 20 días] de eso tiene más de un mes… El maíz es el principal alimento de los campesinos, sin él no se pueden hacer las tortillas ni el pozol".[104]

---

[102] *Número uno*, 25 de mayo de 1982.
[103] *Ibid*. 19 de julio de 1982.
[104] *Ibid*. 16 de agosto de 1982.

Oficialmente, Nuevo Vicente Guerrero, Ocosingo, se establece el día 12 de julio de 1982.[105]

Poco a poco fueron surgiendo los primeros conflictos. Ciertos grupos pretendían el control de la cooperativa, los tractores, las mejores parcelas, los recursos financieros. Por otro lado, cada comunidad tenía sus particularidades, por ejemplo, Rayón se caracterizaba por su conflicto agrario y la granja porcícola perdía interés; Nuevo Carmen Tonapac, por el control de un grupo sobre la granja avícola y por la falta de asesoría sobre la explotación del tejocote; Nuevo Vicente Guerrero, Acala, por el control de tractores por parte de un grupo; Nuevo Francisco León, Ocosingo, por el reparto de tierras.

Muchos pobladores, pero principalmente los de Nuevo Esquipulas Guayabal, no estaban acostumbrados a trabajar en sistemas cooperativos. Así, la granja porcícola se fue rápidamente a la quiebra; en cambio, en Nuevo Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo y Nuevo Vicente Guerrero, Acala, la granja avícola fue un éxito, pero bajo el control de unas cuantas familias que no permitían el ingreso de "extraños".

La envidia invadió a las localidades adyacentes al ver que a sus nuevos vecinos, no obstante su reciente arribo, les estaban instalando servicios de los que ellos carecían. Empezaron a boicotear los servicios.

El proceso de adaptación y transformación fue lento. Poco a poco empezaron a conocer las nuevas tierras, los cultivos aptos y los climas. En épocas de lluvia migraban a centros urbanos como Cancún, Huatulco o a los estados de Tabasco, Oaxaca y Veracruz, a emplearse como obreros de la construcción, después regresaban a las labores agrícolas y, eventualmente, visitaban a algunos familiares ubicados en otros asentamientos. Asimismo, enfrentaron enfermedades nuevas, principalmente los zoques de la selva; la "quebradora" (el dengue) era una de ellas.

En últimas fechas, sobre todo en Nuevo Vicente Guerrero, Acala, y en la Selva Lacandona, se instrumentaron programas de explotación

[105] *Ibid*. 13 de julio de 1982.

acuícola con la esperanza de comercializar la mojarra tilapia y destinar otra parte para el autoconsumo.

En fechas recientes, los zoques de Nuevo Francisco León, Ocosingo, región selva, solicitaron la dotación de nuevas tierras y les fueron asignadas en Marqués de Comillas, zona limítrofe con el país sureño. Sus productos los comercializan con el, según ellos, "municipio" de Guatemala.

El 17 de agosto de 1982 se daba por terminado el proceso de reubicación de la población damnificada e iniciaba el programa de construcción de clínicas rurales del IMSS-COPLAMAR,

> donde se seguirá atendiendo a los enfermos y a la vez se les dará educación sobre higiene para prevenir las enfermedades gastrointestinales que han sido uno de los problemas mayores de la entidad… Es así como el IMSS ha cumplido con el compromiso que asumió ante el Presidente de la República y la ciudadanía chiapaneca de dar atención a los damnificados.[106]

El proceso de adaptación y transformación no ha sido nada fácil, pues han enfrentado un nuevo mundo, con otros problemas. Pero al mismo tiempo accedieron a nueva tecnología agrícola, a nuevos sistemas de trabajo cooperativo, a servicios de salud oficiales, a créditos agropecuarios, a servicios educativos de primaria y secundaria, a caminos, a energía eléctrica, a casas habitación, a agua entubada. Todos estos cambios influyeron de alguna manera en la vida del pueblo zoque.

[106] *Número uno*, 17 de agosto de 1982.

Palabras finales

La erupción del volcán Chichonal en 1982 constituye un parteaguas en la historia social del grupo zoque. La gente tiene como referente el evento explosivo, y hacen distinción de sus vidas en antes y después del Chichonal.

Por otro lado, la crisis del Chichón dejó una lección sin precedentes en el plano de atención en situaciones de desastres naturales por parte de organismos gubernamentales. Chiapas, dada su ubicación geográfica, está expuesta a sufrir desastres naturales de muy amplio espectro y apenas empieza haber una cultura preventiva o de atención en situaciones de excepción. Sin embargo, ha sido la población civil la que hizo frente, en primera instancia, al problema.

Incluidas las ciencias sociales, hay un vacío paradigmático del problema que afecta a la población en situaciones de contingencia. Muchas veces escribimos el "después", pero poco o nada hacemos respecto a la parte profiláctica del fenómeno. En el caso del complejo volcánico, por ejemplo, desconozco estudios que den cuenta del proceso de repoblamiento del área circundante al volcán Chichonal y de sus efectos a futuro en la población civil. Sabemos, sí, que es un volcán activo, pero ignoramos el grado de prevención y afección en caso de un nuevo —e inminente— siniestro. El complejo volcánico

debería ser declarado parque nacional y sitio de interés científico no sólo nacional, sino internacional.

Una vez declarada inhabitables las tierras circundantes al complejo volcánico, la población damnificada tuvo la necesidad de poblar otros espacios. Así, fueron reubicados no sólo dentro del área cultural zoque del norte del estado, sino fuera de él y del estado chiapaneco. La población zoque sufrió una nueva reconfiguración.

La erupción del volcán Chichonal hizo que el mundo volviera los ojos a esta olvidada región. Antes de la crisis del Chichón, también las ciencias sociales tenían marginada la zona. Muy pocos científicos sociales se aventuraron al estudio de la cultura zoque. No fue sino con posterioridad a la crisis que poco a poco fue tomado importancia el estudio de ese grupo étnico.

Los zoques reubicados por efectos del volcán no han perdido del todo el vínculo con sus comunidades de origen. Por el contrario, establecen relaciones sociales entre ambas poblaciones. Así, por ejemplo, los zoques de Nuevo Vicente Guerrero, Acala, cuando levantan sus cosechas de maíz, contratan trabajadores de Ocotepec, de la Sierra de Pantepec, para ser auxiliados en sus labores del campo. Incluso muchos de ellos son familiares.

Sin embargo, el Primer Encuentro de Migrantes Zoques del Volcán, celebrado en diciembre de 2005 en Chapultenango, constituyó una experiencia muy significativa para compartir experiencias y revivir su vida en el antes y el después, en el aquí y el allá, de los aspectos positivos y negativos que implicó la migración, y del futuro que les depara como grupo étnico disperso en varios asentamientos dentro y fuera del territorio chiapaneco. Finalmente, se plasmó la preocupación de dar seguimiento al problema que implica vivir en el área circundante, toda vez que el volcán Chichonal está activo y la experiencia dramática sufrida en 1982 no les gustaría que se repitiera de nuevo.

Varias personas aseguran haber visto a la Señora del Volcán merodear nuevamente el complejo volcánico. Algunas la describen como una hermosa joven, rubia, de cabellos largos. Viste a la usanza zoque: enagua roja y blusa de vistosos bordados al cuello y brazos. Coralillos adorna su muñeca a manera de pulsera; víboras nahuyacas hacen las

veces de collar, y adorna su cabello con un tocado de flores aromáticas de café. Lleva consigo un morral de finos bordados donde guarda carne deshebrada de venado, que come de vez en vez. Aunque han querido fotografiarla, es esquiva y aparece en otro sitio distante al original. Ella es selectiva con su pareja, y se hará presente en las aldeas una vez que encuentre mozos nativos zoques para seleccionar entre ellos a un buen partido y llevarlo a vivir consigo a las profundidades del volcán. Se espera que en un futuro próximo *Pyogha chu´we* baje nuevamente a visitar las aldeas para hacer extensiva la invitación a su fiesta de cumpleaños o en busca de pareja para celebrar sus nupcias, y así llevar a sus invitados a vivir al territorio de *Tsu'an*.

Ante la inminente visita, los zoques dicen que San Marcos se ha puesto de vigía en la fachada de la Catedral de Tuxtla Gutiérrez, con su león alado y su espada flamígera mirando hacia el norte, esperando ansioso a tan distinguida dama. Solamente anticipamos a la dulce señora: ¡feliz cumpleaños *Pyogba chu´we*! ¡Felices bodas, Señora del Volcán!

Bibliografía

ALARCÓN, Rafael, "La tragedia del Chichonal, una advertencia de lo que puede ocurrir en Laguna Verde", *Revista Ámbar,* 4, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1988, pp. 29-30.

BÁEZ-JORGE, Félix, Armando RIVERA BALDERAS y Pedro ARRIETA FERNÁNDEZ, *Cuando ardió el cielo y se quemó la tierra*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1985.

———, *Las voces del agua. El simbolismo de las sirenas y las mitologías americanas*, Universidad Veracruzana, Veracruz, 1992.

Base estadística CONAPO, SIMM90

CIFUENTES, Enrique, Norma E. LIMÓN y Jesús J. FLORES, "La hambruna en la población zoque: antes y después del Chichonal. Informe del perfil antropométrico realizado en el albergue La Feria, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas", *Cuicuilco*, 6, revista de la ENAH, México, 1985, pp. 17-22.

———, "La hambruna en la población zoque: antes y después del Chichonal. Informe del perfil antropométrico realizado en el albergue La Chacona, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas", *Cuicuilco*, 16, revista de la ENAH, México, 1985, pp. 17-22.

CORDRY, Donald B., y Dorothy M. CODRY, *Trajes y tejidos de los indios zoques de Chiapas*, México (traducción de Andrés Fábregas), Gobierno del Estado de Chiapas, México, 1988.
CANUL-DZUL, René F., "Geología e historia volcanológica del volcán Chichonal, estado de Chiapas", en *El volcán Chichonal*, UNAM, México, 1983, pp. 3-22.
COCHEMÉ, Jean-Jacques, y Alain DEMANT, "Naturaleza y composición del material emitido por el volcán Chichonal, Chiapas", en *El volcán Chichonal*, UNAM, México, 1983, pp. 81-89.
DEL CARPIO PENAGOS, Carlos Uriel, "Colonización y conflicto del río Portamonedas/Negro, frontera Chiapas-Oaxaca", tesis doctoral, El Colegio de la Frontera Sur, 2003.
HAVSKOV-JENSEN, Jens, Servando de la CRUZ-REYNA, Shri KRISHNA-SINGH, Francisco MEDINA MARTÍNEZ y Carlos GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, "Actividad sísmica relacionada con las erupciones del volcán Chichonal en marzo y abril de 1982; Chiapas", en *El volcán Chichonal*, UNAM, México, 1983, pp. 36-48.
INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, *Diagnóstico de salud en las zonas marginadas rurales de México*, México, 1983.
LÓPEZ CASTRO, Francisco Javier, "Los totonacos en Uxpanapa. Procesos sociales y persistencia étnica", tesis de licenciatura, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, 1999.
LÓPEZ GARCÍA, Miguel, "A ocho años de la erupción del volcán Chichonal", *Revista Ámbar*, 3, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1990, pp. 34-37.
MARTÍNEZ, Máximo, *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
MIRANDA, Faustino, *La vegetación en Chiapas*, Gobierno del Estado de Chiapas, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, Chiapas, 1998.
MÜLLERIED, Federico K.G., *El Chichón: único volcán en actividad en el sureste de México*, H. Ayuntamiento Constitucional de Emiliano Zapata, Tabasco, México, 1984.
OROZCO Y JIMÉNEZ, Francisco, *Colección de documentos inéditos relativos a la iglesia de Chiapas*, Imprenta de la Sociedad Católica a cargo de Efrén Morales, México, 1911.
PÉREZ BRAVO, Silvia, y Sergio LÓPEZ MORALES, *Breve historia oral*

zoque: Ocotepec, Tapalapa, Tecpatán, Francisco León, Gobierno del Estado de Chiapas, 1985.

———, *Ya´ajkta´mbü dü gubguyis pyeka tsameran*. *Breve historia oral zoque*, Gobierno del Estado de Chiapas, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes y Centro Estatal de Lenguas, Arte y Literatura Indígenas, Chiapas, 1997.

REYES GÓMEZ, Laureano, y Susana VILLASANA BENÍTEZ, "San Miguelito y la caja parlante: El caso de un poblado de damnificados del volcán Chichonal", en *Anuario CEI III*, Universidad Autónoma de Chiapas, Centro de Estudios Indígenas, Tuxtla Gutiérrez, 1991, pp. 95-112.

———, *Envejecer en Chiapas. Etnogerontología zoque*, UNAM-Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste / Universidad Autónoma de Chiapas-Instituto de Estudios Indígenas, 2002.

ROLDÁN, Antonio, Adolfo CHÁVEZ, Guillermo ROMERO, Herlinda MADRIGAL y Miguel PELÁEZ, *Geografía del hambre. Redefinición de zonas críticas en nutrición*, Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, monografía L-79, División de Nutrición de Comunidad, México, 1988.

SABINES, Juan, "Diez años después. Crónicas del volcán", *Hojarasca*, 14, noviembre 1992, México, D.F., pp. 8-11.

SECRETARÍA DE SALUBRIDAD Y ASISTENCIA, *Encuesta Nacional de Salud*, *Chiapas*, Chiapas, 1988.

SILVA-MORA, Luis, "La erupción del volcán Chichonal, Chiapas; una particularidad del volcanismo en México", en *El volcán Chichonal*, UNAM, México, 1983, pp. 23-35.

VALDIVIA DOUNCE, Teresa, *Sierra Gorda*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1994.

VILLA ROJAS, Alfonso, José M. VELASCO TORO, Félix BÁEZ-JORGE, Francisco CÓRDOBA y Norman DWIGHT THOMAS, *Los zoques de Chiapas*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1975.

MECANOSCRITOS

CRUZ PÉREZ, Pedro, "Historia de los campesinos indígenas zoques del volcán El Chichonal del municipio de Francisco León", s/f, 4 págs.

_____, "Historia. Tradición del municipio de Francisco León, Distrito de Copainalá, Mezcalapa, Chiapas. Destruido por el volcán Chichonal en el año de 1982", s/f, 2 págs.
DÍAZ GÓMEZ, Román, "*Ipso metsa jama ipsko majkxkuy ame poku te kotsok*. La erupción del volcán Chichonal, 24 días 24 años", s/f.
HÜBNER SCHMID, Catherine, Eberhard ALBERT SCHMID, Mario SUÁREZ y Amador ALFONSO K., "Migración dirigida, salud y nutrición. El caso de los damnificados zoques", primero informe, protocolo de investigación, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 1985; los autores anteriores, más Amalia NIPÓN B., Marcos ARANA CEDEÑO y Mario GÓMEZ ÁLVAREZ, tercer informe, 1988, y cuarto informe, 1989.
MEDINA, Ivonne, "Encuesta Estudio Social. Comunidad San Antonio Las Lomas, Ixtacomitán, Chis." Centro Coordinador Indigentita Zoque, INI, concentrado, 1988.
Relatorías de la mesa 1, 2 y 3, Primer Encuentro de Migrantes Zoques del Chichonal, 4 y 5 de noviembre de 2005, Chapultenango, Chiapas.
VILLASANA BENÍTEZ, Susana, "La región zoque en el estado de Chiapas. ¿Hasta dónde sus límites?", ponencia presentada en la IV Reunión de Investigadores del Sureste de México, Villahermosa, Tabasco, 1989, 13 págs.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

Número uno, 30 y 31 de marzo; 16, 17, 22, 23 24 y 26 de abril; 7, 9, 13, 24 y 25 de mayo; 24 de junio; 13 y 19 de julio; 16 y 17 de agosto de 1982, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
¿*Qué pasa*?, 16 de mayo de 1982, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
Uno más uno, 3 de abril de 1982, México, D.F.

Anexo fotográfico



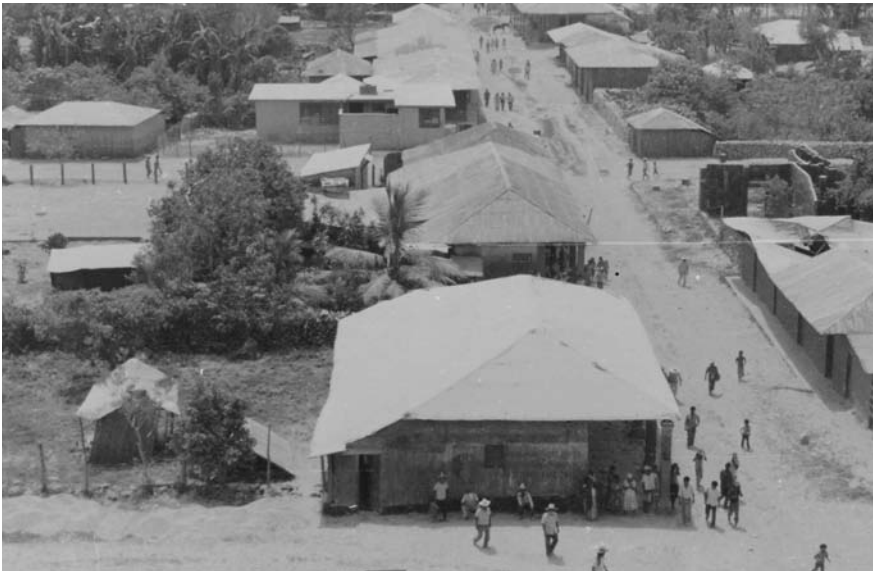
Volcán Chichonal, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



El domingo 28 de marzo de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



El Chichonal entró en actividad explosiva, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



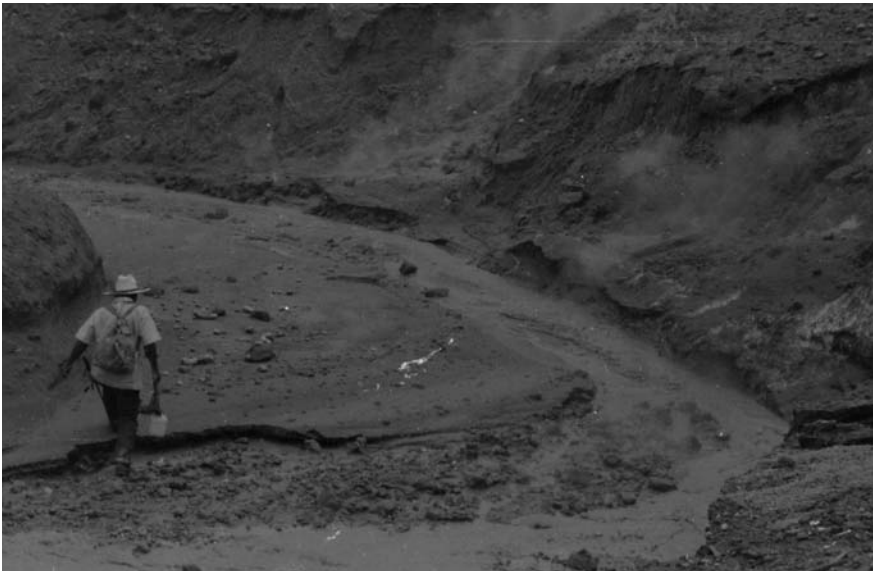
Chapultenango, Chiapas, después de la primera erupción.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



La primera erupción arrojó grava y arena, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Colonia Volcán Chichonal, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Asentamiento original de la cabecera municipal de Francisco León, hoy renombrado "Playa Larga", abril de 2002.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



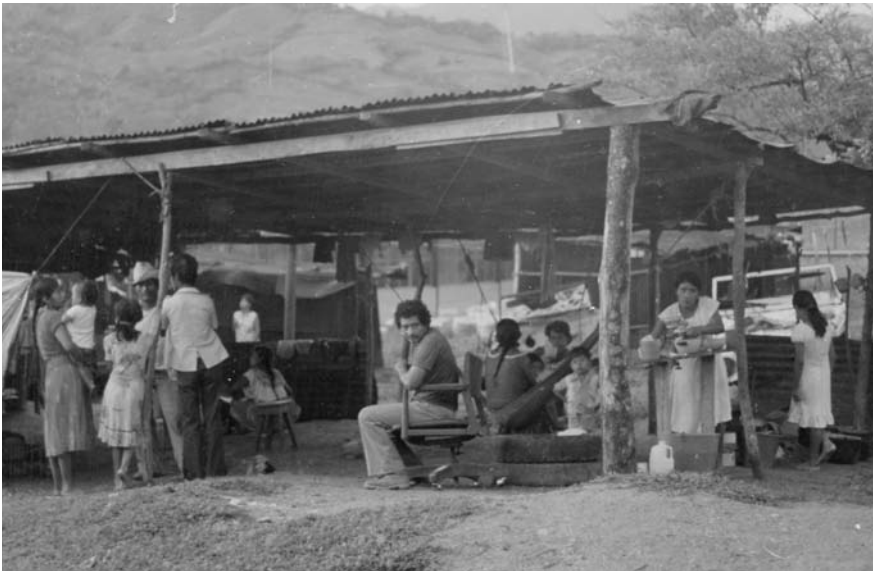
Colonia Volcán Chichonal, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



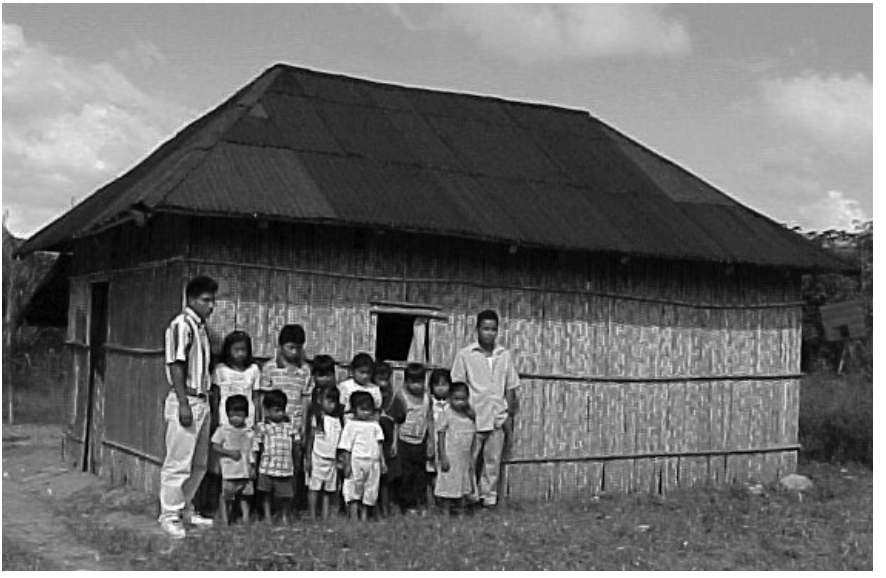
Chapultenango, Chiapas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Reunión de refugiados en Chapultenango, Chiapas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Galera de reubicados en rancho La Esperanza, Rayón, Chiapas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Alumnos y maestros de la escuela en Playa Larga, antes Francisco León, abril de 1982.
Fotógrafo: Laureano Reyes.



San Pablo, Francisco León, repoblado, abril de 2002.
Fotógrafo: Laureano Reyes.



Vista del complejo volcánico desde Francisco León, abril de 2002.
Fotógrafo: Laureano Reyes.



Cara sur del volcán Chichonal, vista desde potreros de Francisco León, abril de 2002.
Fotógrafo: Laureano Reyes



Asentamiento original de Francisco León, hoy Playa Larga,
Fotógrafo: Laureano Reyes.



El efecto “avalancha” sepultó Francisco León, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



San Pablo, Francisco León, abril de 2002.
Fotógrafo: Laureano Reyes.



Camino al volcán Chichonal, abril de 1999.
Fotógrafo: Laureano Reyes.



Fuerte olor a azufre invadía la zona, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Se sentía como si se rajara la tierra, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



La topografía se transformó, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



El clima cambió radicalmente, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Colonia Volcán, tablero de basquetbol, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Pueblos enteros quedaron sepultados, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Los ríos cambiaron su cauce, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



El volcán Chichonal sigue vivo, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Cráter del volcán Chichonal, marzo de 2000.
Fotógrafo: Laureano Reyes.



Iglesia de Chapultenango, Chiapas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Chapultenango, Chiapas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



En busca de los pueblos desaparecidos, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Caminando en el mar de la soledad, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Camioneta del INI atascada, abril de 1982
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Habría que reinventar las colindancias, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Grupo que vivió la experiencia del Chichón, Chapultenango, Chiapas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Pasada la crisis del Chichón, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Rancho San Juan, Chapultenango, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Los ríos cambiaron su cauce, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Volvían en busca de sus aldeas, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



Colonia Volcán, primera erupción, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.



La Colonia Volcán abandonada, abril de 1982.
Fotógrafo: Antonio Alcocer.

Los zoques del volcán, de Laureano Reyes Gómez, se terminó
de imprimir en septiembre de 2007 en los talleres de Gráficos Lor,
S.A. de C.V., Alberto Salinas 126, colonia Aviación Civil,
Delegación Venustiano Carranza.

Corrección de estilo: Esteban Martínez Sifuentes
Formación y retoque de fotografías: Víctor Castañeda

El cuidado de la edición estuvo a cargo
de la Coordinación Editorial de la CDI.

La impresión se hizo sobre papel bond de 90 g para interiores
y cartulina sulfatada de 14 puntos para forros.
El tiraje fue de 1 000 ejemplares.